Germán Arciniegas



Bolívar, de San Jacinto a Santa Marta

Juventud *y* muerte del Libertador

Autores Colombianos

Documento

BOLIVAR Y LA REVOLUCION

Germán Arciniegas

ASI NOS TOMAMOS LA EMBAJADA

LA PAZ Y LA VIOLENICA

TESTIGOS DE EXCEPCION

EL BOGOTAZO

LAS GUERRAS DE LA PAZ

Olga Rehar

EL PRECIO DE LA PAZ.

Gral. Fernando Landazdbal Reyes

O.E.A. LA SUERTE DE UNA INSTITUCION REGIONAL
Cátedra de América

SIEMBRA VIENTOS Y RECOGERAS TEMPESTADES
Patricia Lara

COLOMBIA AMARGA (1986)
Germán Castro Caycedo

DE PIO XII A JUAN PABLO II
Germán Arciniegas

REPORTAJE AL SEXO

Elkin Mesa, Luis Dragunsky

GENTES, LUGARES

Plinio Apuleyo Mendoza

ARCINIEGAS DE CUERPO ENTERO

Juan Gustavo Cobo Borda

JOSE GREGORIO HERNANDEZ.: MEDICO Y SANTO

Antonio Cacua Prada

LA INTEGRACION NACIONAL

Gral. Fernando Landazábal Reyes

CRONICAS DE LA VIDA BANDOLERA

Pedro Claver Téllez

COLOMBIA Y OTRAS SANGRES
Germán Santamaría

BOLIVAR, DE SAN JACINTO A SANTA MARTA
Germán Arciniegas

RAFAEL ESCALONA.

EL HOMBRE Y EL MITO
Consuelo Araujonoguera

EL CABALLERO DE ELDORADO
Germán Arciniegas

GERMAN ARCINIEGAS

DE SAN JACINTO A SANTA MARTA

JUVENTUD Y MUERTE DEL LIBERTADOR

PLANETA

Colección

Documento

Consejo editorial: Germán Arciniegas. Presidente

Germán Vargas, Cantillo, Germán Santamaría.

Germán Castro Caycedo. Camilo Calderón Sch

Dirección de Colección: Mireya Fonseca Leal

® Germán Arciniegas, 1988®

Planeta Colombiana Editorial S. A., 1988

Calle 31 No. 6-41 Piso 18 Bogotá, Colombia

Diseño y portada: PLANETA - GRUPO JYM

Ilustración: José María Espinosa (carboncillo y lápiz sobre papel - 1830)

Primera Edición: Agosto de 1988

ISBN 958-614-274-4

Preparación biográfica: Servigraphic Ltda., Bogotá

impreso en Colombia

A GABRIELA

Roma, 1982

Bogotá, 1988

Índice

Primera Parte
BOLIVAR Y SÚS MAESTROS
Simón Rodríguez 11
Miguel Sanz 31
Andrés Bello 51
Segunda Parte
EN LA EUROPA ROMANTICA
LOS JURAMENTOS
Bolívar y la Europa romántica 57
El cortesano 61
El primer juramento 65
Teresa lo supo todo 68
La danza de la muerte 71
Reivindicación de Luis XVI 72
Las tres o cuatro revoluciones 74
El nacimiento de nuestra América 77
El viaje a pie 80
El gran romántico 99
Tercera Parte
ENTRE EL ARZOBISPO Y EL TERREMOTO
Caracas O La Vitrina Del Diablo 103
EL correo revolucionarlo de Quito 106

Las noticias de Quito .. 108

En la iglesia de altagracia 112

Estos ingleses tolerantes ... 114

La Santa Intolerancia 116

Y se nos vino la revolución ……. 118

El 4 de julio …… 120

El juramento obligado 123

El rey. el rey. el rey 124

Loa años fatídicos 127

La naturaleza americana 130

Si La Naturaleza ……. 132

lo que sigue no es sino un murmullo …… 133

Cuarta Parte

VAMONOS: AQUI NO NOS QUIEREN

Cruzó la plaza y se fue 139

Aquella noche blanca 154

25 de setiembre en Cartagena 156

Soledad de soledades .....
159

Las elecciones ……..
161

La noche negra de Ayacucho …… …...
163

Sobre el potro de la mentira …….
166

Estos ingleses miserables
168

La goleta fantasma 171

El hedor de la cachimba
175

El cura de Mamatoco……
177

Las amarguras
181

El último y más grande amor
184

La proclama
187

EN LA CATEDRAL DE SANTA MARTA

Simón Bolívar ha muerto
191

Primera parte

Bolívar y sus maestros

Simón Rodríguez

Bolívar cae en manos de Simón Rodríguez

Don Simón Bolívar es un niño de doce años y medio cuando arma el bochinche en que tienen que participar la Real Audiencia, con su Presidente, el Regente y los Oidores, el Alférez Real de Caracas, el Arzobispo, el director de la escuela pública, jueces, escribanos y, naturalmente, la familia. Doce años y medio, pero en los papeles se le llama Don. Es Don Simón Bolívar. Huérfano, rico, mimado, consentido, díscolo. Comienza esta primera gran batalla de su vida con la fuga de casa de su tutor, el Alférez Mayor de Caracas don Carlos Palacios y Blanco, para refugiarse en la de María Antonia su hermana. Esta es ya mujer hecha y derecha, casada. De la casa de María Antonia habrán de sacarlo a viva fuerza, para depositarlo en la escuela del maestro Simón Narciso Rodríguez. Así se llamaba entonces Simón Rodríguez...

Los hechos ocurrieron de esta manera. De regreso de su hacienda, don Carlos Palacios y Blanco, se encontró ante la espantable realidad de la fuga del pupilo. Lo primero, era

sacarlo de manos de María Antonia, que estaba encantada con la fuga y el refugio, tanto que para volver las cosas a su punto hubo que acudir a la autoridad. Habría que poner al niño en lugar seguro. ¿Dónde? En la escuela de Simón Narciso. María Antonia, indignada. ¿Cómo llevar al niño rico y bien a la escuela de Narciso? El extraño maestro tenía revueltos en la misma clase más de setenta niños que pagaban pensión, con cuarenta que estudiaban de balde. ¿No era aquello una escuela pública? Un Bolívar tan rico como ese niño, no tenía derecho a un ayo o tutor.

Don Carlos no puede pensar que el pupilo escapara de propia iniciativa. María Antonia lo ha sonsacado. Y así, por causa del niño, va a producirse un forcejeo de todos los diablos, que mueve al tutor a pedir el apoyo de la Real Audiencia. No dilata la Real en dictar el decreto que notifica a don Pablo Francia, marido de María Antonia, la entrega del niño. El señor Francia se limita a que el niño exprese ante la autoridad su decisión de quedarse en casa de su hermana. Ni salgo de esta casa, ni nadie puede obligarme a vivir con mi tutor. Los tribunales bien pueden disponer de mis bienes, y hacer de ellos lo que les de la gana, pero no de mi persona. Si los esclavos tienen libertad de elegir a su amo, a mí no puede negárseme vivir en la casa que yo quiera. Don Carlos replica en memorial a los jueces: Estas expresiones no son, ni pueden ser parto propio del pupilo: sus doce años son incompatibles con la gravedad y altanería de una palabras que hacen estremecer: son efecto de sugestión y ensayo: se ve que alguien tan inconsiderado y poco amante de la verdadera felicidad del pupilo se ha dedicado a seducirlo, imbuyéndole unas

ideas impropias de su edad...
Ya no hay vecino que no sepa lo que ocurre en casa de María Antonia. La noche que pasó el niño después de su negativa a salir de manos de su hermana fue, para él, de triunfo y felicidad. Durmió como un bendito. Cuando al día siguiente llegaron el tutor y el escribano con el Real Decreto y la orden de la Audiencia, la gente se agolpó a la puerta de María Antonia. El niño indómito pasó de la resistencia moral a la física. Informa el Escribano: el menor don Simón
Bolívar "expresó no iba de ningún modo donde se mandaba, resistiéndose fuertemente a conducirse voluntariamente a la casa de don Simón Rodríguez, por lo que le hice saber al insinuado menor que en el caso de no ir voluntariamente se llevarla a viva fuerza y sin embargo de esto continuó en la misma resistencia, no obstante las persuasiones que don Pablo y don Carlos le hacían a efecto de que no

llegase en caso de llevarlo involuntario como efectivamente fue necesario que los expresados don Carlos y don Pablo lo sacasen hasta la calle, y no habiendo sido posible su conducción en estos términos mandó aquel a un criado que allí tenía lo llevase cargado, y habiéndose el menor agarrado de don Pablo y no pudiendo aun así conducirlo trató este nuevamente de persuadirlo como lo hizo, con lo que y tomándolo el expresado criado lo hice conducir a la insinuada casa de don Simón Rodríguez, Maestro de primeras letras".

Ahora ya no es la Audiencia disputada, sino María Antonia y su marido, que comparecen ante la Audiencia.

Habla entonces el orgullo herido del matrimonio, que refiere a su manera lo ocurrido: “Con la bulla que ocasionaron los gritos y lágrimas del menor, se juntó en la calle no poca gente, y entre ella don Feliciano Palacios hermano de don Carlos. Este viendo la resistencia de aquél, y que permanecía asido a mí, le dio un golpe en los pechos y le hizo desprender. Yo, don Pablo, hice presente a don Feliciano la irregularidad de semejante demostración sin ser arte ni parte en el asunto, faltando a mi respeto y al de su hermano en medio de la calle. Y sin más motivo me acometió echando mano a la espada, que no la sacó por haberse puesto por medio el tutor don Carlos conteniéndolo y retirándolo muchos pasos, hallándome yo a la sazón desarmado y en traje de montar, pues que acababa de apearme del caballo.

En este estado, habiendo mandado don Carlos a un negro que allí tenía preparado, que aprehendiese al menor don Simón, lo ejecutó así y lo condujo con escándalo y alboroto a la Escuela Pública (distante más de cuatro cuadras) y fue entregado a don Simón Rodríguez, su maestro, en mi senda, por haberle acompañado en cumplimiento de lo proveído por V.A.

Viene ahora una muestra enternecedora del amor a los pleitos, María Antonia y su marido tienen traspasado el corazón de pena. ¿Cómo se entrega a un extraño a esta altura “siendo de la primera distinción en la ciudad superabundantes rentas para conservar el decoro y i? que heredó de sus padres, privándolo de la compañía único consuelo y amparo de su hermana mayor? podemos comprender cuál sea la poderosa razón que podido mover al justificado ánimo de V. A. para decretar la extracción del huérfano don Simón de la

casa y compañía de una hermana que lo ama tiernamente para poner! vivir en una escuela pública al cuidado de un extraño

Lo que sigue para en latín. Latín que no sólo conocen los abogados. Las familias saben de memoria textos y palabras por haberse criado de la misa al pleito y del pleito a la misa “Acaso habrá informado el tutor don Carlos, o se habrá estimado que no puede criarse el huérfano en nuestra casa conforme a lo dispuesto por la misma ley, por ser yo doña María Antonia de las que muriendo éste, tienen derecho a heredarlo, considerándoseme por tanto sospechosa para su educación”. Pero los mismos autores limitan semejante prohibición a los extraños que no tengan derecho, a quienes se presume sospechosos y no a los hermanos, a semejanza de la madres, por razón de que no hay igual amor al de los hermanos que se equipara al de los padres, según aquella sentencia de Plutarco “qui fratrem suum non amat,hic nec parentes quidem, qui amborum generationi communes fuerint”.

De aquí que según los mismos autores aquella sospecha legal respecto de los que tengan derecho de heredar a los huérfanos, se purga, ya por el juramento, como enseña el señor Gregorio López, ya por la probidad y buena fama de la persona, aconsejando que en semejantes circunstancias fácilmente puede el juez inclinarse a encargar la educación y cuidado del huérfano aun a aquellos que tengan derecho de suceder le. ¿Con cuánta mayor razón, pues, podrá confiarlo a una hermana mayor que lo ama tiernamente y a quien se ha acogido el huérfano, explicando firmemente que quiere vivir en su compañía y pidiendo con la mayor

constancia que lo dejen en su casa?

La Real, que sabe de lengua muerta tanto como María Antonia, se mantiene firme, y el niño don Simón Bolívar es conducido a la escuela de Narciso, escoltado por todo el latín atesorado en las Leyes de Castilla.

La escuela de Simón Narciso

Al maestro de la escuela, extravagante y afrancesado, lo conocían los Bolívar como ¡a palma de sus manos. A María Antonia le espantaban sus avances democráticos, y prefería que el niño fuera llevado al seminario, y tuviera por ayo a un sacerdote. Un niño tan rico, o debía llegar a arzobispo o a capitán de usares. Por su Dios y por su Rey. El tutor elegido testamentariamente había venido tolerándole libertades impropias de un Bolívar. Se veía al niño andando por calles y paseos a pie y a caballo, y, lo que es peor, en juntas con otros muchachos no de su clase, con nota y censura de toda la ciudad. Había que internarlo para corregirlo. Pero ¿en la escuela de Narciso? ¡Jamás! El propio Narciso aceptó que su pobreza quizás no le permitía muchas veces complacer el paladar del niño. Pobre, su mesa era la de la gente ordinaria. Podrían enviarle una comida mejor de su casa, y en todo caso que tuviera paje a su servicio. El niño y el maestro fueron entendiéndose, por las genialidades del revolucionario pedagogo que acabarían por hacer del alumno su gran admirador. Pero todo, paso a paso. Ya el niño no va a la escuela, sino que se queda con Narciso en su casa para mayor provecho. Con todo, una noche Narciso descubre que el niño se ha fugado. Echó a buscarlo por calles y plazas sin provecho. Al regresar a su casa, confundido, ahí estaba... traído por el confesor del Obispo "de cuya

parte se me dejó recado para que no reprendiese al niño por sólo el motivo de la fuga...

La familia, la Audiencia, los vecinos, todos tienen puestas las miradas en la escuela, todos opinan en materias de educación, y no se sabe a ciencia cierta qué puede hacerse con el niño indómito. Quien tiene mayor derecho es el tutor, encargado por los padres difuntos de su crianza. Don Carlos no es para dejarse mandar por María Antonia, y con él está la Real Audiencia. El enredo ha subido a las alturas del más grave tribunal de justicia. Don Carlos ya no habla sino a través de un procurador jurisconsulto. Su alegato comienza con todas las de la ley: “Don Carlos Palacios. Alférez Mayor de esta ciudad, como tutor interínario de mi sobrino don Simón de Bolívar y Palacios, en los asuntos sobre crianza y educación de éste, parezco ante V.A. y en la forma que haya más lugar de derecho sin prejuicio de cuantos me competan y sin que se entienda contestar a quien no debo, digo...” Y comienza a decir...

María Antonia y su marido lo que quieren es colocar al niño en el Seminario, bajo la custodia del Rector y el Vicerrector... Han pedido que se les permita ver los autos del proceso e internar a Simoncito en el seminario. “Por lo que respecta a lo primero, V.A. debe negar a don Pablo Francia y a doña María Antonia, la vista que piden, imponiéndoles perpetuo silencio... Sólo mi voz es la legítima en cuanto concierne a la persona y bienes de don Simón de Bolívar e ilegítima la de don Pablo Francia y su mujer... Resueltos a entrar conmigo en contestaciones y a seguir un pleito escandaloso que dividirá en partidos nuestra larga familia, encendiendo entre sus individuos la discordia y causando fatales

consecuencias... Sólo pueden cortarse estas negando a don Pablo y su mujer la vista que ilegítimamente piden del expediente... Cuando yo solicito la paz, la desconcierta don Pablo, cuando yo sostengo mis derechos respetando el honor de mi familia, atropella don Pablo los míos... cuando yo... propongo la mejor crianza y educación del pupilo, trastorna don Pablo mis saludables ideas... El Seminario Conciliar está destinado por su instituto a la educación de jóvenes que presienten vocación al estado eclesiástico y... don Simón de Bolívar no manifiesta ninguna inclinación a este..."

¿Cura? ¿Capitán? "Los jóvenes que entran ai Seminario Conciliar es forzoso que por su instituto vistan la opa y beca que les está señalada por preciso distintivo, cuyo vestuario es incompatible con el militar que debe traer continuamente don Simón de Bolívar como destinado a la carrera militar..." No olvidar: Simón de Bolívar es un niño de doce años y medio...

"Por otra parte no se divisa cual sea la mayor ventaja que va el pupilo a ganar en ser transciendo al Seminario Conciliar, porque allí ha de estar bajo el cuidado dei Rector y en su defecto del Vicerrector, los cuales son personas de notoria probidad y santidad... aquí, quiero decir en la casa de don Simón Rodríguez, vive y vivirá el pupilo bajo la inmediata custodia superior *y* dirección de éste que es sujeto de no menos virtud y probidad que aquellos..."

"Suplicó a V.A. que cortando de raíz las nuevas y escandalosas contestaciones que se preparan, se sirca declarar sin lugar la vista del expediente que solicitan don Pablo de Francia y su consorte, imponiéndoles perpetuo silencio..."

Yo me quedo con Simón Narciso

Quien gana en última instancia este pleito es Bolívar. Ha sido la primera batalla de su vida, colocándose al lado de don Simón Rodríguez. Ai cabo de dos meses de combates. Bolívar niño obtiene la victoria. Acaban para él los dos únicos meses de escuela de su vida. Su sola universidad será dialogando con Simón Rodríguez en la casa de Caracas, en la Cuadra, en San Mateo., a caballo o a pie... aquí en Venezuela o en el largo camino de París a Roma. ¿Cómo se decidió lo de Caracas? Juan Nepomuceno de Pedroza. ¡Oidor de la Real Audiencia, llamó a! niño para que expusiera sus razones. Estaban presentes el maestro y el escribano. Se le dijo k> que pedía su hermana y lo que alegaba el tutor. Y dijo d Libertador: “Que si antes resistía vivir al abrigo y bajo la dirección y educación de su lío y curador don Carlos Palados, confiesa fue pura temeridad y como mal aconsejado* en el día... no solo está pronto sino que desea con ansia volver al abrigo y casa de su tío y curador... continuando bajo la enseñanza y dirección de su maestro don Simón Narciso Rodríguez...”

Y volvió, a la casa con Narciso. Esto, con el tiempo vendría a convertirse, entre maestro y discípulo, en algo más que una amistad. A la vuelta de menos de treinta años Bolívar escribía a Santander: “He sabido que ha llegado de París un amigo mío, don Simón Rodríguez: si es verdad haga usted por él cuanto merece un sabio y un amigo mío que adoro. Es un filósofo consumado... es el Sócrates de Caracas... dele usted dinero de mi parte... Si puede, que me venga a ver”. Y unos meses más tarde: “A don Simón Rodríguez dé Ud. dinero de mi parte... Que me venga a ver... Yo amo a este hombre con

locura. Fue mi maestro; mi compañero de viajes, y es un genio, un portento de gracia y de talento para el que lo sabe descubrir y apreciar. Todo lo que diga yo de Rodríguez no es nada en comparación con lo que queda... Con él podría yo escribir las memorias de mi vida. Él es un maestro que enseña divirtiendo... Él es todo para mí. Cuando yo lo. conocía valía infinito... En lugar de una amante, quiero tener a mi lado un filósofo, pues en el día, yo prefiero a Sócrates a la hermosa Aspada..."

Las Dos Naturalezas

Caer un niño en manos de Narciso Rodríguez era entrar en la escuela de la naturaleza. Quien dice naturaleza está diciendo América. Rousseau lleva en el subconsciente los mismos ingredientes que movieron a Chateaubriand a buscar como escenario, para los amores de Átala y René, el paisaje en torno a las cataratas del Niágara. Ha sido un proceso de tres siglos. La primera página de la gran novela romántica fue escrita el 12 de octubre en el Caribe por un genovés que por primera vez tuvo por delante, para contemplarlo y casi enloquecerlo, un paisaje no soñado, una raza antes no vista. Este caso único en el mundo da fecha precisa al nacimiento de una literatura, cuya primera palabra es de maravilla: descubrimiento. Eso fue la aparición de una tierra que en sus árboles, sus pájaros, sus peces, sus playas, sus montes, y naturalmente en sus pobladores, revelaba algo diferente de lo que se había vivido por generaciones de generaciones, por siglos de siglos. De 1492 en adelante no se cansarán los ojos europeos de ir encontrando maravillas y enseñanzas del otro lado del mar. La pasión de Rousseau es la misma de los primeros

descubridores, de los cronistas, de los viajeros. En el setecientos la perplejidad renace y los sabios se apasionan por el renovado descubrimiento que no acaba de hacerse nunca. La diatriba de Rosseau contra las ciudades, las industrias, las artes y las letras, los oficios y las costumbres de la civilización occidental, corresponde al espectáculo deslumbrante que ofrecía en sus relatos don Cristóbal, al levantar el telón americano en una minúscula isla del Caribe. Desde entonces, cuando el europeo se exalta hablando de la naturaleza, en el fondo de sus palabras está la revelación americana que mueve a los pintores de Alemania, de Francia, de Inglaterra, de Italia, a fantasear con el fabuloso tesoro de noticias que salen de España o Portugal. Linneo, en Upsala, ve dilatarse al infinito la flora elemental de Escandinava el día que se entera de la Flora Mexicana por las noticias que saca de los olvidados libros de Francisco Hernández, por informes de su compatriota y discípulo Loeffling en el Orinoco, por los de la expedición de La Condamine en sus memorias a la Academia de Ciencias de París, por su correspondencia con José Celestino Mutis. En toda Europa se establecen jardines botánicos. La novedad está en las flores americanas, centro de atracción universal. Rousseau trabaja, así, con un material vivo que está reflejándose en las páginas de la Enciclopedia, provocando conferencias en la academia, despertando la curiosidad en los salones de las mujeres de letras, de los poetas, de los pintores...

Para todo esto hay que recordar lo que escribió el 12 de octubre al Almirante: los nativos “venían a las barcas de los navíos adonde nos estábamos, nadando, y nos traían papagayos / hilo de algodón en ovillos / azagayas y otras cosas y nos las trocaban por otras que

nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y casca veles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad, más me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una farto moca y todos los que yo vieran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de XXX años, muy bien, hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballos e cortos. Los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan. D'ellos se pintan de prieto, y (d') ellos son de la color de los canarios, ni negros, ni blancos, y d'ellos se pintan de blanco y d'ellos de colorado y d'ellos de lo que fallan; y d'ellos se pintan las caras, y d'ellos todo el cuero, y d'ellos solos los ojos, y d'ellos soló el nariz. Ellos no traen armas ni las conocen porque les amostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia. No tienen algún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro y algunas d'ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos. Yo vide algunos que tenían señales dé heridas en sus cuerpos, y les hice señas qué era aquello, y ellos me amostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban acerca y les querían tomar y se defendían. Y yo creí e creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les dezía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo plaziendo a Nuestro Señor llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestras

Altezas para que deprendan fablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos en esta isla...

En tres días las carabelas van de Guahanani a la isla e Sarita María, de esta a la Fernandina, de la Fernandina a la Samaet... Es el archipiélago de los encantamientos en que los ojos zahories del almirante buscan escondidas nidos de oro. La narisgueras de los aborígenes delatan la cercanía de las minas. Los moradores son cándidos como el buen salvaje de Montaigne. El 16 escribe: “Esta gente es semejante a aquella de las dichas islas, y una fabla y unas costumbres, salvo qu’estos ya me parecen algún tanto más domésticos, gente de tracto y más sotiles, porque veo que han traído algodón aquí a la nao y otras cositas, que saben mejor refetar el pagamento que no hazían los otros. Y aún en esta isla vide paños de algodón fechos como mantillos, y la gente más dispuesta, y las mugeres traen por delante su cuerpo una cosita de algodón que escasamente les cobija su natura. Ella es isla muy verde y llana y fértilísima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo y cogen, y así todas otras cosas. Y vide muchos árboles muy diformes de los nuestros, d’ellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pié, y un ramito es de una manera y otro de otra; y tan disforme, que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de la una manera a la otra. Verbigracia: un ramo tenía las fojas de manera de cañas, y otro de manera de lantisco y así en un solo árbol de cinco o seis d’estas maneras, y todos tan diversos, ni estos son enxeridos porque se pueda dezir que el enxerto lo haze, antes son por los montes, ni cura d’ellos esta gente. No le cognozco secta ninguna y creo que muy presto se tomarían cristianos, porque ellos son de

muy buen entender. Aquí son los peces tan disformes de los nuestros, qu'es maravilla. Ay algunos hechos como gallos, de los más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores, y otros pintados de mil maneras, y las colores son tan finas, que no ay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos; también ay vallenas. Bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera salvo papagayos y lagartos. Un mozo me dixo que vida una grande culebra. Ovejas ni cabras ni otra ninguna bestia vide, aunque yo e estado aquí muy poco, que es medio día; más si las oviese, no pudiera errar de ver alguna. El cerro d'esta isla escriviré después que yo la oviere inrrodeada".

Lo americano en Rousseau

Si Rousseau delira con la naturaleza, su delirio arranca de la de América, como puede verse lo mismo en el *Contrato Social que* en el *Emilio o* en sus grandes discursos para l_a academia de Dijon, y esto hace que se le acerquen como hermanos el maestro de la escuela pública de Caracas y el Libertador Simón Bolívar. Todas las extravagancias de los tres personajes tienen el mismo origen. Son en su tiempo el retrasado eco del diario de Colón.

De Pativilca escribió el Libertador una carta a su primer maestro. Han pasado casi treinta años de las rabietas que enfrentaron a María Antonia su hermana con don Carlos Palacios, y en este tiempo el mundo ha dado tantas vueltas que contemplarlas da vértigo. Entre las dos fechas queda suspendido el fulgor del juramento "cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria". Bolívar escribe a su maestro: "Yaqué no puedo volar hacia

usted, hágalo usted hacia mí; no perderá usted nada; contemplará usted con encanto la inmensa patria que tiene, labrada en la roca del despotismo por el buril victorioso de los libertadores, de los hermanos de usted. No, no se saciará, la vista de usted delante de los cuadros, de los colosos, de los tesoros, de los secretos, de los prodigios que encierra y abarca esta soberbia Colombia. Venga usted al Chimboraso; profane usted con su planta atrevida la escala de los titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del Universo nuevo. Desde tan alto tenderá usted la vista; y al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena, podrá decir: dos eternidades me contemplan: la pasada y la que viene; y este trono de la Naturaleza, idéntico a su autor, será tan duradero, tan indestructible y eterno como el Padre del universo..."

Napoleón, en Egipto, subido a las pirámides, ofrecía a sus tropas la contemplación de meros cuarenta siglos... Rousseau daba el ejemplo de buscar mayores alturas en el tiempo para escrutar el destino del pueblo, miraba desde las luchas de Esparta en tiempos de Licurgo hasta Roma después de los Tarquinos y llegaba a Holanda y Suiza de sus tiempos, pensando siempre que la libertad puede adquirirse, pero jamás se recobra, palabras estas de que hacía una máxima para ofrecerla como norma a los pueblos libres. Rousseau, Simón Rodríguez y Simón Bolívar. Están, los tres, rescatando una historia que estaba en el olvido. Bolívar va a ser el primer americano, si no el primer ser humano educado como Emilio en el horizonte que tuvo ante sus ojos el Almirante. Cuando Rousseau habla de la naturaleza no trata sólo de los montes, los ríos, los pájaros, los peces y los árboles, sino del hombre natural. En su carta a

Teresa, Bolívar va a escribirle en París, explicándole su viaje a América: “Sabéis que todo en mí es espontáneo y que no formo jamás proyectos. La vida del salvaje tiene para mí muchos encantos. Es probable que yo construya una choza en medio de los bosques de Venezuela. Allí yo podré arrancar las ramas de los árboles a mi gusto, sin temor de que se me gruña, como me sucedía cuando tenía la desgracia de arrancar algunas hojas. Ah. Teresa: ¡felices aquellos que creen en un mundo mejor! Para mí, este es muy árido... Si ai que no tiene tiempo bastante para mirar las nubes que vuelan sobre su cabeza, las hojas que el viento agita, el agua que corre en el arroyo y las plantas que crecen en sus orillas, le dijera yo que la vida es triste, me tendría por un loco. ¡Feliz Mortal! No tiene necesidad de tomar parte en los dramas de los hombres para animar la vida. Vuelvo a ver otros hombres, y otra naturaleza... Los recuerdos de mi infancia...”

Rousseau, en Emilio: “La sima del género humano son las ciudades. Al cabo de algunas generaciones perecen o degeneran las castas: es preciso renovarlas. y el campo es el que sufraga esta renovación. Enviad, pues, a vuestros hijos a que se renueven, por decirlo así, y a .que recuperen en medio de los campos el vigor que se pierde en el aire contagioso de los pueblos grandes...Y en el *Discurso sobre las ciencias y las artes:* “No se puede reflexionar sobre las costumbres, sin recordar con placer la imagen de la simplicidad de los primeros tiempos. Es una hermosa costa, adornada solo por las manos de la naturaleza, hacia la cual se vuelven sin cesar los ojos y donde se siente pesar al alejarse. Cuando a los hombres inocentes y virtuosos, gustabáles tener a los dioses por testigo de sus acciones, habitaban

junto las mismas chozas, más muy en breve, convertidos en malvados, cansaronsé de tan incomodos espectadores y los regalaron a templos magníficos de donde al fin los arrojaron para instalarse ellos mismos. O al menos se dieron a la tarea de construir edificios que no se distinguían en nada de los templos... lo que sobrevino entonces fue el colmo de la depravación, pues los vicios jamás fueron llevados tan lejos como cuando se les vio, por decir así, sustentados a la entrada de los palacios de los grandes, sobre columnas de mármol y grabados sobre capiteles corintios…

La naturaleza americana

La naturaleza de las plantas y los hombres... Cuando más se avanza en el conocimiento del setecientos, más notorios son los vínculos que se encuentran entre sus revoluciones

en Europa y sus raíces americanas. Así como el segundo descubrimiento hecho por los naturalistas conduce al *Emilio de Rousseau,* la formulación de los derechos del hombre, hecha en las colonias inglesas al emanciparse se inserta en la Constitución de la Francia revolucionaria. Podría llegarse a que 25 la extraña educación de Bolívar de una escuela sin escuela es el resultado final de las expediciones científicas. La llegada del sueco Loeffiing a Venezuela, y su exploración del Orinoco, donde murió, abrieron un proceso universitario que exaltó Linneo y alcanzó su culminación en la Expedición Botánica promovida por Mutis en Nueva Granada. Mutis des enclaustró la universidad. Sacó a los investigadores de escuelas que funcionaban en conventos y los llevó a montes, selvas, valles. Había que poner al estudiante en contacto con la naturaleza, y de

este contacto, que se extendió a los hombres del campo, nació la legión de los liberta- M dores. Don Simón Rodríguez mismo, que formuló tanto M proyecto para escuelas urbanas, acabó, en el caso de Bolívar, por ser arrastrado por el niño a salir al campo. Sin saberlo, el muchacho díscolo es quien empuja al maestro a cambiar la casa de la escuela por la hacienda de los Bolívar... Que era lo que pedía Rousseau.

Hay que recordar la propia experiencia del ginebrino. Relata él cómo le vino la idea de arremeter contra los libros y las artes yendo un día a visitar a Diderot, prisionero en la cárcel de Vincennes. El relato lo hace él mismo en una página digna de figurar en sus *Confesiones o en* las de Simón Narciso Rodríguez. Había leído en el *Mercure de France* la convocatoria hecha por la Academia de Dijon para un concurso literario. Era el año de 1762. “Sentirme de pronto deslumbrado por un millar de luces resplandecientes, una multitud de ideas vividas se apiñaban en mi mente con tal fuerza y confusión que me sumieron en una agitación indecible; sentía mi cabeza remolinear como la de un borracho. Sobrecogióme una violenta palpitación que hacía latir mi corazón de una manera insoportable; faltándome el aliento para seguir andando, me desplomé debajo de uno de los árboles del camino, donde permanecí durante media hora en un grado tal de excitación que, al levantarme, noté la parte anterior de mi chaqueta totalmente humedecida por mis lágrimas, aunque inconsciente en absoluto de haberlas derramado. ¡Ah, Señor! Si hubiera podido escribir tan sólo la cuarta parte de lo que vi y sentí debajo del árbol, con la misma claridad, habría revelado todas las contradicciones de nuestro sistema social; con qué

simplicidad hubiera demostrado que el hombre es naturalmente bueno y que únicamente nuestras instituciones le hicieron malo".

Se parece esta escena, que decide la suerte de la filosofía de Rousseau, a la del terremoto de Caracas y el colérico discurso de Bolívar: “Si la Naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra la naturaleza y haremos que nos obedezca". Porque lo que hay en la naturaleza americana, la de las selvas, huracanes y buenos salvajes, es de un dramatismo que espanta a los europeos. Cuando nosotros decimos naturaleza manejamos otro lenguaje. Bolívar mismo iba a verlo a todo lo largo de sus campañas. El paisaje que figura antes de 1492 en los grabados del Viejo Mundo acaba orientándose en busca de un jardín italiano. Todo son eras, fuentes que sonríen, marquesas que caminan por caminitos de arena... parques. O lindas praderas o bosque- cilios armoniosos o ríos mansos como canales... Lo que viene de América son selvas enmarañadas, lianas que aprisionan los árboles, caimanes, culebrones, tigres, arañas armadillos, iguanas, peludas arañas, caballos cimarrones, micos y mariposas. Esta América espanta al propio Chateaubriand. Bolívar da, un latigazo a la naturaleza indómita callando la voz del cura en el terremoto, en el discurso que define la orientación de su vida. A lo mejor había oído de labios de Humboldt la descripción de cómo había visitado la hacienda de Pombo en Turbaco, donde el prusiano descubrió los volcancitos de viento y agua a la sombra de un árbol que vendría a ser simbólico en nuestro tiempo —el macondo—. Dormía en un paisaje paleolítico. “Puesto que el bosque está por todas partes tan cerca, en tiempo de lluvia se padece enormemente a causa de los

zancudos... el pueblo está lleno de culebras tan grandes que hasta comen gallinas. Todas las noches los murciélagos provocan un atroz alboroto, porque las culebras trepan al techo de nuestra casa, se deslizan en el cuarto y persiguen a los murciélagos. En Europa se aterraría uno seguramente ante esta sola idea-... Aquí, como en la provincia de Cumaná, no es raro que de noche caigan culebras del techo en la hamaca o en la cama... La costumbre familiariza con todos los peligros...” (Humboldt: *Diarios).*

Chateaubriand lo dice en Átala (en la traducción que le hizo Simón Rodríguez) “Yo no soy como Rousseau entusiasta por los salvajes; y aunque tenga quizás tanta razón para quejarme de la sociedad, como este filósofo para alabarse, no creo que la pura naturaleza sea la cosa más bella del mundo. Siempre la he hallado muy fea, donde quiera que he tenido ocasión de verla; y bien lejos de opinar que quien piensa es un animal depravado, juzgo que el pensamiento hace al hombre. Todo se ha perdido por esta palabra: *naturaleza.* Pintemos la naturaleza, pero la naturaleza bella: el arte no se debe ocupar en imitar monstruos...” (Simón Rodríguez: *Obras Completas).*

Naturaleza y Revolución

Abre los ojos Simón Bolívar con el *Emilio* de Rousseau por guía y cuando definitivamente va a cerrarlos deja en su testamento, cómo legado a la Universidad de Caracas, el ejemplar del *Contrato Social* que había sido de Napoleón y que le regaló su amigo el general Wilson. Rousseau mismo trabajaba alternativamente su pedagogía de la naturaleza, el *Emilio, y su manual de política evolucionaría. El Contrato*

Social. Simón Rodríguez se quema las pestañas leyendo *Emilio* en Caracas, y en Roma lleva a Bolívar al juramento: No daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español...

Todos comienzan por el paisaje y la flor y todos acaban por la revolución y la espada. Lo que en un principio fue la lección de Linneo en la brumosa Escandinavia, se convirtió en violenta revuelta que cambió el rumbo de las sociedades. El primer libro sobre las revoluciones en la época moderna tuvo su origen en él descubrimiento de América; fue el de Copérnico *De Revolutionibus.* Hablaba de las estrellas, los planetas y el sol. El editor cauteloso alargó el título original para que no hubiera lugar a malos pensamientos: *De Revolutionibus orbium coeslestium...* agregando que se trataba de una hipótesis astronómica. Años después se dieron cuenta las iglesias de que iba a cambiar las bases de la filosofía y la ciencia, y en coro lo condenaron católicos y protestantes de todas las denominaciones. El propio Copérnico no supo hasta dónde iban a llegar sus descubrimientos y Rousseau muere apenas iniciada la revolución americana. Lo de Filadelfia se proclama en 1776. Rousseau muere en 1778. Ni soñar entonces que sus palabras del Contrato "El hombre ha nacido libre, y sin embargo, vive en todas partes entre cadenas", explotarían como bomba de tiempo en la Paz de Bolivia, Quito del Ecuador, Caracas de Venezuela, Santa Fe de Bogotá...

Cuando, contemporáneamente, doblaban los Alpes Napoleón con sus ejércitos y dos peregrinos solitarios, Simón Bolívar y Simón Rodríguez, haciendo

todos el mismo camino, la historia se abría en dos vertientes opuestas. Napoleón iba pensando en su imperio en Italia, y seguir hasta Egipto llevando, con el Código Civil, su bota imperial. Los dos Simones, en la independencia de toda la América española. El mismo camino lo había hecho el "ciudadano de la república de Ginebra" Juan Jacobo Rousseau, cuyo tema era el de la libertad del hombre. Explorando este ideal, iría a encontrarse con el cuento del presbítero saboyano que comenzaba diciendo: "No soy un gran filósofo, ni me curo mucho de serlo, pues alguna vez tengo sana la razón, y siempre amé la verdad... Nací pobre aldeano, destinado por mi condición a labrar la tierra; pero creyeron mejor que aprendiese a ganar el pan con el oficio de sacerdote... aprendí lo que querían que aprendiese, dije lo que querían que dijese, me obligué como quisieron, y fui ordenado sacerdote; más pronto experimenté que cuando me obligué a no ser hombre, prometí más de lo que podía cumplir..." (Rousseau: *Emilio).*

Lo primero que oyó Bolívar de Simón Rodríguez, de viva voz y no leyendo el texto, está en ese canto a la libertad, atrevido al punto que fue arrojado al fuego en París. Se desligaba el ginebrino de todo respeto a las autoridades tradicionales, y sin decirlo movía a la gran revolución. "Gracias al cielo que estamos ya libres de todo espantable aparato de filosofía: que podemos ser hombres sin ser doctores; no tendremos precisión de gastar nuestra vida estudiando la moral, pues a menos costo hemos hallado guía más seguro en el laberinto de opiniones humanas..."

Siguiendo el texto del presbítero savoyano, parece

que es un tratado moral contra los filósofos... escrito por quien va a redactar proyectos de constituciones para Polonia y Ginebra. Lo de América y su naturaleza es un telón de fondo no siempre visible, que se amplía con el conocimiento de la expedición de La Condamine para medir un grado en la línea del Ecuador. Intriga a Rosseau lo que piensan los salvajes del norte, le divierten las proezas en Cádiz de un indio de Buenos Aires, cuestiona a Montaigne, introductor en la literatura del buen salvaje... y en el discurso sobre el origen de las desigualdades destaca esta “sublime máxima de justicia razonada”: “Haz a otro lo mismo que quieras que te hagan a ti.,.” ... que corresponde al artículo 2 de los deberes del ciudadano en la constitución que Bolívar presenta al Congreso de Angostura: “Haz a los otros el bien que quisieras para ti, No hagas a otro el mal que no quisieras para ti. Son los dos principios eternos de justicia natural en que están encerrados todos los deberes respecto a los individuos”. Rossinianamente, ya este artículo se había estampado en la Constitución francesa de 1793, y naturalmente estaba inserto en la de Haití, eco de la revolución de la Bastilla.

Estas cosas ocurren cuando de mirar las estrellas se pasa a contemplar las cosas de la tierra. El ginebrino debió descubrirlo todo mirando al cielo en las noches despejadas de los Alpes. Y sus reflexiones en el *Emilio* le parecerían un discurso cristianísimo que ofrecía como la nueva orientación política para el mundo... De donde en buena parte sacaron su doctrina los de Filadelfia y Virginia, primeros en recoger semejantes atrevimientos para hacer la ley de un Nuevo Estado. Todo ocurría naturalmente. Garry Wills, en *Inventing America:* “En la Revolución Americana no hubo overturn de un gobierno

central, no rey decapitado en París, ni la ejecución rastrera de un zar. Jorge III reinó por otras cuatro décadas, y la carrera de Lord North continuó a pesar de su renuncia voluntaria. Pero los americanos querían dar a su movimiento precisamente el nombre de revolución porque era un procedimiento ordenado y legal. El primer significado de "Revolución" en inglés había sido astronómico —el revolverse de los cielos, desplazándose las posiciones de los planetas por "períodos" (que son sencillamente la "revolución" en griego). Hooker usó "la revolución cristiana" para significar la *era.* La palabra que se acepta para un cambio violento era "revuelta" y no revolución, Revuelta era sinónimo de rebelión..."

Miguel Sanz

Don Miguel Sanz y la desigualdad social

Los hijos de don Miguel Sanz referían a Aristides Rojas una historia de su padre que, publicada en las *Leyendas Históricas de Venezuela,* se ha popularizado como la mejor estampa del carácter de Simoncito. Para María Antonia Bolivar, el niño era el producto de su mala educación, ponía el ejemplo de los paseos a caballos con don Miguel Sanz, seguramente confirmados en ese cuento. Un día, le contaban a Rojas, a tiempo que Sanz montaba un brioso alazán, el niño Simón desesperaba por emparejarlo azotando el burro negro que ese día le dieron por cabalgadura. Sanz era el gran jurisconsulto y la audiencia de Santo Domingo lo había nombrado administrador *adlitem* del legado que don José Félix de Aristigueta había constituido en favor de Simoncito, hijo menor de Juan Vicente, marqués de Bolívar y conde de Coporete. Volviéndose Sanz al niño le dijo: —No hay que agitarse de esa manera, Simón: usted no será jamás hombre de a caballo. ¿Qué quiere decir hombre de a caballo? ¿Cómo podré ser hombre de a caballo montando en un burro que no sirve para cargar leña?

Mucho tuvo que ver Miguel Sanz con las primeras luces de quien pasó a ser el discípulo de Simón Rodríguez, y de cuantos algo tuvieron que ver en esta educación primaria. Fue el único a quien tocó más tarde trabajar con el Libertador en cosas de gran alcance jurídico. En 1813 le redactó el primer texto constitucional que se puso en vigor en Venezuela después de la liberación de Caracas...

Sanz no llevó a Bolívar al juramento como Simón Rodríguez, ni anduvo con él por Francia, Suiza o Italia, pero estaba en Caracas en 1810 y firmó el acta de Independencia. No se dejó deslumbrar por los discursos

de Rousseau pero escribiendo los editoriales de la *Gaceta de Caracas* hizo la más profunda exploración en los orígenes de la independencia. buscándolos no en fuentes francesas sino españolas. Dios sabe si vino a coincidir más con el Libertador proyectando formas autoritarias de centralismo que Simón Rodríguez con los discursos rusonianos.

Bolívar niño vería a Sanz como un abogado distante pero que lo mismo salía a pasear con él o dándole un caballo o un burro. Para el niño, volver a la casa de don Carlos Palacios era no sólo reanudar una vida que, después de todo, no le caía mal, sino estar al mismo tiempo con Simón Rodríguez y con Miguel Sanz. Así, alternativamente oía discursos sacados del Contrato Social y discursos sacados de la historia española. Sanz fue de quienes intervinieron para enviar a Simón Bolívar a que acabara de formarse en España. Para entonces, Simón Rodríguez, implicado en la conspiración, había salido para Filadelfia ayudado por los Bolívar, y quedó el niño al cuidado de otros maestros. Entre ellos, Andrés Bello, el más joven.

“Al cumplir los trece años, Simón había llenado, ateniéndose a las prescripciones del educador, la primera parte del programa trazado por Rousseau. Las caminatas por la selva, las correrías a caballo en la sabana, los ejercicios de remo en el Lago de Valencia, le habían dado, cumplidamente, fuerza y destreza...” (Mancini: *Bolívar),* Sobre esta primera enseñanza vendrían otras cosas. Las de Sanz, las de Bello... .

Cuando Bolívar regresa de Europa después del juramento, Caracas hierve. Estando en su hacienda de Yare se da el grito del 19 de abril, y entre quienes firman el acta está Sanz. Con Sanz está cuando se decide su viaje para Londres con Andrés Bello y López Méndez. Ha entrado así en la vida pública, y de regreso encuentra a Sanz escribiendo en la *Gaceta de Caracas* el estudio razonado sobre las causas de la Independencia, la teoría de la insurgencia, aplicada a Venezuela. En la Sociedad Patriótica, Bolívar y Miranda hacen los primeros discursos revolucionarios. Miranda pasa de la Patriótica al Congreso que va a dictar la primera constitución, y nombrado jefe de los ejércitos, confía a Bolívar el cuidado y defensa de la fortaleza de Puerto Cabello. Pierde Miranda la batalla de Valencia porque la caballería se pasa a los españoles, y pierde Bolívar la fortaleza y el parque en Puerto Cabello porque en una salida al pueblo, Vinoni iza la bandera española. Bolívar entrega a Miranda y sale para Cartagena y Sanz va a dar a los calabozos de la Guaira y de Puerto Cabello... Cinematográficamente cada una de estas escenas está llena de dramas y contradicciones... Quien ha podido, en medio de todos los acontecimientos, hacer una obra de filosofía política es Sanz, al lado de Juan Germán Roscio, Francisco Espejo, Vicente Salías... En los discursos, en los escritos, en las polémicas de la Sociedad o del Congreso, se disparaban nombres de autoridades que parecían ametralladoras contra la escolástica: Lock, Condillac, Raynal, Mormontel, Newton, Bacon... y desde luego Rousseau... El que discutía todo en la Gaceta, era Sanz. Humboldt había dicho: Se puede ir a Caracas por conocerlo.

Hace falta hacer un estudio de dos vidas paralelas: Simón Rodríguez y Miguel Sanz. Simón Narciso había escrito sus *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento,* en 1794. En 1793 lo habían nombrado maestro y en 1795 había presentado su renuncia, Todo en un plano conflictivo y rebelde y todo rusoniano, Su polémica provocó la carta del Obispo de Mérida, que condenó a los estudios tradicionales y promovió directamente la introducción de las "grandes ciencias del siglo". "Pero hasta la aparición del Informe sobre la educación Pública durante la colonia, obra de Miguel José Sanz, no circuló un ataque global y contundente sobre los métodos educativos y las costumbres coloniales. (Elías Pino Iturrieta: 1750-1810: *Un período de cambios en la mentalidad venezolana).*

Sanz precisa el origen del Contrato social, yendo más atrás del jesuita Suárez. La revolución en Venezuela no se inspira en Rousseau sino en las fuentes más antiguas de Castilla, de Aragón, del Contrato auténtico que tiene orígenes populares. El gran enfrentamiento del pueblo con el rey es extraordinario por cuanto coincide con el comienzo de la conquista de América por España. "Por Dios, es verdad, reinan los Reyes haciendo que los Pueblos les confieran la potestad suprema, y permitiendo que reinen. Por Dios reinan asimismo las Asambleas y Senados en los gobiernos democráticos. Por Dios reinaron los Caudillos y jefes que desde Moisés tuvieron los israelitas hasta el establecimiento de los Reyes. Por Dios reinan... Así como por Dios se mueve la hoja del árbol; y así como por Dios dejan de reinar los Ejecutores de la voluntad soberana de los Pueblos cuando faltando

a los pactos y procediendo contra las leyes fundamentales del Estado, se desata el contrato social recíprocamente obligatorio.

"Es digno de la memoria de los hombres la fórmula con que los aragoneses juraban a sus Reyes. Nosotros, decían, y cada uno de nosotros, que vale tanto como vos, y que juntos podemos más que vos, os juramos obediencia si cumplís nuestras leyes, y guardáis nuestros privilegios, y si no, nó. Seguramente los aragoneses, que eran cristianos, católicos, apostólicos, romanos entendían con perfección el *Per me Reges regnant,* y la Autoridad aún no había emprendido romper, o extenderse fuera de la periferia del círculo en que la estrechaba entonces la libertad y dignidad del hombre. Muchos años corrieron antes que Felipe II, por un acto de injusta y descarada arbitrariedad, hiciese degollar en Zaragoza a D. Juan Lanuza, justicia de aquel reino, única sombra que quedaba de la intrépida libertad aragonesa". (Sanz, en la *Gaceta de Caracas).*

Sanz se complace en mostrar la revolución de Venezuela sin las crueldades de la de Bastilla, y su rechazo a la violencia de París corresponde al que entrará en los discursos de Bolívar, de Miranda, de todos los libertadores. La aplicación de las teorías de la Ilustración que llevó a los Robespierre a cortarle la cabeza de Luis XVI, contrasta con el noble gesto americano de mantener la imagen del rey aparte de las miserias del mal gobierno. "Caracas por un efecto de sus costumbres; de sus ideas religiosas; y más que todo por un especial beneficio de la Providencia, trastornó un Gobierno insidioso, y generalmente aborrecido, y estableció una Junta conservadora de los derechos de

su Rey. Empresa para siempre gloriosa y digna de que se ocupen las plumas en transmitirla a la posteridad para perpetua memoria. Ni el diecinueve de abril, ni después, se ha visto un exceso semejante siquiera a aquellos con que la historia nos horroriza y espanta refiriendo las revoluciones de los Pueblos del mundo, o de los que hemos sido testigos en el trastorno de la Francia y de la España.

"Entre nosotros, Pueblo caraqueño, no reina la ambición ni tiranía. Si esas pasiones han desolado el género humano en Asia, África y Europa, mirad esta Suprema Junta empeñada en reconocer vuestros derechos y haceros partícipes del Gobierno, poniendo en vuestro arbitrio la libre elección de Diputados que le determinen, y constituyan. Entre nosotros no se conoce aquella nimia severidad que se equivoca con crueldad. Si esos excesos estremecen la humanidad en otras partes: mirad enviados generosamente a Emparan, Basadre, Anca y García los hombres criminales que merecían el último suplicio por su iniquidad, violencia y despotismo. Entre nosotros no se halla tanta estulta y fastidiosa gravedad que traspasando la causa de la circunspección, hace aborrecible al Magistrado. Si tan necias apariencias forman el carácter de nuestros enemigos; mirad la moderación y popular afabilidad con que se tratan cuantos mandan y gobiernan, En fin. no hay entre nosotros Sans-culotte Si los malvados arruinan

las poblaciones en otros países revueltos, mirad la docilidad con que aquí se obedece; la prontitud con que se establece el orden con que se vive". (San Gaceta de Caracas)

En una carta a Páez. escrita por el Libertador desde la Magdalena en Lima (6 de marzo de 1826), rechaza la idea de establecer la monarquía en América, tal como se la propuesto Leocadio Guzmán, enviado de Páez. "Usted no ha juzgado. me parece, bastante imparcialmente el estado de las cosas y de los hombres. Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón. En Francia se piensa mucho y se sabe todavía más. la población es homogénea, y además la guerra la ponía al borde del precipicio. No había otra república grande que la francesa y la Francia había sido siempre un reino. El gobierno republicano se había desacreditado y abatido hasta entrar en un abismo de execración. los monstruos que dirigían la Francia eran igualmente crueles e ineptos. Napoleón era grande y único, y además sumamente ambicioso. Aquí no hay nada de esto. Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitara César; aún monos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgulloso humano. Por tanto, es imposible degradarlo. Por otra parte, nuestra población no es de franceses en nada, nada, nada. La república ha levantado el país a la gloria y a la prosperidad, dado leyes y libertad. Los magistrados de Colombia no son ni Robespierre ni Marat".

Sobre la igualdad de los hombres. Sanz avanza más allá de lo que ya decía Rousseau en su discurso sobre el origen de la desigualdad, se mostraba al buen

salvaje venezolano como un tipo superior. "Los caribes de Venezuela, entre otros, viven, por lo tocante a esto, en la mayor seguridad y sin el menor inconveniente. Aunque están casi desnudos, dice Francisco Correal, no dejan de exponerse atrevidamente por entre los bosques, armados únicamente con la Hecha y el arco, sin que se haya oído decir jamás que ninguno ha sido devorado por las rieras".

/>r 5'fW Jacinto a San

¿Hasta dónde llega Sanz en su estudio sobre la sociedad civil? ¿Aprueba estos románticos arranques sobre el buen salvaje? ¿Es cierto que las leyes hayan producido los males en que piensa Rousseau? “El hombre debe ser considerado o como un habitante de las selvas, o como un miembro de la sociedad. El hombre salvaje abandonado a todos los impulsos y movimientos de la naturaleza, no es más en sus operaciones que la primera de las fieras; sus pasiones no tienen freno, ni delicadeza sus deseos; vive entregado a toda la influencia de una naturaleza casi irresistible; y reduce su felicidad al pequeño círculo de la satisfacción de sus bárbaros y materiales placeres. Fiero como el tigre y voluptuoso como el orangután, es más violento en todas sus inclinaciones, porque es más capaz de serlo.

“El hombre reunido en sociedad está sujeto a la fuerza de prohibiciones con que se contiene la impetuosidad de sus torcidas y violentas inclinaciones; está contenido por reglas destinadas a conservar el orden, la armonía y la virtud. Estas reglas y prohibiciones forman la ley y su transgresión el delito, dan la prosperidad a los pueblos y la felicidad a las familias y son el vasto imperio en donde reina la Política". (Sanz,

Gaceta de Caracas),

Y de nuevo aprovecha el caraqueño para arremeter contra la revolución francesa; “un pueblo libre debiendo tener honores, distinciones y demás premios con que se recompensan el mérito y la virtud, no puede admitir una igualdad absoluta; ella es opuesta a su libertad. La historia del mundo está llena de pruebas de esta verdad. Roma, la celosa, Roma la miró como una quimera, y aún humea en los campos de la Francia la sangre de un millón de víctimas sacrificadas a esta imaginaria deidad. Catorce años de llanto y desolación fueron necesarios para derribar sus altares, y vieron por fin elevarse sobre sus ruinas el trono ensangrentado del más astuto de todos los déspotas; trono sustentado por una desigualdad mayor que aquella, por cuya destrucción se arrojaron a la arena y tolerada por el convencimiento de los males que causó su funesto delirio . (Sanz, ibidem).

Bolívar habla de un Contrato Social entre el Emperador Carlos V y los descubridores, conquistadores y pobladores de América. Lleva la idea del contrato comunero de Sanz a un plano americano, X. “Los reyes

de España convinieron solemnemente con ellos que los ejecutasen por su cuenta y riesgo, prohibiéndoles hacerlo a costa de la Real Hacienda, y por esta razón les concedía que fuesen señores de la tierra, que organizasen, la administración y ejerciesen la judicatura en apelación, con otras muchas exenciones y privilegios... El Rey se comprometió a no enajenar jamás las provincias americanas, como que a él no tocaba otra jurisdicción que la del alto dominio, siendo una especie de propiedad feudal la que allí tenían los conquistadores para sí y sus descendientes... por manera que, con una violación manifiesta de las leyes y los pactos subsistentes, se han visto despojar aquellos naturales de la autoridad constitucional que les daba su código...”

No era Sanz hombre para el gobierno de las muchedumbres. La potestad soberana, decía, reside siempre en el pueblo en cuerpo (no en tropeles o en motines) ... aunque todos tienen un mismo derecho a la autoridad, el Estado siempre se gobierna por un pequeño número de individuos de conocida virtud; y acreditados servicios y talentos... La mayor parte del pueblo, aun en su calidad aun en su calidad de soberano, se dirige a objetos indiferentes; se alarma en los grandes peligros; entrega su confianza a los virtuosos y a los sabios; y vuelve a la inacción y la calma; porque la más perfecta igualdad legal no excluye el ascendiente

natural de los genios... Un pueblo que se deprava, o por la misma licencia democrática, o por la excesiva corrupción del despotismo, no debe tener esperanza fácil y pronta curación. Ni la Multitud ni el Tirano tienen bastante ascendiente para introducir el orden y asegurar la administración de la justicia, porque ni en la triste calma del abatimiento de la esclavitud ni en las convulsiones de la libertad tumultuaria puede el hombre amar a sus semejantes, practicar las virtudes sociales ni hacer el bien...” (Sanz, Ibidem).

Bolívar extremó las lecciones de Sanz: "los acontecimientos de Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas, no son adecuadas a nuestro carácter, costumbre y luces actuales. En Caracas el espíritu de partido tomó su origen en las sociedades, asambleas y elecciones populares; y estos partidos nos tornaron a la esclavitud..." Y de ahí tomó nuevo argumento contra el sistema federal: "No convengo en el sistema federal entre los populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros..." (Bolívar: carta de Jamaica).

Abana se escribe sin H

19 de enero de 1799. Bolívar, de quince años y medio se embarca en la Guaira. Así lo han convenido los Palacios y Miguel Sanz. Es el niño bien que habrá de encontrar cariño, afecto... ¡y novia! en España. Un viaje complicado porque tendrá que tocar en La Habana y Veracruz, para llegar a Bilbao. Se revolvían en la mente del niño viajero cuantas cosas había oído a Simón Rodríguez, Miguel Sanz, Andrés Bello, el padre Aldújar... El padre Aldújar, fraile capuchino, había fundado una *Academia de Matemáticas,* "sólo para mí", le decía una vez Bolívar a Santander. La idea era enseñarle aritmética, álgebra, geometría elemental, geometría práctica con el uso de instrumentos, geografía y dibujo... La academia se abrió en julio de 1798 con 18 alumnos. Si con Simón Rodríguez Bolívar había hecho en dos meses la escuela primaria, de los catorce a los quince haría secundaria entre lo que pudo enseñarle de Gramática y latín Guillermo Pelgrón y lo que, como

cadete, aprendería en el Batallón de Milicias de blancos del Valle de Aragua... Lo del capuchino Aldújar vendría a ser pre-universitario...

Entre todos se había impuesto Narciso, el rusoniano, con su teoría de pocos libros y mucha naturaleza. Cuando decía el Libertador que en su niñez lo encantaban las historias de Grecia y Roma, sería oyéndolas de lo que Narciso tomaba de los libros de Rousseau. Como a nosotros los cuentos de la Bella Durmiente o de Las Mil y Una Noches, en aquellos tiempos se hablaba de griegos y romanos. Así, entró a la nave en la Guaira un niño casi analfabeto, o que sabía de leyes y de Roma, de milicia y de latín, de pleitos y riquezas. La primera carta suya está fechada en Veracruz el 20 de marzo de 1799. Por la ortografía se ve que corresponde más que a lo que pudo enseñarle el capuchino del latín, a la educación de Narciso alejándolo de los libros:

"Mi llegada a este puerto ha sido felismente, gracias a Dios: pero nos hemos detenido aquí con el motivo de haber estado bloqueada la Abana, y ser preciso el pasar por allí; de sinco nabios y onse fragatas inglesas. Después de haber gastado catorse días en la nabegación entramos en este puerto el día dos de febrero con toda felicidad..." Al final informaba: "Hoy a las onse de la mañana llegué de México y nos bamos a la tarde para España y pienso que tocaremos en la Abana porque ya se quitó el bloqueo que estaba en ese puerto y por esta razón a sido el tiempo muy corto para haserme más largo. Vsted no estrañe la mala letra pues ya Iq hago medianamente pues estoy fatigado del mobimiento del coche en que hacabo de llegar, y por ser

muy a la ligera la he puesto muy mala y me ocurren todas las espesies de un golpe...” Firmaba: “Sumas atento serbidor y su yjo Simón Bolívar”.

Pasaron casi dos años, y la carta siguiente desde España, ya es otra cosa. En pocos meses aprendió, en casa del marqués de Uztaris, letras que dejaban a distancia infinita las clases del capuchino. Cómo tenía más de diez y siete años, había escogido lo que más debía preocupar a los tíos que dejó en Caracas: la novia. ¡Hija de Marqués del Toro! Entonces escribió al tío Pedro:

Estimado tío Pedro:

No ignora usted que poseo un mayorazgo bastante cuantioso, con la precisa condición de que he de estar establecido en Caracas, y que a falta mía pase a mis hijos, y de no, a la casa de Aristeiguieta, por lo que, atendiendo yo al aumento de mis bienes para mi familia, y por haberme apasionado de una señorita de las más bellas circunstancias y recomendables prendas, como es mi señora doña Teresa Toro, hija de un paisano y aún pariente, he determinado contraer alianza con dicha señorita para evitar la falta que puedo causar si fallezco sin sucesión; pues haciendo tan justa liga, querrá Dios darme algún hijo que sirva de apoyo a mis hermanos y de auxilio a mis tíos.

En la casa del Marqués aprendió, además, en un año, una suma increíble de cosas de la vida, de la historia, de sus propios intereses.

Pasaron muchos, muchos años: es decir, doce. El matrimonio, la viudez, el segundo viaje a Europa, el reencuentro con Narciso, el viaje a Roma, la vuelta a

Caracas, el viaje a Londres con Andrés Bello, el regreso con Miranda a Caracas, la derrota con la pérdida de la segunda República, la llegada fugitivo a Nueva Granada, el manifiesto de Cartagena, la campaña admirable con un ejército neogranadino, el título de Libertador dado por Caracas al naciente caudillo suramericano... ¡Todo en doce años! el de la Abana sin H quedó elevado al rango de uno de los más grandes escritores de América Latina. Cuando todo esto ha ocurrido... dé los maestros de la infancia, Simón Rodríguez se ha quedado en París, Andrés Bello está en Londres, y sólo está presente, en Caracas, Miguel Sanz. Bolívar, que ha devuelto a Venezuela la institución republicana a nombre del congreso granadino, piensa que su patria ha de tener una constitución, como Cartagena, como Tunja. como Cundinamarca Está trabajando dentro de un supuesto federal, y Caracas no puede ser sino un estado libre que entrará a fundirse dentro del gran bloque de las provincias unidas... Había que entrar por la vertiente original que llega a los Estados sajones. La cuestión era unirse. aparte. de estados independientes de España. En Filadelfia se había señalado la clave del proceso revolucionario:

... que estas colonias unidas son, y por derecho deben ser, Estados libres e independientes; que quedan absueltas de toda alianza con la Corona británica y que todo vínculo político entre ellas y el Estado de Gran Bretaña queda totalmente disuelto".

El Estado sin rey

Sanz es el jurisconsulto sabio que había llevado a Simoncito a la escuela de don Simón Rodríguez, y lo había empujado al viaje a Europa. En ausencia del

pupilo había proclamado en la Gaceta la teoría de la independencia. De haber escrito en el Contrato Social Venezolano el elogio del Rey. había pasado a ser republicano absoluto. En 1811, como tanto americano, decía o por mafia o por convicción: "¡Feliz Caracas que adora a un Rey que enseñado más por la adversidad que por la educación, recibirá y sancionará las modificaciones que sean necesarias para beneficio de la provincia, honra de la humanidad y gloría de su reinado!" A poco, como quien ve morir una ilusión, el rey "honra de la humanidad" va desapareciendo en Caracas y desnudándose a lo vivo en toda su miseria. Iba descubriéndose con la caída moral del rey de España, eso que luego vendría a definir el diccionario de la Real Academia: *República: Estado político en que se gobierna sin monarca.* Germán Roscio: "Sin rey vivieron nuestros primeros padres: sin rey vivieron sus descendientes antes del diluvio: sin rey vivieron los de la familia de Noé y toda su posteridad más de doscientos años después del diluvio, y vivieron menos males que los que sobrevivieron a la aparición de los reyes; sin rey vivieron las repúblicas de la antigua Grecia y entonces florecieron en ellas todas las virtudes, las artes y las ciencias; sin rey vivieron los romanos más de 500 años desde la muerte de los Tarquino, hasta la usurpación de César, Lépido, Marco Antonio y Octavio, o hasta la batalla de Accio; más de los cinco vivieron republicanamente, y entonces fueron tantas las virtudes del pueblo romano, que se le atribuía a San Agustín la gloria y grandeza de su república, la extensión y los triunfos de sus armas. Sin rey vivieron otras muchas repúblicas modernas; y sin rey vive la primera que recobro su independencia y libertad en este nuevo mundo... (Roscio: *El Patriotismo de Nirgua*

y abuso de los Reyes).

Estamos en el tiempo en que no es posible hablar entre sabios sin historias de Grecia o Roma, o del libro de los Reyes del Antiguo Testamento... para quitarle piso a Santo Tomás, tan inclinado a la monarquía. En la Sociedad Patriótica no se hablaba de otra cosa sino de eso que desconcertó por tanto tiempo a los de la academia: ¡Un estado político en que se gobierna sin monarca! Los papeles que firmaba Miguel Sanz estaban cargados de dinamita. Recogía los fulminantes con que Roscio proclamaba la independencia. Se quiso por todos que la declaración fuera el 4 de julio para hermanar lo de Caracas a lo de Filadelfia. Por la lentitud de nuestras asambleas vino a postergarse la proclamación para el 5 pero la fiesta grande en las calles, con músicas y pólvora fue el 4. Sanz: "Los Representantes de las provincias unidas de Venezuela, reunidos en su Congreso general condescendiendo a los deseos de este Supremo Poder Ejecutivo y del pueblo venezolano, han declarado su entera libertad y absoluta independencia el día 5 del presente mes... No podremos desconocer en la historia de nuestros días que la corrupción y la perfidia allanaron últimamente el camino de nuestra libertad y nos abrieron paso a la gloriosa independencia que hoy comenzamos a gozar. La conducta detestable del estúpido e inmortal sustituto de Carlos 4o. en los veinte años de su favor, abrió la puerta a los extranjeros para dominar la España y los ojos al americano para conocer sus derechos..." (O'Leary: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador).*

A rapidez que da vértigo, la historia de los reyes de España en América va precipitándose, y quien la

registra día a día es don Miguel Sanz, secretario del Poder Ejecutivo. El día del acta de Independencia están presentes y firman todos: Roscio y Miranda Uztáriz, el marqués del Toro, Juan Antonio Díaz... Don Cristóbal Mendoza que preside el supremo Poder Ejecutivo la sanciona, y con él. el secretario de Estado Miguel Sanz. “Cuando nosotros, fieles a nuestras promesas, sacrificábamos nuestra seguridad y dignidad civil por no abandonar los derechos que generosamente conservábamos a Femando de Borbón. hemos visto que a las relaciones de la fuerza que lo ligaban con el Emperador de los Franceses, ha añadido los vínculos de la sangre y de la amistad, por lo que hasta los gobiernos de España han declarado ya su resolución de no reconocerlo sino condicionalmente..." Eso en España. En Caracas, la independencia absoluta. Aquí se acabó el rey. En España quedó fulminado Sanz por la Gobernación de Ultramar, siguiendo el aviso que había dado Monteverde de los sucesos de Venezuela. Se le borró de la lista de servidores civiles “a causa de hallarse comprendido entre los reos de infidencia de las revoluciones..." (O’Leary: ibidem).

La Constitución Sanz-Bolívar

Bolívar entra a Cartagena, derrotada en Venezuela la primera república, y su discurso está cargado de amargura. Comienza: “Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas”. Cierra los ojos a lo que fue la tremenda y explicable derrota militar, y se vuelve contra las instituciones que habían forjado los políticos. La constitución que firmaron Francisco Xavier Uztáriz y Juan Germán Roscio en enero de 1812 ¿ha servido para algo? ¿No es la causa de todos los desastres? Hundido

en el abismo de la desolación se revuelve contra la tolerancia, las leyes, las elecciones, el clero, la ilustración, la federación. Formula un plan de reconquista de la independencia venezolana por las armas, antes que España invadida se vuelque sobre América con cardenales, obispos, canónigos y clérigos revolucionarios, capaces de subvertir, no sólo nuestros tiernos, y lánguidos estados, sino de envolver el Nuevo Mundo entero, en espantosa anarquía... Ahora, el lenguaje guerrero. En tiempos calamitosos y turbulentos hay que dejar la dulzura para mostrarse terrible, sin atender a leyes ni constituciones, mientras llega el restablecimiento de la paz y la felicidad.

Si en Nueva Granada el Gobierno federal de las Provincias unidas le estaba dando a Bolívar tierra firme para la guerra, al entrar victorioso a Caracas recordó todo lo dicho en Cartagena contra las elecciones populares y en favor de un centralismo total. A tiempo que daba las gracias a Camilo Torres por el respaldo granadino, sentía la necesidad de obrar en Caracas de otra manera. Y pensando, con razón, que estaba en su tierra y podía imponer un régimen más acorde con lo que sus mismas experiencias le indicaban, decidió encomendar a Uztáriz otra constitución, dando por obsoleta y contraria a la naturaleza venezolana la que el mismo Uztáriz había firmado el año anterior.

Uztáriz hizo un proyecto en desarrollo de lo que le pedía el Libertador, que no le gustó. Pasó a don Miguel Sanz el encargo de una nueva que no sólo aprobó, sino que puso en vigor en seguida. Este proyecto pasó así a ser la nueva Constitución de Venezuela. Desde luego, provisional.

Esta historia de las constituciones para meses refleja el nerviosismo de una patria sin definición. La federal para los Estados Unidos de Venezuela se proclama en el Palacio Federal de Caracas el 21 de diciembre de 1811. Cuarenta días después se hace lo propio con la de la provincia de Caracas, sancionada el 19 de febrero de 1812 ¡En marzo, el terremoto! Todo se viene al suelo. El cura de San Jacinto se para sobre los escombros y a grito herido exclama: ¡Castigo de Dios! Quien esté delante de estas paredes derruidas, de la cuarta parte de la población aplastada bajo las ruinas, no tiene sino que volver los ojos para entender cómo de lo Alto ha venido la condenación a los discursos de los Roscio, los Mirandas, los Uztáriz... Bolívar saca al párroco de la escena. Si la naturaleza se opone a nuestros destinos, lucharemos contra la naturaleza y haremos que nos obedezca. El Congreso designa a Miranda jefe de los ejércitos libertadores y recibe del Ejecutivo poderes dictatoriales en abril. La constitución queda suspendida. No ha tenido sino dos meses de vida, con un terremoto entre la fecha de la *proclamación y* la de suspensión... En *seguida.* ¡a pérdida de *la guerra. la* muerte *del estado de Venezuela, como si* hubiera sido una ficción. Se *regresa al régimen* español, hasta *que con la campaña admirable se impone de nuevo* la república. *Bolívar es aclamado Libertador el 14 de octubre de 1813 y el 22 se dicta la Constitución. Jamás se hizo* otra en *tiempo más corto.*

Caminando entre fantasmas. Bolívar se abraza con su *antiguo maestro y Sanz escribe la nueva Constitución.* Brevísima, con todos *los rasgos de un* terremoto jurídico. Hay que *leerla para creerla:*

Primera

El Ciudadano Simón Bolívar, brigadier de la Unión y General en Gefe de las tropas libertadoras, natural y *políticamente es llamado á exercer los* Poderes legislativo y *executivo en materias* de Estado, Guerra y *Hacienda. en todo el territorio de* Venezuela; sin más *limitación que entenderse* y acordarse con *el Congreso de la Nueva Granada.*

Segunda

En consecuencia, tiene la facultad exclusiva de entablar las *negociaciones contenientes y necesarias con las potencias del Mundo, para que estas reconozcan* la *Independencia de Venezuela, y* con el Congreso de la Nueva *Granada para* la *unión proyectada.*

Tercera

Tiene la facultad de procurar que haya un comercio expedito con todas las Naciones, protegiendo la agricultura, y valiéndose de todos los medios generales conducentes á la felicidad del país.

Cuarta

Dispone de todas las rentas, para llenar sus miras y franquear el tráfico, comunicación y correspondencia

interior de los habitantes, dexando moderadamente lo necesario para sueldos y entretenimiento de los empleados políticos, que juzgue merecerlo, y de los Eclesiásticos.

Quinta

Ninguna sentencia de muerte se executará en los Estados sin consultársela, y obtener antes su permiso; excepto los casos de conmoción ú otros semejantes, en que la tardanza del castigo amenaze evidente peligro de la seguridad general.

Sexta

Luego que haya pacificado el país y asegurado su Libertad e Independencia convocará el Congreso de Venezuela, avisando á las Municipalidades de las capitales de los Estados, para que estas, por el Reglamento que les remitirá, promuevan en sus Distritos el nombramiento de Representantes para dicho Congreso; en el cual, instalado que sea, dimitirá el mando.

Séptima

En cada Estado debe haber un Gobernador político ó primer Magistrado civil, nombrado por el General Bolívar, á proposición de tres personas beneméritas, que harán la Municipalidades de las capitales de los Estados para sus Distritos.

Octava

Estos primeros Magistrados ó Gobernadores políticos obedecerán y executarán sin repugnancia ni dilación las órdenes y providencias del General Bolívar, como Gefe Supremo de Venezuela, prestando cuantos

auxilios pida y sean de su resorte: sobre lo cual serán responsables ante él mismo por cualquier omisión, falta ó defecto; como también por su mala administración en sus respectivos Estados.

Estos Gobernadores de los Estados gobernarán sus Distritos por providencias generales y reglamentos que juzguen necesarios para el buen gobierno: lo comunicarán al Gefe Supremo para su inteligencia: y no se mellarán en demandas y juicios contenciosos entre partes. dexando que de ellos conozcan los Corregidores y Jueces ordinarios, a quienes incitarán y obligarán para que procedan conforme á las leyes; sobre cuyo cumplimiento deben velar exactamente y a su responsabilidad.

Décima

Estos Gobernadores serán Jueces de las apelaciones que se interpusieren de las sentencias de los Corregidores v Jueces ordinarios del Distrito, y conocerán de ellas sin más recursos ni grado, con dos Acompañados que en cada, caso les nombrará la Municipalidad de la capital, ó de la ciudad ó villa en que se hallaren.

Caracas, octubre 22 de 1813.

Don Miguel Sanz. al escribir esto, —que en realidad le ha dictado Bolívar— echa por tierra sus teorías sobre los tres poderes independientes de la república y monta la primera dictadura del Libertador. Lo que sigue son batallas en que van alternando victorias y derrotas. Un año de pólvora, sangre y leyes nuevas. Al final, el pueblo de la capital de la confederación venezolana se congrega en el templo de San Francisco.

Se trata de tomar las joyas de las iglesias para el tesoro de la revolución. Circularon avisos a todos los magistrados, las corporaciones eclesiásticas y seculares y los vecinos de la ciudad. A las diez de la mañana concurrieron el gobernador político, el provisor del arzobispo (en ausencia del arzobispo), el cabildo eclesiástico, el director general de rentas..."

Habló el Libertador "Para salvarnos de la anarquía y destruir los enemigos que intentaron sostener el partido de la opresión, fue que admití y conservo el poder soberano. Os he dado leyes: os he organizado una administración de justicia y rentas, en fin, os he dado un gobierno..."

Habló el gobernador: "Revestido del poder supremo que ha puesto en sus manos el conjunto de circunstancias que habéis oído... y a la cabeza no ya de un puñado de hombres mal armados... os convoca en masa, se reúne por su disposición esta augusta asamblea..."

Habló el presidente de la Municipalidad: "El gobierno de V.E. tiene el carácter propio de una dictadura, de este recurso al cual las grandes repúblicas, los hombres más amantes de la libertad fiaron mil veces la salud del pueblo... El gran Washington, aquel genio tutelar de la libertad de los Estados Unidos, no fue menos que un dictador... V.E. pisa las huellas de este héroe en la campaña... Continúe V.E. de Dictador; perfeccione la obra de salvar la patria: y cuando lo haya conseguido, restitúyale el ejercicio de su soberanía, planteando el gobierno democrático".

El ciudadano Domingo Alzuru: "Es necesario marcar este acto como el primero de la República... con

la espontánea aclamación de la suprema autoridad dictatorial en el ciudadano Simón Bolívar para que constituyéndole nuestro primer magistrado salga, así él como la República, de la especie de dependencia con que obraba como comisionado del honorable Congreso de la Nueva Granada; y es necesario, en fin, marcarle con una estatua (aclamación de aprobación) de Dictador..."

El Libertador: "Aceptad las más puras expresiones de mi gratitud, por la espontánea aclamación que habéis hecho titulándome vuestro dictador, protestándoos, al separarme de vosotros, que la voluntad general del pueblo, será para mi siempre la suprema ley..." (O'Leary: ibidem).

Andrés Bello

Magisterio de Andrés Bello

Cuando Bolívar sale para España en 1799, Bello, apenas dos años mayor, aún no era bachiller. ¿Hasta qué punto intervino en la educación su compañero de clase el gran humanista venezolano? Dos años antes, Simón Rodríguez había salido de Caracas, escapando a la cárcel, y el último año de Bolívar en Caracas quedó marcado por su paso fugaz en la educación militar. Pero en su carta a Santander de 1825, decía el Libertador: “no es cierto que mi educación fue descuidada... Me buscaron maestros de primer orden en mi país. Robinson (Simón Narciso), a quien usted conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática. De bellas letras y geografía nuestro famoso Bello...;” Bello era un precoz autodidacta que a los veinte se tendría por el mejor latinista de Caracas, conocedor del francés y el inglés, sin maestro... La casa de la cuadra de los Bolívar en Caracas, con su potrero, fue un pequeño escenario de educación al natural dirigido por Simón Rodríguez, animada con las lecciones del padre Andújar, Bello aparece allí o como compañero de estudios, o como anticipado maestro. Sus lecciones quedan reducidas a pocas horas por lo de las milicias. Viene el viaje... y a los tres años el regreso del recién casado con María Teresa. María Teresa muere antes de cinco meses, y el joven viudo regresa a Europa lecturas, farra, conocimiento del mundo. En París se encuentra con Humboldt, que subió en Caracas al cerro de la Silla con Andrés Bello. Viene el juramento en Roma y el regreso ¿En qué está su compañero Bello? Es el hombre que lee inglés y por cuyo conducto se conocen en Caracas las cosas que

ocurren en Europa con Napoleón. Lo sabe por las gacetas de Londres.

En 1811 será el secretario para integrar la comisión que' irá a la capital inglesa en busca de apoyo para la revolución. Los comisionados eran Bolívar y López Méndez

Entonces ocurre de verdad el magisterio. Son cinco meses de diálogos políticos. Las semanas del viaje, para Bolívar y el secretario son largas como la caminada de París a Roma con Simón Rodríguez. Bolívar lleva el ímpetu de los discursos en la Patriótica de Caracas, Bello sus apasionados estudios solitarios de lenguas modernas y latín. Bolívar muy seguro en sus ideas republicanas. Bello oscilante. La espanta el temor a la anarquía. Llegará a escribir, ya bastante después de la misión, la carta en que se duele de haber seguido el camino de la revolución, y declara su fidelidad a la monarquía... Ponía en la balanza todo el peso de sus reflexiones, y vacilaba. En la nave, en las conversaciones de Londres, parecía tener no dos sino diez años más que Bolívar. Sin crear conflicto. Reflexivo. Bolívar no encontró otro maestro semejante en su camino. Lo veía distante, pero lo respetaba.

En el viaje, las conversaciones eran de los dos comisionados y el Secretario. Bolívar vivaz y avasallador. López Méndez menos brillante y más estadista. Bello equidistante. En Londres entró otro interlocutor: Miranda. Ante los representantes del gobierno inglés, Bolívar llevaba la palabra. Miranda, que podría haber dicho mil cosas, quedaba fuera de la comisión. No era lo mismo hablar en Londres que en Caracas. Cumplida la misión, resultó admirable que regresara Bolívar llevándose a

Miranda, Bello y López Méndez quedaron en Londres.

Lo que sigue es el futuro de la revolución americana. Bello fue penetrando en los arcanos de la cultura europea. Estudia griego. Leerá a Homero y Sófocles en su lengua original. Escudriñará los orígenes del poema del Cid y de la lengua. Pero, además, entrará, con García del Río, a fundar la *Biblioteca Americana y el Repertorio Americano.* Lo que ha hecho Miranda para unir a los americanos en la política, lo hará Bello para darles una biblioteca y un periódico. Poco a poco el humanista se da cuenta de la capacidad de las colonias emancipadas para gobernarse a sí mismas. Las victorias de Bolívar van a convencerlo, y acaba siendo el más grande de los republicanos, el que da forma a sus instituciones. Ha vivido pobre. Se casa y enviuda y vuelve a casarse, las dos veces con inglesas. Querría servir a Venezuela y Colombia liberadas. No tuvo respuesta oportuna, favorable. Trabaja en él archivo de James Mili, se relaciona con John Stuart su hijo. Es interlocutor de Bentham.

Chile abre las puertas a Bello, que rio tiene un cobre, con una comprensión superior a la de su tierra. Y a Chile irá a continuar el edificio propio de la cultura hispanoamericana. De las batallas qué militarmente dio el Libertador, Bello pasó a fijar la organización civil. Lo que había aprendido de los ingleses lo aplicaba a la interpretación americana como herramienta propia. Se habían cambiado los papeles. Quien gana la independencia, el vencedor de Ayacucho, enseña a triunfar sobre el Imperio. Lo que tocaba ahora al discípulo era sacar de ahí un nuevo mundo. No había sufrido, ya asentado en Chile, los desengaños que

tiñeron de negro pesimismo al Libertador. Creó la universidad abierta a las ciencias, alejada de la escolástica, arraigada en suelo americano. Los códigos que Napoleón llevó en la mano para subrayar a otros estados, él los convertía en los libros básicos de la civilización hispanoamericana.

Como Santander, Bello piensa en la ley civil, los dos son el contrapeso a las armas.

Esta evolución es parecida al tratamiento de la Naturaleza en cada uno de los cuatro personajes de este cuento, En la mente de Simón Rodríguez se convertía en un romanticismo desenfrenado que exasperaba a Sucre y a él mismo le llevaba a morir en Paita fabricando velas. Sanz había reaccionado contra la naturaleza salvaje con fórmulas de cultura civil. Bello convirtió en un poema todo lo de las expediciones botánicas y plantó en el campo de las letras el jardín de cuanto produce la zona tórrida. El paraíso del tabaco y el cacao. Desde entonces, estos son los caminos de la retórica americana. Bolívar, en el centro de todo esto, irrumpe brutal y creador con su discurso inmortal de Caracas que da la fórmula de nuestro destino contradictorio y batallador: Si la Naturaleza se opone...

Simón Rodríguez, temporalmente y rebelde, empuja a Bolívar para que trepe y delire en el Chimborazo. Sanz, dócil, redacta la constitución de la dictadura. Bello, que se distancia de la república en un momento de vacilación en Europa, saca de la guerra de Independencia lo positivo y perdurable. Y pasa a ser el gran fundador. Tal el extraño balance de la educación del primer Emilio americano, que con su guerra *contra la naturaleza* vino a dar tierra firme al orden civil de la

universidad americana, a la gramática castellana para los americanos, a los códigos de Napoleón remozados para las repúblicas nacidas de los escombros que dejaron las colonias castigadas por la Pacificación.

Segunda parte

En la Europa romántica

Los Juramentos

Bolívar y la Europa romántica

Grandeza y decadencia del Imperio

Por fuerza hay que reconocer que la primera consecuencia política del descubrimiento de América fue despertar y enardecer la vocación imperial dé los reinos —pequeños y grandes— de Europa, Portugal, Castilla, Inglaterra, Holanda... no eran sino diminutas monarquías y se convirtieron en vastas potencias coloniales. Francia, con más cuerpo, se vio marginada por las bulas del Papa que distribuían los posibles descubrimientos en el Nuevo Mundo entre Castilla y Portugal. El rey Francisco protestó airado —"¡que me muestren el testamento de Adán en donde se diga cosa semejante! — Con los años, el país fue clavando banderas suyas en Canadá, las Antillas y Luisiana. Trató, además, de establecer en Brasil una Nueva Francia. Holanda llegó a la Guayana y las Antillas; Nueva York se llamó primero Nueva Amsterdam... Dinamarca se hizo a las Islas Vírgenes. Rusia extendió su garra hasta Alaska. Bélgica, sin oportunidades en América, el día que pudo se las buscó en África...

Antes de 1492, los imperios se habían diluido en la fragmentación de la Edad Media, pero como fondo estimulante seguía vibrando la historia de la Antigüedad, con sus grandezas territoriales: Grecia, Roma... El imperio alemán, con la corona de Cario Magno, —de fierro y en ella un clavo de la cruz de Cristo, — era ya un fantasma... que vino a poner en su bandera Carlos V. Maquiavelo, teórico del estado naciente, soñaba con una Italia unida. Señalaba como ejemplo digno de imitar la obra de Fernando el Católico. Sus métodos entusiasmaban al florentino, y admiraba cómo había logrado en España atar, unir los reinos desunidos, bajo una corona de macho y hembra... La vocación de Europa ha sido imperial, en la misma medida en que la de América ha sido libertadora. El punto de partida de estas dos vertientes de la voluntad política hay que señalarlo en ese meridiano del tiempo que fue el 12 de octubre. Entonces el Renacimiento quedó colocado delante de un horizonte infinitamente más vasto y sacó de la caja de los milagros la otra antigüedad perdida: la del Imperio. En España brotó como de una pasión dormida un alegre despertar.

Paradójicamente, escrito estaba en el destino de América que ella misma viniera a ser el sepulcro de los imperios. El inglés, el español, el portugués, el francés. ¡Uno tras otro vinieron a conocer su ocaso en Saratoga, Ayacucho, Rio Janeiro, Haití! Acariciando América en los continentes colonizados, en los antiguos reinos sojuzgados, la idea de la independencia, mostrando que puede emanciparse una nación sin otras armas que las de su voluntad, puso bombas de tiempo que han venido

a estallar en nuestros propios días, y que están destinadas a ser fuente de toda liberación en el futuro. La idea europea del imperio se reduce con la voluntad americana de la independencia. Ahí está el fondo de la nueva filosofía que impone la justicia americana.

Germán Arciniegas

No se trata de disputar la originalidad de la invención. Después de todo, América es un capítulo de la historia de Europa. El más movido, el más nuevo, el más humano. No siempre se ha visto así. Los maestros de Occidente tratan de minimizar aquello en donde pusieron sus mayores esperanzas y ambiciones los emigrantes de las generaciones pasadas, las obras cumplidas por muchedumbres de sus propios hijos que salieron a buscar un campo más propicio a su emancipación individual, y de donde ha venido a recibirse, en cambio, una tremenda lección de libertad. Esa lección, ciertamente, en sus elementos teóricos, se elaboró antes en Europa. Se confeccionaron en París o Londres, Capitales de los reinos más antiguos, o en pequeñas ciudades cómo Brujas, Guernica o Bolonia los textos dialécticos destinados a infundir la antítesis republicana. Pero su aplicación sólo podía tomar vida del otro lado del Atlántico. El nuevo hecho, la realidad fundamental de la nueva filosofía política, del nuevo derecho público que se impone a principios del siglo XX, hacen su aparición en cierto hemisferio que precisamente se llama Occidental... Es en él donde finalmente vienen a convertirse en carta constitucional los Derechos del Hombre. Donde surge la república democrática representativa de los tiempos modernos. Eso pudieron haberío previsto —como aventura del pensamiento y nada rúas— los teóricos de la ilustración,

pero fueron los americanos quiénes de veras aprovecharon sus libros. Y lo reconocían ellos hasta más allá de lo necesario, con una falta de arrogancia que tiene mucho de grandeza. En una carta a Santander, le decía Bolívar: “Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y él error; pero puede ser que M. de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Looke, Buffon, Delambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Falangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berth ot...” Esos mismos libros íós podían leer Federico dé Prusia o Catalina de Rusia, y no pasaba nada. Seguían sits imperios como tales. Los leía fin joven de Caracas y acababa movilizando a la mitad de Sud América para destruir el imperio español. En Europa la literatura no encontraba el ambiente necesario para precipitar una revolución profunda, capaz de acabar con las monarquías y construir una nueva, durable estructura republicana. Se necesitaba la experiencia de América. En París se hacían la conferencia», lo» discursos, las clases; el laboratorio experimental estaba del otro lado del Atlántico. Washington era inglés hasta más no poder, Bolívar español y vasco de cuerpo y alma, Don Pedro 1 de los más puros Braganzas, en la formación del Canadá sólo alternan nombres ingleses, nombre» franceses, Cualquiera de ellos, si se queda en Europa, hubiera sido infinitamente menos de lo que fue, América transforma aun a quienes llegan mayores, como Paine o Lafayette, Y mucho más todavía; le da la oportunidad al indio, como Juárez, al negro, como Toussaint L’ouverlure,,.

German Archivegas

América era el campo de experimentación, y esto lo palparon con sus manos, lo vieron con sus ojos los americanos que fueron a Europa o en el comienzo o

antes de entrar a la vida pública. Primero, los del Norte: Franklin, Jefferson, Paine, Luego los del sur: Miranda, fray Servando, Belgrano,., Pero en ninguno la decisión fue ton radical como en cierto joven caraqueño llegado a Madrid y París como simple observador desprevenido, y a quien andando el tiempo, el destino puso en el camino de ser el David que diera cuenta del Goliat. Bolívar dijo alguna vez que si no hubiera viajado a Europa, quedándose en la hacienda de San Mateo, habría terminado sus días como un pequeño déspota rural. Para darse cuenta cabal de cómo iba deteriorándose, pudriéndose, la idea imperial, había que estar en el sitio, ser testigo ocular, mejor, ser testigo venido de fuera. El americano fue el ideal, Reyes y Emperadores eran el objeto de su curiosidad y de su aprendizaje.

Germán Arciniegas

El final de los Imperios fue la consecuencia de alcance más universal en el siglo más auténticamente revolucionario, Jules Mancini, en su "Vida de Bolívar", recuerda esta frase de Dumouriez: "la revolución en estos imperios está ya escrita en los libros de la Providencia: será francesa o inglesa o americana*', Este juicio se conforma con una apreciación muy difundida entonces, Era un poco lo que se ola en lit calle, con un error en el orden cronológico lo correcto es así: inglesa, americana, francesa, Dumouriez colocó lo americano de último, falsamente, y por eso desestimó *a* Miranda y estuvo a punto de llevarlo a la guillotina. Luego, se ha abusado del singular para hablar de la "Revolución francesa", cuando ésta, siendo la última (pero la que hizo más ruido) derivó directamente de la americana y no fue tan radical en su ideario. No sólo los Derechos del Hombre se formularon primero en América, sino que la

democracia nacida en Filadelfia fue más sólida: lleva doscientos años de vida constante, y la república francesa, proclamada en 1793, sólo tuvo una vida de dos años. Se la comió el terror. La mayor parte de las repúblicas Latinoamericanas pasan hoy de ciento cincuenta años, así haya habido en ellas los alborotos normales que se registran en todos los estados... La mayor profundidad en las revoluciones americanas estuvo en introducir el principio de Independencia, que hoy mismo constituye lo más radical del derecho público. Con él se produjo entonces la primera liquidación de los imperios. La segunda está ocurriendo ahora.

Germán Arciniegas

El cortesano

Bolívar tiene 16 años. Sus padres han muerto. Ha quedado al cuidado de sus tíos, que deciden enviarlo a España para domarle el carácter venezolano e iniciarlo en la vida cortesana. Hasta ese momento —hijo de criollos acaudalados—, le venían educando tutores excepcionalmente calificados. Uno, don Miguel Sanz, sacó su ciencia y el espíritu que habría de llevarlo a ser uno de los líderes de la independencia venezolana, no precisamente del fondo enciclopedista francés, que no ignoraba, sino de la historia del pueblo español. Su participación en la primera formación de Bolívar ha sido la menos estudiada, y Bolívar mismo no lo nombrará sino fugazmente, más tardc.cn 1813. Pero fue él quien con mayor precisión indicó que nuestra revolución no iba a ser ni a la inglesa ni a la norteamericana ni a la francesa sino a la española. Fue él quien sacó los orígenes del Contrato Social no de Rousseau ni siquiera de Suárez el

jesuíta precursor, sino del contrato que ligaba a los reyes de España cuando antes de reinar debían ¡jurar por los fueros del pueblo y obligarse a su cumplimiento. Sanz, en su estudio sobre la revolución, no nombra al ginebrino, sino a Padilla, el comunero mártir sacrificado por Carlos V. Otro tutor de Bolívar fue don Andrés Bello. Era el hombre que en Caracas leía inglés y a quien miraban con recelo las autoridades porque, además!, sabía francés. En el fondo, Bello era profundamente americano, de los de nuestra América, y acabó siendo el más calificado para consolidar las instituciones de la república. Pero era un pensador sereno en quien las novedades no acaban por llevarle al olvido de la historia. Puesto en el trance de escoger entre república y monarquía, se inclinaba al comienzo a la fórmula monárquica. Entonces la república era un experimento incierto que sólo se veía triunfar en Estados Unidos —y la prueba era demasiado reciente—. En Francia la república había sido un fracaso sangriento. El tercer tutor —don Simón Rodríguez— era un volteriano genial. El más ardiente discípulo de Rousseau. El más cercano de los tres a Bolívar. Su Biblia era el “Emilio”. Toda su arrogancia filosófica, que no era poca, parecía haberla sacado de la Profesión de Fe del vicario savoyardo, de las páginas que se encontraron diabólicas cuando el “Emilio” se publicó. El 24 de mayo de 1762 el libro se dio a la venta en París en el Palais Royal, y el 3 de junio fue secuestrado. Los ejemplares que logran vender clandestinamente llegaron apenas a 42. Dos días después de Pentecostés, en la mañana del 19 de junio, se decretaba el arresto del autor y que la obra se entregara a las llamas... Con este “Emilio” por modelo,

Simón Rodríguez aplicó a Bolívar los principios aconsejados por Rousseau. Ningún otro entre todos los personajes de la Independencia americana, ni tal vez ningún otro en Europa, se formó así para ser lo que buscaba el ginebrino. Bolívar, en la mente de este tutor, debería ser tan a la francesa como la revolución que puso fuego a la Bastilla, como un discurso de Mirabeau o Robespierre. “Rusonianamente” obrando, y aplicando la teoría de comenzar por la naturaleza, lo primero sería apartar al discípulo de los libros. Comenzar por el campo y pasar luego a las letras con cautela. Se espantarían peones y esclavos en San Mateo viendo a Maestro y discípulo montando desnudos los caballos en pelo, tirándose a nadar er. los ríos, trepando por los montes como dos buenos salvajes. Párrafo del “Emilio”: “El abuso de los libros mata la ciencia. Creyendo saber 10 que hemos leído, nos consideramos dispensados de aprender. Las demasiadas lecturas sólo sirven para formar presuntuosos ignorantes. De todos los siglos que hay de literatura ño ha habido otro en que se haya leído tanto como en este y en que los hombres hayan sido menos Cultos. De todos los países de Europa no hay otro en donde Se hayan publicado tañías historias y relaciones de viaje como en Francia y donde menos sé conozca el carácter y las costumbres de las otras naciones. Y todos esos libros nos hacen olvidar el libro del mundo, y si alguno lo lee se reduce a su propia página...”.

Ocurre que un día don Simón Rodríguez desaparece. El gobierno de Caracas descubre una vasta conspiración revolucionaria, a la francesa. El animador era un catalán que se proponía difundir el texto de los

Derechos del Hombre de la Revolución Francesa para levantar a blancos y pardos contra la majestad del rey. Se llenaron las cárceles, se alzaron patíbulos. Sin duda estaría entre los de los conciliábulos don Simón Rodríguez. Escondido, salió en una nave para Estados Unidos. Si hubiera tenido un cuarto de hora para despedirse del discípulo, le habría dicho, adivinatoriamente: En Francia nos veremos algún día: iremos al Palais Royal: nos sentaremos bajo los árboles del jardín, y leeremos el “Emilio” a diez pasos del lugar donde lo vendían por debajo del mostrador...

Germán Arciniegas

Por aquel entonces, la intervención del tío Pedro Palacios da el remate de gracia a las enseñanzas de don Simón Rodríguez, sin adivinarlo siquiera: decide que Bolívar de 16 años, viaje a Europa. Esa sí sería la mejor de las escuelas... para la revolución. Tan perfecta había sido la preparación dada por Rodríguez, en el estilo rusoniano, que cuando Bolívar escribe la primera carta de su vida desde Veracruz, al tío, legó un monumento de faltas de ortografía. Las letras no lo habían adulterado. En cambio, tenía la mirada límpida y levantada la frente. Era más en él el atrevimiento que la sabiduría. Claro que el muchacho que había tenido entre sus manos Simón Rodríguez, de quince años, no estaba para lecciones de política, ni de filosofía. Pero la Enciclopedia se le salía por los poros al maestro, el muchacho era listo como el más listo de toda Caracas. Y don Pedro Palacios lo enviaba a una corte podrida... ¡para que viera!

La primera impresión del aprendizaje de cortesano no pudo ser más impresionante. Al rey, mofletudo y rosado —como lo pintó Goya—, le crecían los cuernos.

La reina, de ojillos vivaces y pelo de bruja —véase otra vez Goya— alternaba sus favores entre Godoy —primer ministro— y un capitán de la guardia, hermoso americano, Manuel Mallo, nacido en Popayán y desde el primer momento amigo y confidente del joven caraqueño. También el príncipe —más tarde Fernando VII— vino a ser compañero en los juegos del forastero. Se veían como dos ciudadanos iguales en una república de adolescentes. Por dentro se produciría, naturalmente, la reflexión antiquísima española, la de Aragón, mucho más práctica y revolucionaria que todo cuanto dijeron Danton y Robespierre: "Yo, que soy tanto como vos, y vos, que no valéis más que yo..."[?].

German Arciniegas

Esta sí era escuela de verdad. Se completó con un viaje a París, mirando de paso al pueblo y la tierra españoles, al pueblo y la tierra franceses. La introducción a la vida europea iba a durar tres años. Al regreso, de 19, estaba aún a distancia astronómica de pensar en la vida política. Había cruzado el mar como para que ocurriera lo que ocurrió: el matrimonio. Don Pedro Palacios pensó en su sobrino cortesano, y volvía casado con la delicada, frágil y selecta hija de los marqueses del Toro. A pocas horas de Caracas esperaba a los recién casados la casa blanca de San Mateo, con sus cañaduzales y sus negros y los verdes montes y las aguas límpidas. Idilio.

No bien llegaron Simón y María Teresa a San Mateo, muere María Teresa. Todo lo previsto se derrumba. Ahora es otro el Bolívar que de nuevo cruza el Atlántico para mirar a Europa de otra manera. Sabe leer, sabe escribir, lleva en su equipaje libros (ha llegado la

hora): Plutarco, Montesquieu, Voltaire. Naturalmente, Rousseau. Sin planes. Sin vocación política. Peor que todo esto: riquísimo. Va a gozar de Europa como un placer.

German Archegas

Como sus raíces son españolas, su destino es Madrid. Verá al Marqués del Toro. Llorará con él a María Teresa. Parece darle la espalda a Venezuela.

El primer juramento

Bolívar entra a España por Cádiz, camino de Madrid, y en Cádiz le ocurre la primera tentación. Por todas partes encuentra americanos. Es algo nuevo que viene ocurriendo en toda Europa. Unos llegan porque les empuja la curiosidad, otros —tal vez los más— porque los han echado de América. ¡Ahora hay americanos en España, Portugal Italia, Francia, Inglaterra!... Hasta en Constantinopla y en Rusia. Los más audaces le han dado la vuelta a Europa. Esa curiosidad, hoy tradicional, medio turística, medio filosófica, medio en busca del arte o el teatro, entonces se estrenaba. Todo era más nuevo y deslumbrante. Y se abrían los cinco sentidos para no dejar escapar detalle. Quienes arriban a España llegan de dos maneras: como Bolívar, libres; o, la mayor parte, como enviados de Lima, México, Santa Fé de Bogotá, donde se les había pasado por las cárceles para que los juzguen. Caen de inmediato a los calabozos, o pasan a los presidios del África. Casi todos se fugan ... En Cádiz, las tertulias de americanos hierven. Las noticias vuelan, por lo mismo que no siempre aparecen en las gacetas.

¿De qué se habla en las tertulias de Cádiz? La crónica americana es de película. Por segunda vez

acaba de escapar Miranda de las prisiones de Francia. Por espionaje y correspondencia con los enemigos del estado le detuvieron en su casa de la Rué Saint Honoré y le echaron a los calabozos del Temple. Lograron sacarlo sus amigos, pero puso el gobierno la condición de que saliera de Francia. Andaba por Inglaterra llevando a Pitt el proyecto de la independencia sudamericana... Si alguien sabe de Simón Rodríguez dirá que después de trabajar como tipógrafo en Estados Unidos ha entrado a la Francia dé sus entrañas, y Dios sabe ahora dónde andará. Fray Servando Teresa de Mier, locuaz y corrosivo, a quien la Inquisición de México envió prisionero a España, se fugó del convento que le dieron por cárcel, y habla puesto tribuna o en Roma o en París. ¥ asi todos. Flota el recuerdo de Don Pablo de Olavide, el peruano. que habiendo querido transformar a España en tiempos de Carlos III, cayó en manos de la Inquisición y tuvo qué volarse de la cárcel para esperar años en París a que calmara el chubasco. De los neogranadinos, Zea, agarrado en Santa Fe de Bogotá por los pasquines de los estudiantes, salió en Madrid de la cárcel para llegar a Director del Jardín Botánico. Nariño, sorprendido por haber traducido los Derechos del Hombre, criando pudo escapar de sus carceleros, en España, fue a París. De París, disfrazado, regresó a su tierra. Cada uno tiene una historia, y lo que no se sabe, ló inventa la imaginación. Donde se dice historia estaría mejor decir novela^ y en la novela se encontraría más verdad que en la historia.

Para hacer breve esta parte, basta saber que no bien ha puesto su planta Bolívar en Cádiz» cuando se le presenta en la “Gran Logia Americana” y se le toma este

juramento, antecedente del de Roma: “Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu patria sino aquel que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos; y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén a tus alcances. a que los pueblos se decidan por él” (1). La logia podía ser o no masónica. Podría el rito no ser el esconcés antiguo. A lo mejor era muy española o sudamericana, para mayor eficacia...

Germán Arciniegas

(I) Jules Mancini *"Bolívar"*

Las logias eran el camino. En las de Miranda se dieron las manos O'Higgins de Chile, Caro de Cuba, Rocafuerte de Quito, Belgrano de Buenos Aires, Monteagudo del Perú- Más tarde, San Martin se inicia en Europa, y funda, al volver a Argentina, la logia Lautaro. Ellos todos, en las tenidas, en conciliábulos secretos, venían a conocer a liberales de España, revolucionarios de Francia, progresistas de Inglaterra, emancipados de Estados Unidos, polacos patriotas... Miranda descubrió este camino y lo aprovechó como ninguno para llegar a Reyes y emperatrices, moverse en los salones literarios, proyectarse en las cortes, acercarse a los sabios, entenderse con los periodistas, disputar con los príncipes que fueron corresponsales de Voltaire. De las logias iba a los salones literarios donde todos le eran conocidos y conocidas. Enamoraba entonces a las mujeres, disputaba con los políticos, peleaba con los generales.

La vida de Miranda era ya ¿1 gran cinematógrafo para la juventud americana que se apretaba en las tertulias de cualquier ciudad de Europa, España comprendida.

La primera revolución en que estuvo envuelto Bolívar fue la revolución de los cafés, tan cara a los latinoamericanos. Casi como hoy. las imprudencias eran materia inflamable en ciudades donde lo que más circulaba era la policía secreta. Con espionaje se prestaban ayuda mutua las monarquías en peligro. El tema más audaz y apasionante era el contenido en él juramento de la Logia de Cádiz. Ir de la revolución, cumplida de Estados Unidos, puramente imaginaria de la América Española El salto más atrevido que pudiera caber en mente humana! Sería la batalla más

significativa del siglo. Ahí estaba la tentación de la logia... De los dos imperios que se habían repartido lo mejor y más vasto de las Américas, el español había sido el absoluto, él inglés el blando. Mientras en el hispánicos virreyes, gobernadores, capitanes, arzobispos, oidores, ordenanzas, cédulas, leyes, reglamentos... eran emanaciones directas de la corona... y no se movía una hoja en el árbol de virreinatos y gobernaciones sin el soplo de su Majestad Católica... en inglesas, el City Council de cada pequeña ciudad había sido fuente democrática del gobierno. Los colonos descendientes delos del MayFlower habían dejado sus patrias para hacerse, en el acto mismo de entrar en las naves, independientes de reyes y arzobispos. La autoridad puesta en los gobernadores. –Recibían sus sueldos del City Council que se los fijaba, - esa como delegada: acabaron siendo instrumentos de los burgueses de Boston, Filadelfia, Nueva York … Lo que en la américa española iba ser una revolución pies a cabeza, en el norte había sido una evolución de principios traídos ya en las cartas de las compañías anónimas autorizando la fundación de las colonias. El grande imperio vivo, imperio hasta la medula de los huesos, era el español. Desintegrado, abría una nueva era en el mundo…

TERESA LO SUPO TODO

Un golpe de suerte vino a favorecer los que hubieran sido planes ideales de don Simón Rodríguez: Carlos IV encuentra que para aliviar de un exceso de visitantes a España, en un momento en que está

faltando la comida, lo mejor es echar a los españoles americanos. Parece que la causa determinante de irse a Paris Bolívar está en estas medidas, que le sublevan. Claro que para todos la meta era Paris. Allá se había hecho la más sonada revolución, allá se habían hecho la más sonada revolución, allá habían escrito sus panfletos los enciclopedistas, y el Abate Reynal, haciendo la anatomía de los imperios coloniales, dejaba una enciclopedia de conocimientos útiles para quienes quisieran enjuiciarlos… o eliminarlos.

Bolívar se va a Paros. No rico sino riquísimo, Sabiéndolo o no, iba a gastar lo que tuviera, en una loca des de despilfarro. Del café al club político, del salón literario al teatro, de las bellas linajudas a las cortesanas. ¡Qué paseos a caballo por el Teatro! ¡Qué palcos alumbrados en el Teatro! ¡Qué trajes más ostentosos y bien cortados!.

Se le conoce en las calles. Se le señala en la Opera. Se mueve sin embarazo entre bastidores. Ha aprendido francés al vuelo, y hay de veras un ambiente igualitario que abre el camino al forastero. En este momento no existe diferencia entre el europeo y el americano. Si la hay. favorece. desde tiempos de Franklin, al americano. Se descubre en el algo recóndito. Prometedor. Tal vez el eco de los mensajes de Latayette… El caraqueño lanza una moda. que se registra en los grabados, y se difunde en sociedad: "Le Chapeau Bolívar...". Unas veces en Paris, otras en Londres. la vertiginosa vida del curioso insaciable, del frenético gustador de la vida, está quemando sus reservas juveniles.

Teresa Laisney, fancesa de muchos encantos,

todavía joven, está casada con un coronel peruano, achacoso y viejo, Mariano Tristán, de los Tristán españoles del Perú (Su hermano acabará de Virrey…). De paso por Bilbao Bolívar los había conocido, había sido su huésped. Teresa viene a ser la confidente de Bolívar en estos días de Paris que van a ser determinantes en su vida política. El caraqueño era imprudente, de una imprudencia que ponía que ponía en tensión los nervios de cuantos le estaban más cercanos. Eran cosas que hacían palpitar de emoción el corazón de Teresa. Y de espanto al coronel. Como nunca, o como siempre, ahora las relaciones con las mujeres de Paris, en un momento de intrigas, complots, confabulaciones, y mucho amor, arrojan no poca luz sobre los hombres y sus empresas. Bolívar dejó en sus cartas a Teresa la confesión directa de esta hora tan suya. Ahí está el mejor testimonio de lo que vino a ser su reencuentro en Europa con su genial maestro, don Simón Rodríguez. Es una pena que no se conozcan las otras cartas: las de Teresa a Bolívar. No fue Teresa mujer común. Las de Bolívar a Teresa han llegado a nuestro conocimiento cuando menos cuarenta años después de escritas. Fueron por mucho tiempo, de esos paquetes que guardan las mujeres en gavetas que nadie abre, y donde sólo un día la traviesa curiosidad de los hijos de Teresa. Flora Tristán, otra vida de asombro que esclarece los comienzos del socialismo internacional, y de quien ahora mismo se escriben libros y libros. Da la circunstancia que Flora, siendo contemporánea de Marx, viviendo los dos en París al mismo tiempo se anticipó al del “Capital” echando las bases del socialismo internacional. Ella inventó la orden del día que sigue repitiéndose: Obreros del mundo, unios! Lo que Marx

sacaba de sus lecturas en papeletas, Flora lo vivía metiéndose en las fábricas, descorriendo secretos de la miseria en los comienzos de la era industrial de Inglaterra, entrando al fondo humano de los trabajadores... Flora descubrió a Bolívar, revolviendo papeles en el escritorio de su madre.

Si en París, sin mujer no hay historia, en este caso la mujer en la de Bolívar, es Teresa. Teresa, que era muy mujer, hasta en sus desventuras, tenía a Flora de un año cuando estaba Bolívar en París. Se ha llegado a decir que Flora fue hija suya. Quizás sí, quizás no. Lo cierto es que las cartas de **Bolívar** a Teresa, tal como las publicó Flora, y la circunstancia de ser Flora la gran figura del socialismo francés y madre del pintor Gauguin, inserta en el mismo triángulo mágico tres trozos de historia: el socialismo, el arte y América. Las tres caras, en una misma familia.

Muere el viejo Tristán, muere Teresa y queda sola en el mundo, pobre, infeliz, y bella, Flora. Una tentación. De su matrimonio tormentoso con un tipógrafo borracho, de cuchillo en mano, sólo se salva una cosa: Gauguin, el hijo que con los años viene a honrar los museos mejores del mundo. Flora, ilusa y atrevida, pensó rescatar la herencia del coronel que estaba en manos de los Tristán del Perú. Fue a Lima a reclamarla. Se la robaron. Teresa, obedeciendo a la ley de Francia, sólo se había casado por lo civil, y muy religiosos los hermanos desconocieron el enlace de don Mariano... De regreso a París, tomó Flora las cartas de su madre, y haciendo con ellas un collage quedó, puesta en francés, la confesión de Bolívar. Lo que Flora cortara u omitiera, no lo sabemos... Lo que dejó intacto basta para reconstruir la historia...

"¿Me obligas a decirte lo suficiente para satisfacerte, respecto al pobre chico Bolívar de Bilbao, tan modesto, tan estudioso, tan económico, manifestándote la diferencia que existe con el Bolívar de la calle Viviente, murmurador, perezoso y pródigo? Ah Teresa, mujer imprudente, a la que no obstante no puedo negar nada, porque has llorado conmigo en los días de duelo!...".

La danza de la muerte

Fue Bolívar el mejor bailarín de su tierra. Ahora bailaba en París hasta morir, en todo el rigor de la palabra. Su danza era la danza de la muerte. Bailaba sobre las cenizas, todavía calientes, de la república. El tan loado gobierno del pueblo había parado en el régimen del Terror. A Robespierre lo habían despachado de este mundo, con su propio invento. Él había construido con Id guillotina la segunda Bastilla abominable, y era tremendo para los enamorados de la república, para los americanos que la habían instalado ya en Filadelfia, o la implantarían desde México hasta la Argentina, ser testigos de este derrumbamiento, en dos años, justamente en la tierra de los enciclopedistas. Para los discípulos de Rousseau el fracaso dejaba una herida profunda. ¡Y era la primera vez que lo de América se había insertado en los programas de Francia! Entre los nuevos descubridores y amigos de América —paradoja, ironía— hay que colocar en primera fila a Luis XVI. Desde el día en que sube al trono, América es para el rey tema fundamental que mira con particular afecto. Se inscribe en las luchas de América en rebelión. Luego, por este mismo camino continuarán sus ministros y Miranda entra a ser, por este motivo, una voz que se escucha en

las intimidades de los gabinetes.

Bolívar era entonces el sudamericano normal que dedica unas horas al amor (él diría las necesarias), y muchas más a ver los escombros que pisa cuando baila. La política se imponía en el primer plano de las conversaciones corrientes, y el hastío que lo saca de París no es hastió de amor: es hartazgo de la política en que se rebajan sus propios amigos, repugnancia por los recuerdos de Robespierre, desprecio por la carrera de Bonaparte en busca del trono, y conciencia de que esa república americana que había sido el mejor estímulo para la revuelta de París, la que él había jurado en Cádiz como ideal hispanoamericano, la habían ensangrentado y envilecido, haciéndola a la francesa, los verdugos del Terror. ¡Ir de España a Francia había sido para el curioso caraqueño pasar del repugnante espectáculo de una monarquía en sombras a la nación que acababa de sufrir la peor de las repúblicas! ¡Dos años de alboroto, sangre y fantasía, de bochinche para concluir en la guillotina, única máquina notable que inventa el país en esos días! Bolívar vivía su juventud apasionadamente, y lo decía todo sin tapujos. A Páez les escribiría más tarde: “El gobierno republicano se había desacreditado y rebajado hasta entrar en un abismó de execración. Los monstruos que dirigían la Francia eran igualmente crueles e ineptos...".

Bolívar se siente ahogar en las tertulias donde alternan el miedo y la adulación, se enfrenta a unos clérigos reaccionarios españoles que elogian al Primer Cónsul —ese Bonaparte que para él “será dentro de poco tiempo más duro en su reinado, que los tiranuelos a quienes ha destruido”—, y produce el escándalo en una

tertulia aprestigiada por oficiales del ejército, clérigos, viejos respetables... Un amigo a quien había conocido desde su primer viaje a Europa trata de moverlo al lado de la prudencia. Es el coronel Tristán. Bolívar le escribe al día siguiente: “Coronel, perdonad: yo no seguiré esta vez vuestro consejo; no abandonaré a París hasta que no haya recibido orden para ello. Deseo saber, por mi propia experiencia, si le es permitido a un extranjero en un país libre, emitir su opinión respecto a los hombres que lo gobiernan y si le echan de él por haber hablado con franqueza”.

Reivindicación de Luis XVI

En el momento de condenar a la guillotina a Luis XVI y a María Antonieta, eran ciudadanos franceses, deliberantes, Thomas Paine y Francisco Miranda- Los dos heraldos de América estuvieron acordes en que debía salvarse la vida de los reyes. Paine decía que lo sensato era enviar al rey a Estados Unidos para que aprendiera allá cómo se vive dentro de una república. Miranda no podía olvidar sus campañas en la guerra de Independencia de Estados Unidos, cuando fue testigo de hasta dónde Francia, con Luis XVI, había puesto todo el peso de sus armas y sus recursos en favor de los insurgentes americanos.

El primer acto con que inaugura Luis XVI su reinado es una valerosa rectificación en la cancillería, que coloca al frente de las Relaciones Exteriores al conde de Vergennes, y determina la entrada de Francia en favor de la revolución de las colonias inglesas. Dentro del primer año de su reinado aprovecha los servicios de Beaumarchais en misión secreta en Inglaterra; para desentrañar lo que estaba ocurriendo en América. Con

base en los informes de Beaumarchais, el Conde de Vergennes leyó ante el rey el primer documento que marca la nueva política: “El partido que han tomado los americanos es ya definitivo, ellos persistirán, pero si no se les apoya en alguna forma no podremos menos de esperar que sucumban porque Inglaterra está resuelta a vencerlos, cueste lo que cueste. La enemistad inveterada de esta potencia nos impone el deber de no perder ocasión que pueda debilitarla, pues solo ganancias sacaremos de cuanto la debilite. Tenemos que favorecer a las colonias insurgentes”.

El apoyo que Luis XVI prestó á los insurgentes de las colonias inglesas fue tan grande que sus finanzas se resintieron. Los gastos en favor de la independencia americana fueron su ruina y una de las causas directas dé su caída. Gastos estupendamente representados, porque las tropas que tuvieron entre sus jefes a Lafayette fueron la más positiva ayuda con que contó Washington. ¡Ya hubiéramos querido en Suramérica que se produjera tan generosamente en su ayuda a la guerra de independencia contra España! Ahora resulta que la cabeza del rey que ayudó a la independencia de América la piden los de Robespierre y quieren salvarla Paine y Miranda. Diez años y más, antes de la Bastilla, triunfantes ya los Estados Unidos, se firmó en el Hotel Coislin, en la plaza de la Concordia, el tratado de amistad y comercio entre el rey de Francia y los Estados Unidos de la América Septentrional (6 de febrero de 1787). El duque de Castries, (en “La *France et l’Indépendance Américaine”),* dice: “Este tratado es uno de los acontecimientos más impresionantes de la Historia que estaba desarrollándose. La primera nación de Europa daba un tratamiento de igualdad a una colonia

insubordinada, diez veces menos poblada que ella, que se debatía en medio de las más terribles dificultades materiales, y que por el cambio de firmas en el tratado se elevaba verdaderamente a la dignidad del estado".

En este paso atrevido, estaban de acuerdo el rey y la reina. La otra cabeza que iba de destroncar la cuchilla de la revolución era de la esa María Antonieta, que coronó a Franklin delante de la corte reunida en Versalles, testigo de semejante apoteósis…"

Las tres o cuatro revoluciones

Todos estos antecedentes los tenían en sus manos como cartas de juego, los sudamericanos con quienes se veía a diario Bolívar (complementados con lo que se llegaba a saber de las actividades de Miranda) y llenaban de interrogantes, admiraciones, puntos suspensivos y puntos finales las con versaciones. Había un hecho nuevo que la prédica de Miranda destacaba y que llegó a dominar mentes tan lúcidas como la de Humboldt, o de hombres tan populares como Lafayette. Sí a la revolución de las colonias inglesas seguía la de las españolas, con eso que era más que un continente: con un hemisferio liberado, independizado, republicano, la marcha del mundo tomaría una nueva dirección. Ya estaba demostrado con lo ocurrido en el norte. Ahora, España podría seguir el mismo curso y de ser el imperio en cuyas tierras no se ponía el sol, quedar reducida a sus límites naturales dentro del Viejo Mundo. Humboldt, el hombre que ha estudiado, sobre el terreno, la historia natural de América, hace de América su cátedra en los salones. Sus libros acabarán siendo considerados como el redescubrimiento de un continente perdido. En pocos

años ha visto de Venezuela lo que Bolívar no conoce de su propia tierra. Bolívar va a casa de Humbolt movido por la irresistible fuerza de la curiosidad sudamericana. Humboldt verá en él la pasión que despierta, la gana de saber... y también la figura que en los salones se destaca por lujos y aventuras cortesanas. Es la persona para confiarle las reflexiones más íntimas y la más distante de servir a una causa que exigiría la entrega total de una vida. Bolívar parece cautivo de lo que le dice Humboldt. Exclama "Que destino más radiante: librar al Nuevo Mundo del yugo que lo oprime y hacer de ese ideal la empresa más sublime…". Y Humbolt: "Creo que su país está maduro para realizarla, pero no veo al hombre capaz de hacerlo..."

Emancipar a América, sí, pero ¿cómo? ¿Para qué? ¿con quién? El que más a fondo se había propuesto la cuestión era Miranda. Los tres caminos conocidos estaban a la vista: la revolución inglesa, la americana, la francés… La primera hecha con la monarquía; la segunda con la república burguesa, a tercera... Ese caos, ese desorden, ese ejercicio de la cuchilla ¿no acabó por llevar al trono a Napoleón? ¿No paso Miranda diez y ocho meses en la prisión de la Force, bajo el terror de d Robespierre, solo por la miserable denuncia de un criado, el "ciudadano" Malissart? Bonaparte en cambio, saco las piezas de la revolución que podían tener principios de orden, - el Código Civil-la nueva organización del estado – para ofrecerlas como andera de una nueva Europa. Instituciones nuevas sin terror robesperiano. Bonaparte no era o no había sido un personaje distante para Miranda., y a través de Miranda lo conocían mejor los suramericanos. Miranda lo había tenido a comer en su

casa, y Napoleón lo valoró muy v a su modo. Es un Quijote –decía- pero no es loco. Cuando Bolívar asiste a la coronación de Napoleón en Notre Dame. "lo que me pareció grande –dice- fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensaren la esclavitud de mi país, y en la gloria que conquistaría el que lo libertase. Yo soy el grande apreciador del héroe francés; hablo con entusiasmo de sus victorias, lo preconizo como el primer capitán del mundo, como hombre de estado, como filósofo, como sabio…". Era una solución a la francesa. ¿El ideal? ¿El ideal americano? Sigue Bolívar: "Se hizo emperador y desde aquel día lo miré como oprobio de la libertad y obstáculo al progreso de la civilización; su gloria misma me parecía el resplandor del infierno".

Ya Miranda, que había visto de cerca las dos revoluciones —la americana y la francesa—, había escrito en tiempo oportuno: "La verdadera gloria de todos los americanos consiste en la consecución de la... libertad... Dos grandes ejemplos tenemos delante de los ojos: la revolución americana y la francesa. Imitemos discretamente la primera; evitemos con sumo cuidado la segunda". Miranda lo había conocido todo, y no hay que olvidar cómo empezó a ver lo de Francia y lo de Estados Unidos. Fue a América para colaborar con las tropas de Luis XVI empeñadas en la liberación de las colonias inglesas. Ahí estuvo el comienzo de su iniciación militar y política europea. Jules Mancini lo recuerda: "Miranda se afilió a la masonería, y cuando a solicitud de Franklin, 'las logias francesas enviaron tropas a los filadelfos de la América del Norte con el objeto de ayudarlos a arrojar a la aristocracia inglesa de sus ciudades liberales', Miranda se alistó en el cuerpo expedicionario español

que. con el de Rochambeau, contribuyó a la emancipación de los Estados Unidos"

Bolívar abominaba de la revolución francesa en términos más exaltados que los de Miranda. A Santander le escribiría en relación con la presentación de la "Gaceta de Bogotá", en donde se había insertado el lema Libertad o Muerte: "Todo eso huele a Robespierre y a Cristóbal (el rey negro de Haití), que son dos extremados demonios de oposición a las ideas de moderación culta...". Y en carta a don Estanislao Vergara: "En Colombia se necesita mucha energía, para no sucumbir infaliblemente bajo la cuchilla de los demagogos, que sí triunfan lo destruirán todo, convirtiéndose cada uno de ellos en un Robespierre, en un Marat...".

Descartada la revolución a la francesa, Bolívar se detiene ante los dos ejemplos mejores: o a la inglesa, o a la americana. Una y otra le llenan de admiración... para caer en la cuarta posibilidad: revolución a la española... con los mejores elementos populares de España, aclimatados a América. Como lo hubieran querido sus tutores Miguel Sanz y Andrés Bello... Diría Bolívar en Angostura: "Os recomiendo el estudio de la constitución británica que es la que parece más destinada a operar el mayor bien posible a los pueblos que la adoptan". Pero en seguida advertía: "Por perfecta que sea estoy muy lejos de proponeros su imitación servil. Cuando hablo del gobierno británico sólo me refiero a lo que tiene de republicanismo, y a la verdad ¿puede llamarse monarquía pura un sistema en el cual se reconoce la soberanía popular, la división y el equilibrio de los poderes, la libertad civil, de conciencia, de imprenta, y cuanto es sublime en la república?".

En la revolución a la norteamericana había dos circunstancias que la acercaban más a la nuestra. Primero: la República. Segundo: la independencia. Esta última circunstancia, la más radical, situaba todo lo del nuevo Hemisferio en un plano distinto. La objeción de Bolívar era sólo de sistema de gobierno: la inconveniencia del federalismo; decía Bolívar sobre los Estados Unidos: “A pesar de queese pueblo es un modelo singular de virtudes políticas y de ilustración moral; no obstante que la Libertad ha sido su cuna, se ha criado en la Libertad y se alimenta de pura Libertad... aunque bajo de muchos respectos este Pueblo es único en la historia del género humano, es un prodigio... que un sistema tan débil y complicado como el Federal haya podido regirlo en circunstancias tan difíciles... Ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de estados tan distintos como el inglés americano y el Americano Español...”.

El nacimiento de nuestra América

¿Qué pasa por la mente de los suramericanos en París?

Se está creando una nueva conciencia política. La suma de experiencias y juicios que van ordenándose en la mente de Bolívar acaban expresándose en los documentos que, a poco de regresar a su tierra, empezará a desarrollar en una de las obras más ricas de la literatura del Nuevo Mundo. En su viaje por Europa, está haciendo Bolívar joven el balance

rrollándosc. la primera nación de Europa daba un tratamiento de igualdad a una colonia insubordinada, diez veces menos poblada que ella, que se debatía en

medio de las más teribles dificultades materiales, y que por el cambio de firmas en el tratado se elevaba verdaderamente a la dignidad de estado".

En este paso atrevido, estaban de acuerdo el rey y la reina. La otra cabeza que iba a destroncar la cuchilla de la revolución era la de esa María Antonieta, que coronó a Franklin delante de la corte reunida en Versalles, testigo de semejante apoteosis...

Las tres o cuatro revoluciones

Todos estos antecedentes ios tenían en sus manos, como cartas de juego, los sudamericanos con quienes se veía a diario Bolívar (complementados con lo que se llegaba a saber de las actividades de Miranda) y llenaban de interrogantes. admiraciones, puntos suspensivos y puntos finales las conversaciones. Había un hecho nuevo que la prédica de Miranda destacaba y que llegó a dominar mentes tan lúcidas como la de Humboldt, o de hombres tan populares como Lafayette. Si a la revolución de las colonias inglesas seguía la de las españolas, con eso que era más que un continente: con un hemisferio liberado, independizado, republicano, la marcha del mundo tomaría una nueva dirección. Ya estaba demostrado con lo ocurrido en el norte. Ahora, España podría seguir el mismo curso y de ser el imperio en cuyas tierras no se ponía el sol, quedar reducida a sus límites naturales dentro del Viejo Mundo. Humboldt, el hombre que ha estudiado, sobre el terreno, la historia natural de América, hace de América su cátedra en los salones. Sus libros acabarán siendo considerados como el redescubrimiento de un continente perdido. En pocos años ha visto de Venezuela lo que Bolívar no conoce de su propia tierra. Bolívar va a casa de Humbolt movido

por la irresistible *fuerza* de la curiosidad sudamericana. Humboldt verá en él la pasión que despierta, la gana de saber,., y también la

figura que en los salones se destaca por lujos y aventuras cortesanas. Es la persona para confiarle las reflexiones más íntimas y la más distante de servir a una cansa que exigiría la entrega total de una vida. Bolívar parece cautivo de lo que le dice Humboldt. Exclama: "Qué destino más radiante: librar al Nuevo Mundo del yugo que lo oprime y hacer de ese ideal la empresa más sublime...". Y Humboldt; "Creo que su país está maduro para realizarla, pero no veo al hombre capaz de hacerlo...''.

Emancipar a América, sí; pero ¿cómo? ¿para qué? fccon quién? El que más a fondo se había propuesto la cuesti 5n era Miranda. Los tres caminos conocidos estaban a la vista: la revolución inglesa, la americana, la francesa... La primera hecha con la monarquía; la segunda con la república burguesa; la tercera... Ese caos, ese desorden, ese ejercicio de la cuchilla ¿no acabó por llevar al trono a Napoieón?¿No pasó Miranda diez y ocho meses en la prisión de La Force, bajo el terror de Robespierre, sólo por la miserable denuncia de un criado, el "ciudadano" Malissart? Bonaparte, en cambio, sacó las piezas de la revolución que podían tener principios de orden, —el código civil, la nueva organización del Estado— para ofrecerlas como bandera de una nueva Europa. Instituciones nuevas sin terror robespenano. Bonaparte no era o no había sido un personaje distante para Miranda, y a través de Miranda lo conocían mejor los sudamericanos. Miranda lo había tenido a comer en su casa, y Napoleón lo valoró muy a su modo. Es un Quijote —decía— pero no es loco. Cuando Bolívar asiste a la coronación de Napoleón en Notre Dame, "lo que me

pareció grande —-dice— fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país, y en la gloría que conquistaría el que lo libertase. Yo soy grande apreciador del héroe francés; hablo con entusiasmo de sus victorias, lo preconizo como el primer capitán del mundo, como hombre de estado, como filósofo, como sabio...". Era una solución a la francesa. ¿El ideal? ¿El ideal americano? Sigue Bolívar: “Se hizo emperador y desde aquel día lo miré como oprobio de la libertad de una filosofía que muere y que fatalmente acabará por someterse a las revisiones que se le hacen en el Nuevo Mundo. Cuando Bolívar se adelanta a considerar lo excepcional de nuestra circunstancia, está viendo que se trata de un caso único. Las proporciones del mestizaje imponen algo que no ha existido ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en los Estados Unidos; La llamada raza cósmica, con cantidades casi iguales de sangre blanca, negra y cobriza; anticipa uno de los más grandes problemas de nuestro tiempo. Es de maravilla ver a qué velocidad se fueron nivelando todos tés aportes raciales en América Latina. Entonces se preparó lo que es hoy el principio de la igualdad racial dé las naciones unidas.

Es muy posible que hubiera también elementos excepcionales en nuestra América para acercarse al ideal de un mundo capaz de tolerar los distintos colores dé los hombres. Desde luego lo de los indios se presenta cómo avance tan insólito; que Miranda llega a pensar en el Incauto como invención de su gobierno colombiano. Tenía él la visión casi contemporánea de los alzamientos de Tupac Amaru en el Perú, dé los comuneros en Nueva Granada, de Tupac Catari en el Alto Perú... los negros mismos que en África habían caído bajo un régimen

secular de esclavitud en que estaban conjuntamente comprometidos blancos y negros—, donde primero vienen a proclamar su emancipación es en Haití. Pronto el tema de la libertad de los esclavos se extiende a toda la América Hispana en una anticipación universal. Pero hay además la calidad de la sangre española que va a contribuir increíblemente a la formación del ideario revolucionario. No hay que olvidar su predisposición para acercarse a la substancia más profunda del mestizaje con la participación en el desarrollo histórico de la nacionalidad española de cristianos, moros y judíos, cada uno con su sangre, sus dioses, su lengua y su tradición de siglos. Se llega al punto en que no hay cómo cortarle un miembro del cuerpo a nadie que pudiera decir: en este brazo está toda mi sangre hebrea...

Cuando Miguel Sanz señala los orígenes hispánicos de la revolución de Caracas no se equivoca. Lo del Contrato era tema explorado en toda América —América Española— desde antes del libro de Rousseau: la doctrina venía del jesuita español Suárez; ya secular. El entusiasmo por el Ero de Rousseau se explica porque confirma algo que ya estaba en la conciencia de los criollos, y to habían aprovechado antes los comuneros del Paraguay. Pero mucho más atrás estaban tos fueros dé Aragón, los juramentos a la sombra del árbol de Guernica, las manifestaciones comuneras de Cortés, de Balboa, dé' Jiménez de Quesada... de todos los conquistadores que en un momento dado se apoyan en “el común” para afirmar su autoridad popular... hasta contra el mismo Rey… como en el caso extremo de Aguirre en el Amazonas. Eli mejor

testimonio lo da el ensayo del tutor de Bolívar, Sanz, sobré él Contrato' en 1811, apoyando toda su teoría sobré éí drama de tos comuneros en la época de Carlos V.

Todo esto viene a tener su última y más significativa comprobación en un momento decisivo para la independencia[1] hispanoamericana: él 2 dé Mayó de Madrid. El Pueblo de la capital se lanza a su "guerra de Independencia. ¡Independencia de Francia! La palabra "Independencia" que ha tenido su glorificación en la revuelta de las colonias angloamericanas, sé introduce ahora precisamente en España, para independizarse cuando la invasión francesa.[1] Los americanos entonces se muestran tan airados como él pueblo de Madrid', y a través del Atlántico sé dan la mano como hijos de una misma resistencia. Le bastará a Bolívar trasladar a Caracas la palabra qué sé ha dado como santo y seña en Madrid, para darle a la independencia un sentido tan profundo como el que tenía cuatro siglos antes en el alma de los comuneros. La revolución no podía ser para los criollos, los indios y los negros de América como la de la Bastilla, la de Versalles, la de la plaza de la guillotina; ni como las leyes de Londres, ni como los pronunciamientos de Filadelfia... Podría inspirarse en Padilla, el héroe comunero del siglo XVI, o en Bartolomé de las Casas haciendo la defensa de los indios como un antiimperialista n que denunciaba los desmanes de la corona de casa.

El viaje a pie

Por las cartas a Teresa se sabe lo esencial del encuentro de Bolívar con Simón Rodríguez, en Viena. Deja Bolívar a Paris porque París lo enferma, y siente la

necesidad de comunicarse con ese maestro extravagante que quizás le aclare este vértigo del estado que sale de la revolución y la república para entregarse al consulado, a Napoleón. Ya en el libro de cabecera de don Simón Rodríguez, en “Emilio” de Rousseau, estaba escrito lo poco que había que confiar en el juicio de los parisenses: “El parisiense cree conocer a los hombres y lo único que conoce es a los franceses, en la ciudad llena de extranjeros. Mira en cada forastero, un fenómeno extraordinario como no habrá otro igual en el resto del universo. Hay que haber visto de cerca a los burgueses de esta gran ciudad, haber vivido a su lado para darse cuenta de cómo con tanta inteligencia pueden llegar a ser tan estúpidos. Lo más sorprendente es que cada uno a lo mejor ha leído diez veces la descripción del país cuyo habitante le produce tanto estupor... Para instruirse no basta recorrer países: hay que saber viajar... Entre todos los pueblos de Europa, el nuestro es el que ha visto más, y al mismo tiempo, el que conoce menos...”.

El encuentro en Viena de los dos caraqueños, lo sabemos sólo por Flora Tristán. El maestro trabajaba en el gabinete de física y química de un alemán: el profesor daría las explicaciones teóricas y Rodríguez mostraría experimentalmente la comprobación del laboratorio. Le pareció a Rodríguez que el señorito Bolívar estaba entregado a la vida social, y molido por ella. “No sirves —le diría para otra cosa: ¡anda, diviértete!”. Nunca ha sido tan duro el maestro con el discípulo... cuya mirada le atrae irresistiblemente Bolívar, de veras, está enfermo. El médico de Rodríguez lo declara, y de su diagnóstico sacará el pedagogo genial la medicina curativa que su filosofía le dicta. Hace ver a Bolívar que es riquísimo, y

que con su dinero podrá hacer de Venezuela un laboratorio de felicidad... Maestro y discípulo discuten, riñen, se separan. Bolívar se despide de Rodríguez, se va a París. A poco. Rodríguez le sigue. Definitivamente se juntan. Para el maestro será el gran experimento de su vida. Comienza un diálogo que se prolongará por meses, siguiendo muchas veces a pie caminos y caminos. El salir de París sirvió a Bolívar para, al regresar, verlo de otra manera. Ir con don Simón Rodríguez al lado, era caminar con la Enciclopedia, burlada por la revolución. El espectáculo de la coronación de Bonaparte golpea más en la imaginación sensible de Bolívar que el juramento de Cádiz. Como triunfo humano, era fabuloso. Un millón de personas aclaman a un hombre salido de las obscuras líneas del ejército, en un acto libre y espontáneo de exaltación popular. “Esto me hizo pensar en la esclavitud de mi país, y en la gloria que conquistaría el que lo libertase...”. Pero lo que celebraba el pueblo era la coronación de un Emperador... "Y miré al emperador como oprobio de la libertad y obstáculo al progreso de la civilización: su gloria misma me parecía el resplandor del infierno”.

Una tremenda revelación vino a poner en evidencia el desprecio que tenían por las tierras y los pueblos de América lo mismo Carlos IV de España que Napoleón. El escándalo de Luisiana. Por el tratado secreto de San Idelfonso (1800), Carlos IV entregó a Francia la Luisiana, a cambio del ducado de Parma. ¡Se buscaba que el cuñado de Carlos IV pudiera ser un reyecito! Daba vergüenza publicarlo. Francia misma no ocupó la Luisiana, y sólo después de más de un año vino a saberse lo que España había negociado. Saul K. Padover explica en pocas palabras: “Luisiana era el

nombre de una vasta región. Luego salieron de ella los estados de Arkansas, Colorado, las dos Dakotas, Iowa, Kansas Luisiana, Minesota. Misuri, Montana. Nebraska, Oklahoma y Wyoming. El territorio comprendía un área de casi un millón de millas cuadradas —más o menos el tamaño de la Argentina— Era tan grande que toda la Europa Occidental incluyendo la Escandinava, cabría dentro de ella",

Cuando Jefferson se enteró de la hacienda que así había regalado España, y se dio cuenta de que solamente con la posesión por Francia de Mueva Orleans, Estados Unidos perdían el libre acceso del Mississipi al mar, despachó de inmediato un plenipotenciario a París para que negociara con Napoleón la compra de Nueva Orleans. Hasta doce millones de dólares —le dijo— podrá ofrecer por ella. Cuando el negociador llegó, Napoleón se le había adelantado. Para él, esos territorios (que hubieran servido para que Francia tuviera su imperio colonial) habían perdido su valor. Comprometido en guerra con Inglaterra, lo que necesitaba era dinero. No la isla de Nueva Orleans: toda la Luisiana la vendió por 15 millones de dólares! Estados Unidos ha hecho muchos negocios: muy pocos o ninguno tan bueno como éste... Como si Napoleón hubiera vendido su imperio por un caballo... Es difícil darnos cuenta hoy de la reacción de los revolucionarios sudamericanos, en los cafés de París, ante estos hechos. Después de todo, Luisiana era un continente dentro del continente americano. Carlos IV lo regalaba por obtener una corona imaginaria, y Napoleón lo vendía para armarse en una de sus tantas guerras. Con ese fondo de coronaciones y negocios, salían hacia Lyon caminando, a pie, don Simón Bolívar y

don Simón Rodríguez. Todos los caminos llevan a Roma, y a Roma, como todos los curiosos, ellos irían.

Hacia una Italia destrozada

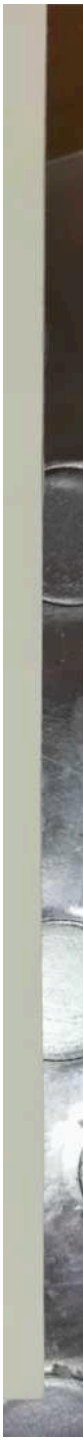
Pensó don Simón Rodríguez que para devolver a Bolívar la salud lo indicado era abandonar un teatro que sólo había servido para enfermarlo, y echar a pie, camino de Italia. Caminar, y caminar despacio. Pararse a respirar el aire de los montes. Ver rodar el agua de los ríos. Conversar con las gentes del camino. Detenerse en las aldeas, en las ciudades. Darse cuenta de las heridas que iban dejando las guerras, de las esperanzas que morían y las ilusiones que sostienen otras esperanzas. Todo esto es poesía. Don Simón acompañaba cada comentario con sarcasmos que divertían a Bolívar. Esos caminos eran los mismos que habían seguido Rousseau tal vez a pie, Voltaire seguramente en diligencia. Eran los mismos que Napoleón, a caballo, conoció en sus guerras. Si el diálogo entre los dos caraqueños hubiera podido registrarse nos daría el mejor comentario, a la venezolana, de una historia de Europa humanizada. Todos los libros que ellos hubieran leído no valían un comino comparados con las enseñanzas del viaje a pie. Como historia del hombre, de sus ambiciones y flaquezas, la de Europa es y será siempre apasionante, fatídica, insuperable.

Ir a Italia era volver al centro del universo. Ingleses, alemanes, suecos, franceses, españoles, polacos... todos hacían el peregrinaje, todos pensaban en la grandeza y decadencia del Imperio Romano, todos sacaban de entre las ruinas filosofía. A lo mejor algo aprenderían. Los últimos en hacer la experiencia eran, ahora, los americanos, los hispanoamericanos. Jesuítas

desterrados por Carlos III, que acabaron encontrando casa en Bolonia. Miranda... ¿Hubiera podido Miranda no detenerse en Italia? Y así todos... Don Simón Rodríguez iba a hacer el mismo viaje de aquel lejano compañero que tuvo en París cuando juntos fundaron la escuela para enseñar lengua castellana. Rodríguez y Fray Servando tradujeron *Átala* de Chateaubriand cuando apenas acababa de salir... para que sirviera de texto a los estudiantes.

Fray Servando Teresa de Mier y Simón Rodríguez fueron dos caracteres semejantes —extravagantes, agresivos, volterianos— rebeldes por naturaleza, americanos irreductibles. Precursor de la Independencia de México, el fraile había sido encarcelado y expatriado. Rodríguez, más cauteloso, alcanzó a escapar de Venezuela antes de que le pusiera la mano la policía. Los fugitivos se encontraron en Bayona, e hicieron su viaje a pie hasta París, como dos filósofos trashumantes. Luego, Fray Servando viajó a Roma para gestionar ante el Papa su secularización: más disciplinado que Rodríguez dejó de esas andanzas un diario pintoresco, picaresco que es una joya. De su devoción revolucionaria daría pruebas elocuentes en libros, los primeros que se editaron en el exterior sobre la independencia de México... Relatar el viaje a Italia había sido y seguía siendo y lo es hoy algo que tienta a todos los visitantes. O escriben libros, o llevan diarios, o confían a las cartas sus impresiones. Así lo hizo Miranda, así lo haría Santander.

Entran por Savoya. ¿Qué les trae de inmediato este comarca a la mente? Sobra decirlo: las páginas más audaces del *Emilio,* las que sirvieron a las autoridades



de Francia paira prohibirlo y quemarlo en la plaza por mano del verdugo, cómo se hizo luego en otras partes. Esas páginas no eran novela, eran parte de la vida de Rousseau. El, como el fugitivo renegado que topó con el vicario de Savoya, también como un huérfano, halló su vicario y entre los dos se trabó un diálogo atrevido, sincero, corrosivo como bien podría ser ahora el que animara las jornadas de los caraqueños. Dentro del mismo paisaje. “Era en verano —cuenta Rousseau—: nos levantamos al nacer el día. Me condujo el vicario fuera de la ciudad a una alta colina. Al pie corrían las aguas del Po, bañando la fértil llanura. Al fondo, en la lejanía, la cadena de los Alpes, coronando el paisaje...” Italia es así. Paisajes de maravilla, y colinas que tientan para escalarlas y, ya arriba... pensar, hablar, soñaren las grandezas del mundo, y sus miserias.

Todo, hasta aquí, muy rusoniano... Al salir de París, Rodríguez ha podido repetir el texto del *Emilio,* que se sabía casi dé memoria: “Adiós, París, ciudad famosa, ciudad del ruido, el humo y el fango, donde ya las mujeres no creen en el honor, ni los hombres en la virtud... Adiós París: Nosotros buscamos el amor, la felicidad, la inocencia, y por ese procuraremos estar lo más lejos de ti...” ...Pero, ¿quiénes son el calvinista renegado y el vicario de estas Confesiones? ¡El “maestro’’ es el caraqueño fugitivo!, comprometido en una conspiración; el “discípulo”, ese que desde los cafés de Cádiz hasta los del Palais Royal en París no hacía otra cosa sino renovar él juramentó prestado en la logia revolucionaria. Y ¿qué ven ellos más allá de las páginas del Emilio? El camino que han seguido es el mismo de Julio César cuando echó la potencia de su Imperio sobre las Galias vírgenes. Y el que ahora, en sentido inverso,

siguió Napoleón poniendo a ondear sus banderas sobre las Italias vencidas. Napoleón pensaba en las mismas águilas, volando en sentido contrario...

Pasarían tocando tierra de Parma. Esa que Carlos IV adquirió al trueque para ensanchar los títulos de la familia, entregando en cambio la mitad de lo que son hoy los Estados Unidos... que ahora vendía Napoleón a Estados Unidos por ¡quince millones de dólares! Eso valían las Amé- ricas en la mente de Borbones y Bonapartes... Y mirando al revés: por ahí pasaron los jesuítas que le hablaron a Europa de las grandezas indígenas de América, Miranda soñando en su Colombia liberada... Ahora... ¡Bolívar!

No era posible en aquella Europa de comienzos del 800 dar un paso sin topar con el teatro napoleónico. Siguieron a Milán donde el Corso se coronaba otra vez como Rey de Italia, Iría como a hacer una unidad italiana para él. Arrasaría los estados del Papa. Los dos caraqueños asisten a la ceremonia en Milán. Don Simón Rodríguez lo recordará en una página que nos da la medida de cómo hablaría en ese largo camino por el espacio y por el tiempo, siguiendo las huellas de los caudillos. Escribió Rodríguez: “Los italianos obligaron a Napoleón a velar durante la noche, en una iglesia, una corona que dicen ser la de Constantino, con el mismo clavo de la pasión que le hizo poner Santa Helena y que por rareza guardan en la ciudad de Mons para coronar a sus reyes. ¡Napoleón velando las armas como Don Quijote! ¡Un general republicano, que pasó el puente de Areola atravesando una lluvia de balas, para ganar un puesto a los soldados del rey, arrodillándose ante las insignias reales! ¡Qué ejemplo tan grande de la

pequeñez del hombre! ¡Y Bolívar lo presenció!”

En Castiglione, una gigantesca revista militar. Los caraqueños, como en palco de primera, desde una eminencia, solos, siguen las maniobras. Es la primera vez que Bolívar tiene la suerte de ver cómo evolucionan en Europa los ejércitos. Qué uniformes, qué multiplicarse de los rayos del sol en las bayonetas, ¡qué hermosura de caballos! Todo lo que él no iba a tener en sus guerras. Y aquí, en campiñas peinadas por campesinos que eran como jardineros... Al paso de los ejércitos, se arrasaban viñedos y trigales... En América —y él estaba aún lejos de saberlo—, iba a ser la marcha por páramos desiertos, selvas vírgenes, despeñaderos de Pasto, la helada terraza de Ayacucho a cuatro mil metros sobre los Andes... Napoleón, que lo veía todo, les apuntó el catalejo. Rodríguez, que lo espiaba todo, temeroso, dijo a su compañero: ¿Nos observa? va a sospechar que somos espías... A lo mejor estaba en lo cierto. Bajaron por el revés de la colina.

Años después, Perú de Lacroix dice que Bolívar recordaba estas andanzas como la grande universidad de su vida. Sentía la fascinación de la literatura napoleónica que trasladó luego a sus proclamas, le entusiasmaban los uniformes y el paso rítmico de la infantería y las cargas de caballería, y el trueno de los cañones, y le iba naciendo la pasión de hacer todo esto en sentido inverso. Que en vez de la conquista fuera la libertad, en vez del imperio la república, en vez del emperador el Libertador, en vez de Europa, América... Si él mismo alcanzó a vislumbrar todo esto, lo haría como visionario. Pero ya le estaba pasando la tentación de la gloria por el anillo del alma.

Y siguieron su camino. Hacia Venecia. ¡Es la misma Venecia que hace años visitó Miranda, y no es la misma! ¿Dónde están los cuatro caballos de oro que completaban el fulgor oriental de la basílica? Napoleón los desmontó de sus bases... para que sirvieran de ornato al Arco del Triunfo del Carrousel... Despojo apenas simbólico... Lo profundo fue haber destruido una república de siglos. El primer Dogo había sido proclamado el año 697. Venecia había sido el estado libre que se hizo Reina de los Mares luchando contra longobardos y bizantinos... Ahora, la entregaba Napoleón a los austríacos... Un vínculo sentimental ligaba a los dos caraqueños a Venecia: De ese nombre había salido el de Venezuela... En el discurso de Angostura dijo años después Bolívar: ¿Qué república ha excedido en duración a la de Venecia? Al formular la pregunta la imaginación se le iría hasta el alma, pensando en el emperador que la destruyó, en el robo de los cuatro caballos de oro que le hicieron ver, desportillada, la más graciosa catedral del mundo...

Diez años después, en Kingston, Bolívar se entera por unos diarios de Londres, de Waterloo. Los ejércitos aliados han entrado a París. Luis XVIII sube al trono... Napoleón... ¿dónde está? Se dice que trata de escapar a América. “Ha pensado, dicen, en Estados Unidos, México, Caracas... Iré a Caracas, y si allí no me encuentro bien, a Buenos Aires, a California... a donde pueda escapar a la maldad y la persecución de los hombres...” Habla como cualquier emigrante en perspectiva... Descubre que América tiene un valor que no sospechaba... Bolívar escribe al presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada: “Si es verdad

(irrman

que Bonaparte ha escapado de Francia, como se asegura, para venir a buscar un asilo en América... cualquiera que sea su elección, ese país será destruido con su presencia. Con él vendrá el odio de los ingleses a la tiranía; el celo de Europa hacia América, los ejércitos de todas las naciones seguirán sus huellas... Si el último golpe que puede recibir nuestro infeliz país viene a suceder, quiero decir, si Bonaparte arriba a nuestras costas, sea cual fuere su fuerza, sea cual fuere la política que se proponga seguir, nuestra elección no debe ser dudosa debemos combatir a Bonaparte como el precursos de mayores calamidades..."

Siguieron caminando... Ferrara, Padua, Bolonia... Ahora se oían ciertas voces de nuestra pura América. Los jesuítas desterrados de Portugal, de España, de Francia, de la América Española, del Brasil, en Italia, en Bolonia sobre todo. hallaron refugio, hicieron escuela. Aun después de extinguida la orden, allá escribieron.

Volvieron los ojos hacia las antiguas grandezas indígenas H padre Clavijero sacó de entre sus cenizas a Montezuma. El padre Coleti, veneciano expulsado del Ecuador, pasó a ser uno de los descubridores de la ciencia geográfica de todos, el más atrevido fue Vizcardo, peruano, cuya *carta a los españoles americanos* decía cosas que vinieron a convertirse en el papel de la revolución: “La metrópoli nos separa del mundo y nos secuestra de todo trato con el resto del género humano, y a esta usurpación de nuestra libertad personal añade otra no menos vejatoria y dañina, o sea, la de nuestra propiedad...” Para dos curiosos viajeros que todo lo que querían ver y oír, les salían al paso,

caminando bajo las galerías que dan sombra y protección a las calles de Bolonia o de Padua, estas imágenes de la revolución, se les metían entre la carne y los huesos. En el corazón. Cuando llegaron a Florencia les pareció oportuno parar y hacer un pequeño curso de filosofía política para saber algo de las viejas tiranías y estar mejor iniciados antes de llegar a Roma que todo lo cuenta y juzga. En su propia cátedra, se quedaron unos días leyendo a Maquiavelo...

La embajada de Prusia en Roma

Y ¡llegaron a Roma! Por circunstancias singulares, uno de los puntos de referencia para Bolívar iría a ser la embajada de Prusia. Era embajador el ilustre Guillermo Humboldt, hermano de Alejandro. Este, precisamente, se encontraba en Italia, y se daba así la oportunidad de reanudar los diálogos de París. El salón de los Humboldt en Roma era un rincón desde donde el mundo se veía de otra manera. Alemania, sobre todo con sus músicos y con Goethe y con Beethoven estaba infundiendo un espíritu tan ardiente en las letras y las artes y que Madame Stael, cuando regresó a Francia de su viaje por el Rhin, desató en París las claves del romanticismo. Ahora ella misma, desterrada, era de quienes frecuentaban el salón de los Humboldt. Como el historiador Sismondi. Como los escultores Rauch y Thorwaldsen cuyos bronces ya estaban anunciando en Roma los nuevos tiempos, a la sombra de los antiguos que tenían por corona la estatua de Marco Aurelio. Los grandes románticos, Goethe, Chateaubriand, hacían de su viaje a Italia peregrinaje obligado. Un jardín romántico, para serlo de verdad, tendría que reflejar en las aguas del estanque alguna ruina romana y mezclar la

melancolía y la esperanza. Roma estaba llena de palabras de Chateaubriand. La historia de átala, enseñada por don Simón Rodríguez en su escuela de París, mostraba el puente romántico que unía la naturaleza del Nuevo Mundo, con sus indios puros, a los idilios de la Francia idealista. Todos, en realidad miraban ahora, románticamente, a la América naciente. Ya en Alemania, Goethe y Humboldt, hablando de las tierras y los hombres que el viajero había visto en el Orinoco, en Panamá, en México, en Cuba, en Estados Unidos... discutían sobre las cosas futuras: la apertura del Canal de Panamá, la emancipación. El gran Volney escribiría en la primera página de *Las Ruinas de Palmira* estas palabras que Bolívar recordaría en el discurso de Angostura: "A los pueblos nacientes de las Indias Castellanas, a los Jefes generosos que los guían a la libertad: que los errores e infortunios del mundo antiguo enseñan la sabiduría y la felicidad al Nuevo Mundo..."

En un salón de Guillermo Humboldt estas cosas formarían un fondo de luces y misterios que para los sabios eran parte del movimiento qué se proyectaba por encima de las revoluciones, Humboldt había anunciado el papel que iban a jugar los jóvenes hispanoamericanos. Ahora se volvía a encontrar con Bolívar, pero un Bolívar tan distinto, tan madurado que apenas si recordaba al de sus encuentros en París. Era la secuencia natural de un diálogo que le intrigaba. ¿Pudo, esta vez sí, imaginar que ese joven de veinte años iba a ser el gran protagonista de la obra cumbre del romanticismo en el mundo, la Independencia de América?

Para Bolívar, lo que salió del salón de Guillermo Humboldt fue una variante insospechada del viaje que

había iniciado con Simón Rodríguez. Otro viaje a pie, con otra cumbre al fondo, y otros interlocutores. ¡Irían a Nápoles, al Vesubio, Humboldt, Gay Lussac y Bolívar! ¿De qué hablaron en el camino estos sabios con el caraqueño? ¿Qué tiene que ver el muchacho de Venezuela con dos hombres de ciencia que van a observar el cráter de un volcán? La mayor parte del tiempo caminaron solos Humboldt y Bolívar. Hay que deplorar que ningún registro quedará de sus conversaciones. Pero no es difícil adivinar el tema. El dialogo de París había quedado interrumpido, cuando Humbolt confió al caraqueño su certeza y su duda: América española tendrá que independizarse —he aquí la certeza— pero ¿quién ha de ser su libertador? —he aquí la duda—. Siguieron meses de silencio. Volvieron a encontrarse. Por fuerza se volvió al mismo tema, ya con un nuevo Bolívar... La correspondencia de quince años después, cuando Humboldt se inclinaba con admiración ante el hombre que había libertado el continente. podría indicar que algo parecido al juramento del Aventino dejaría en expectativa al prusiano curioso, en la excursión al Vesubio.

La sandalia del pescador

Faltaba por decir que ese camino entre París y Roma de los caraqueños, también, en carroza, lo había hecho Pio VII, a quien ahora Bolívar vería en su palacio del Quirinal. No iba ser la primera vez que sus ojos penetrantes de sudamericano impertinente tuvieran por delante la imagen de este Pontífice a quien esperaban las más tristes jornadas. Ya lo había visto coronando a Napoleón en Notre Dame... Ahora iría a visitarlo en una Roma vuelta al revés. Cinco o seis años antes, bajo la

presión Napoleónica, se había proclamado la república. El general Cervina había ofrecido a Pio VI una pensión de 300.000 liras a cambio de que aceptara la Constitución Civil. Pio VI tenía 81 años. “Sobre mi cuerpo tenéis todo poder —respondió—, pero no sobre mi alma. No necesito: de pensión alguna: un báculo en vez del pastoral y una túnica ordinaria bastan a quien debe morir con cilicios, bajo cenizas...” Los franceses habían puesto a perorar a los anticlericales en Roma, se sembraban árboles de la libertad frente a los palacios de los cardenales, se cantaban canciones subversivas por las cajo VI fue hecho prisionero y llevado camino de $_{f}$ Murió en el camino, en Valence, el 29 de agosto de última voluntad: que el colegio de los cardenales se reunirá en la ciudad mejor dispuesta para reunir el mayor número. Se juntaron en Venecia. El cardenal Lorenzana, arzobispo de Toledo, tío de quien más tarde vendrá a ser plenipotenciario de Colombia en Roma, pago los gastos del conclave. Y así, hacía apenas cinco años, bajo fatídicos signos, fue elegido Papa el Cardenal Chiaramonte. Tomó el nombre de Pio VII… En 1800, era tal el estado de la iglesia que no se celebró, como tocaba, el jubileo…

Napoleón había entrado en Italia haciendo discursos con programas de la revolución. Acabaría en Roma con las supersticiones y el culto... Pero vio que por ahí no era la cosa y en el momento en que se declaraba terminado el poder temporal del Papa, se reconocía su poder espiritual. En Florencia entraron los soldados franceses con ramos de olivo en los fusiles... Eso sí, el pueblo corría por las calles gritando ¡Viva la Religión!, Viva María!” Lo mismo en Nápoles. Napoleón declaró que una nación sin religión no podía existir. Propuso un

concordato, que Pio VII aceptó. E hizo que fuera a París a coronarlo... Tres años después, lo llevaría prisionero a Francia...

El embajador de España, Vargas Laguna, era tan cercano a Pio VII que en Roma se le tenía por una de las columnas en que se apoyaba el Pontífice. Acabaría siendo arrestado por los franceses y llevado a pasar unos años en el castillo de-Vincennes, como Pio VII los pasaría en otro lugar... Cuando Bolívar se acerca a la embajada de España lo hace en él entreacto de estas desventuras. Es él viudo de la hija del marqués del Toro, a quien en Madrid habían recibido hasta los más cercanos a la familia real. El embajador conviene llevarlo a presencia del Papa. O'Leary en- sus Memorias cuenta que Bolívar, contrariando al Embajador, se negó a besar la sandalia de Pio VII… Era la primera experiencia americana para el embajador Vargas Laguna. La recordaría veinte años más tarde cuando asumió la ofensiva contra la emancipación de las colonias americanas, y logró que el Pontífice hiciera salir de Roma al enviado de Colombia y se abstuviera de reconocer representación alguna a esa que se decía república y no era sino el engendro de un alzado –Bolivar- a quien pronto pondría en su puesto de pacificación española…

El espejo de terracota

La Roma que visitan los dos caraqueños no tiene nada que ver con la de hoy. Verdes eran entonces las siete colinas. De huertos y jardines cubiertos. La palabra "villa" viene de viñedo. V entre viñedos, pinetas y jardines las que estaban en las faldas de los montes más que mostrarse se escondían. Entraban por la hondonada que

va de Santa María in Cosmedín al Coliseo, cabras y rebaños de ovejas. Donde hoy vemos policías de tráfico, pastores con sus cayados y cornamusas. Olían a campo los Foros cubiertos de maleza. Carretas cargadas de heno llegaban a la plaza del Tritone para que bebieran en la tazona de la fuente las yuntas de bueyes, bueyes de enormes cornamentas en forma de lira. Entre frescas matas de acanto yacían columnas que fueron de templos y palacios. Por estrías y capiteles, corrían las lagartijas, se deslizaban los gatos, tejían sus telas las arañas... Todo esto lo vieron Shelley, Keats, Goethe... hasta Berenson a comienzos del 900...

Por entre esas piedras románticas se paseaban una tarde los dos caraqueños. Habían mojado en vino de los Castillos la comida del mediodía, que la cocina romana mantiene con reminiscencias más de los pastores que de los cesares.

Se detuvieron para ver en los relieves como habían entrado los ejércitos de Tito. Pasarían un buen rato desenvolviendo la historia que en forma de rollo de piedra está contada en la columna de Trajano. Les daría para horas evocar la muerte de César, los discursos de Cicerón, la fábula de los pájaros que hizo a Rómulo señor de la Roma Cuadrada... A cada paso verían que la historia, allí, se agolpa, y se ve girarla rueda de la fortuna. Rodríguez recordaría, años más tarde, a su manera, el discurso de Bolívar: “¿Conque este es, dijo, el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de laa piedad publica para ocultar la suspicacia de

su carácter y sus arrebatos sanguinarios. Bruto clava el puñal en el corazón de su protector para reemplazar la tiranía de Cesar con la suya propia, Antonio renuncia los derechos de su gloria de una meretriz, sin proyectos de reforma Si la degüella a sus compatriotas y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano cien Caligulas y por un Vespasiano cien Claudios... Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas, sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada".

Fue hundiéndose el sol. “Hay un momento en el crepúsculo en que las cosas brillan más..." Los ladrillos de los gigantescos muros, en ruinas termas y palacios, se encendían como carne de sandía, entre los pinos verdes, bajo el cielo azul. Las piedras del Coliseo y los arcos, las de las pocas columnas que aún quedan en pie. envueltas en las Hamas del tramonto, temblaban como la oración del Angelus. Los dos caraqueños bajarían por la hondura del Circo Máximo y comenzarían el ascenso del Aventíno, siempre hablando. O callarían al volver los ojos para ver lo que dejaban atrás. No hay en el mundo otro mirador que supere a este para evocar grandezas o miserias.

En dos colinas se resume lo que fue la Roma

antigua. La de Rómulo triunfante sobre la cual se yerguen la república y el imperio —el Palatino— y la de Remo asesinado por los secuaces de Rómulo, el Monte Sacro del Pueblo —el Aventíno— tierra de los Gracos y la democracia, de ¡a libertad y la dignidad irreductibles. Basta repetir en la tarde esa caminada, para ver como en Bolívar, trepando el Aventino» con el Palatino al frente, iría creciendo te romántica. La alimentaban tres artos de cortar en MI tierra frente a una Europa enciclopédica y revoluciona na. uncida al carro del Emperador. Un mundo viejo y contradictorio parecía mirarse en el espejo de terracota de las ruinar fe mismo espectáculo mágico de las Rumas de Itálica:

Donde, pues fieras hay, está el desnudo

luchador? ¿Dónde el atleta fuerte?

Todo despareció. Cambió la suerte

voces alegres en silencio mudo...

Juramento en el Aventino

La versión, difundida por algún historiador de que los caraqueños se hubieran ido, para hacer el juramento, hasta el remoto Monte Sacro del Anio, no convence. Tuvo que ser aquí, frente al escenario, de pie en el mirador. En todo caso, Bolívar ahí le dio palabras suyas, propias, al juramento de Cádiz, sacó a flote la substancia de los diálogos con Humboldt, dejó que estallara la ira comprimida que le habría dejado el paso por la corte de Carlos IV, se sentiría libre de los compromisos y ataduras que contenían al embajador Vargas Laguna. Puso a vibrar en el aire el sentimiento de lucha que ya exaltaba

sus íntimos deseos e hizo profesión de fe y esperanza en una América que estaba por descubrir, que él mismo iría a descubrir. El sería el Libertador. Exclamó, ante el perplejo don Simón Rodríguez: “¡Juro por Dios de mis padres, por mi honor, por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!” El juramento de un Quijote.

El juramento del Aventino, además de ser el compromiso de Bolívar de consagrar su vida a la liberación de América, es la respuesta a la Europa que ha conocido. Lo que d propio Aventino representa en la historia de Roma se apta a esa Europa donde ha visto concentrarse los privilegios de las monarquías, el despotismo de los emperadores, la negación de la democracia. Bolívar hace coro a los enciclopedistas, y anuncia una filosofía de América. El juramento hay que relacionarlo con unas líneas de la proclama dirigida a los soldados en vísperas de la batalla de Junín, es decir en la antesala de la victoria final que iba a sellar la guerra de Independencia: “Soldados!... aún la Europa liberal os contempla con encanto: porque la Libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. Vosotros ¡sois invencibles!”

En esto hay algo más que la Independencia de América. Es el nacimiento de la era democrática en el mundo. Las dos potencias contra las cuales se enfrentará a poco de comenzar su lucha en América van a ser España y Francia. Previene al presidente de la Nueva Granada contra la posibilidad de que Napoleón busque refugio en América, y se alza contra la España monárquica que podría imitar a Portugal trasladando su

corte a América. En 1812 se dirigía a los neogranadinos desde Cartagena, y les decía, pintando el cuadro que había conocido: “La España tiene en el día gran número de oficiales generales, ambiciosos y audaces, acostumbrados a los peligros y a las privaciones, que anhelan por venir, a buscar un imperio que reemplace al que acaban de perder... es muy probable que al expirar la Península, haya una prodigiosa emigración de hombres de todas clases; y particularmente de cardenales, arzobispos, canónigos y elencos revolucionarios, capaces de subvertir, no solo nuestros tiernos y lánguidos estados, sino de envolver al Nuevo Mundo entero en una espantosa anarquía. Los tránsfugas... que vienen a reforzar a los opresores (de Venezuela) ... levantarán un ejército... A este ejército seguirá otro todavía más temible, de ministros, embajadores, consejeros, magistrados, toda la jerarquía eclesiástica y los grandes de España, cuya profesión es el dolo y la intriga, condecorados con ostentosos títulos... Lo inundarán todo, arrancando las semillas y hasta las raíces del árbol de la Libertad de Colombia...”

El segundo regreso

Para ver lo que había que ver. con la experiencia de Italia quedaba cerrado el curso de información que había buscado. Lo que sigue son afirmaciones políticas que van precisando el deslinde entre el viejo mundo de las monarquías y el nuevo mundo de las democracias. Ya Bolívar surge como un interlocutor conflictivo en un París donde é| no tiene nada que hacer. Se despide de Rodríguez, qu$_e$ decide no acompañarlo en el viaje de regreso a Venezuela, En Hamburgo toma el barco que ha de llevarlo... a Estados Unidos. Tiene que darse cuenta de lo que ha sido la formación de la primera república democrática del mundo moderno. Boston, Nueva York, Washington, Filadelfia... Ca- da ciudad de estas le iba oponiendo imágenes que contrastaban con cuanto había visto en Europa. Resumió sus experiencias en pocas palabras: He visto por primera vez en mi vida, ejercerse la libertad racional. No había cómo comparar el optimismo, la democracia, la filosofía que se desprendían de las colonias emancipadas a lo que dejaba atrás en la Europa dominada por Napoleón. Fueron cuatro meses de experiencias que complementaban su formación política. En febrero de 1897 se embarcó en Charleston, con destino a la Guaira. Antes de salir de París había escrito a Teresa Tristán: “El gran Emperador acaba de invadir a España, y yo quiero ser testigo de la acogida que este acontecimiento va a tener en América”.

El peregrino ilustrado

Desembarca en La Guaira un extraño personaje

llamado Simón Bolívar. No tiene nada que ver con el joven viudo que en octubre de 1803 había zarpado con destino a Cádiz Este de ahora trae en su equipaje juramentos, enciclopedias, la crónica fabulosa de la Europa revolucionaria y napoleónica... noticias de la república americana, de la Roma papal... De la misma manera, la Venezuela que tiene a la vista el viajero no se parece a la que había dejado. Él llega para ver la acogida que tendría en América la invasión de España por Napoleón, y encuentra una sociedad madura para la revolución.

La sociedad ilustrada que Humboldt había encontrado en Caracas, se reúne ahora en la casa de Simón Bolívar para oír al recién venido. Llegan gacetas de Europa que Andrés Bello lee y comenta. Se tiene noticias del creciente progreso de los republicanos de Filadelfia. Se sabe de la agresión napoleónica a España, de la fuga a Rio de Janeiro del emperador de Portugal. De la resistencia del pueblo español... ¡Y llega la invitación a las Cortes de Cádiz! En Cádiz van a hablar por primera vez los americanos. En Santa Fe, en Guatemala, en Caracas... se redactan memoriales que afirman por primera vez los derechos de América frente a los representantes de la Península. Andrés Bello escribe el soneto a la victoria de Bailén. Para velar el tema de la independencia se suscriben actas de fidelidad al cautivo Fernando VII… Pero ya se ha dado un paso tan audaz como la primera expedición de Miranda, que salió de Estados Unidos a las costas de Venezuela, llevando la bandera, los papeles impresos, los primeros fusiles... Ahora Miranda está en Londres, reanudando sus gestiones para convencer a los ingleses que ayuden

a la independencia hispanoamericana. El grito del 19 de abril de 1810 en Caracas es de una altivez sin precedentes. Ya en La Paz y en Quito se habían producido gritos semejantes que fueron ahogados en sangre; ¡y en qué forma! por ahí se sabe que la guerra será a muerte, pero no se vacila. Ahora, Simón Bolívar es ya un líder. Se le designa para que vaya a Londres, con López Méndez y, será su secretario, don Andrés Bello... Será el último viaje a Europa.

El desquite de Inglaterra

El viaje a Londres surgió de las disputas en el salón de Bolívar. Inglaterra, desde los tiempos de Drake y la reina Isabel, desde la Invencible Armada y Trafalgar, ha sido cl rival de España. Ahora surgía como el centro de la oposición a Napoleón. La opción de Miranda yendo a Londres había sido obvia y certera. Bolívar, sin ver de cerca lo de Inglaterra, sin hablar con Miranda y devolverlo a la acción a Venezuela, no podría dar por terminado su ciclo europeo.

Inglaterra iba al gran desquite. Si Francia y España habían ayudado a la emancipación de las colonias americanas, si Napoleón había vendido a Luisiana para comprar armas contra Inglaterra, que se hundiera Napoleón y que España se quedara sin colonias. Todo esto pensado sin ira, con cautela, al cálculo. Miranda se había abierto camino por entre estas circunstancias, y ahora lo intentarían los enviados de Caracas. El gobernador de Curazao, general Layard, saludó a la junta revolucionaria de Caracas como a una potencia, y ofreció pedir la autorización a su Majestad Británica para proveer de armas a los revolucionarios. El

almirante Cochrane puso a disposición de la Junta un barco de guerra para transportar a Londres los comisionados. Bolívar llegó a la capital inglesa como un embajador. El sucesor de Canning, marqués de Wellesley, los hizo alojar en hotel de primera, y los caraqueños se movieron por la City como si su misión tuviera reconocimiento oficial. Bolívar, en la primera entrevista con el marqués, no ocultó la intención venezolana de emanciparse, así en las instrucciones que llevaba Se hablara de mantener fidelidad a Femando VII. El marqués, discretamente, lo contradijo, Las cosas debían ocurrir en dos planos. El tapado era la independencia. El destapado, el apoyo a Fernando VII. Inglaterra prestaba su ayuda a Fernando contra Napoleón, a cambio de que se le abrieran las puertas del comercio con las colonias...

La revolución americana tenía un hogar en Londres: la casa de Miranda en Grafton Square, sede de su logia republicana. Por ahí pasaban cuantos sudamericanos se preparaban a la revolución. Ahí conoció Bolívar a los grandes de Inglaterra, todos amigos de Miranda... Los periódicos les abrieron las puertas. A Bolívar le hizo un retrato el pintor de moda, Gilí. López Méndez se quedó en Londres, como Andrés Bello. Bolívar regresó primero. Luego Miranda...

Ahora sí iba a comenzar la lucha abierta... Lo que vino después en América corresponde a lo mejor en la historia de occidente.

El Gran romántico

Con el romanticismo la pasión humana toma una

dimensión lírica que lleva a las empresas más heroicas. Europa rescata su juventud, y en Va música, el teatro, la poesía, la novela. el amor. Va aventura... renacen ideales que se tenían olvidados. El fuego de este gran momento toma dimensiones universales. El nuevo descubrimiento de América lleva a revivir el mito del Buen Salvaje. Chateaubriand viaja a América para encontrar su mejor inspiración en las tierras vírgenes de los contornos del Niágara. Pero de todo cuanto como testimonio de ese entonces no hay obra maestra no hay sinfonía, no hay drama, no hay poema, no hay escultura que puedan igualar a la liberación de un continente. Lo vio claro Bolívar al entrar en la batalla final. Y lo vieron los europeos. Una que hiperbólicamente Bolívar de ingleses e irlandeses entró por el misterioso Orinoco a confundirse con los soldados bárbaros que llevaban banderas colombianas. Lafayette, el héroe de dos escribió una de sus cartas más notables para enviar a Bolívar la medalla con el busto de Washington, regalo de la familia del héroe del norte a su par en el sur. Pensaba la Fayette que unos Estados Unidos de la América Española, tan fuertes como los del norte, serían el mayor triunfo posible para la democracia del mundo. Al final de su vida le animo la ilusión de reestablecer la amistad entre Bolívar y Byron, desde Italia, no sabía si dirigirse a Grecia o a Caracas, para realizar su deseo de pelear por la libertad: la barca en que se movía por el mediterráneo tenía un hombre que era si símbolo Bolívar. David de A´ngers quiso que su gran monumento a Gutenberg, para la plaza de Stranburgo fuera el mejor símbolo de reconocimiento a la libertad de imprenta, y en uno de los lados del pedestal esculpió la imagen de

Bolívar en Angostura cuando imprimía “El Correo del Orinoco*', gaceta destinada a llevar al mundo las noticias de la creación de Colombia, El Coronel Wilson regaló a Bolívar el ejemplar del “Contrato Social’* que había pertenecido a Napoleón, y Bolívar lo legó a la Universidad de Caracas. Lector infatigable, Bolívar mantuvo hasta el último día vivo el interés lo mismo por los clásicos españoles y la literatura antigua que por los grandes del siglo de las luces. Como cuantos se habían entusiasmado en su tiempo por Rousseau, podía repetir con José Antonio de Rojas, el gran chileno tan entusiasta por los enciclopedistas: la revolución francesa es “el mayor escándalo que han visto los siglos”. Humboldt se sentía orgulloso de ver el triunfo de su compañero en el ascenso al Vesubio. Tenerani, que para Italia era lo que David d’Angers para Francia, hace en bronce o en mármol algunas de las mejores estatuas y bustos de Bolívar. No hay periódico de París, Londres, La Haya en donde no se sigan los hitos de la carrera militar de Bolívar con apasionado interés... Hasta que llega el momento en que en Madrid se inaugura el bronce que lo recuerda como una de las grandes figuras de la raza española.

Bolívar, a pie, recorrió media Europa acariciando lo que encontraba de más puro y noble en su historia. Ya es tiempo de que los europeos repasen ese mismo camino para oírlas voces más íntimas del Libertador de América, y reanimar con ellas el fuego sagrado de la Libertad.

Tercera parte

Entre el arzobispo y el terremoto

Caracas o la vitrina del Diablo

El 31 de julio de 1810 llegó a la Guaira un sacerdote catalán, Narciso Coli y Prat. Venía de arzobispo. Poco más de tres meses antes Caracas había asumido, el 19 de abril, su propio gobierno, ejerciéndolo a nombre de Fernando VII, prisionero de Napoleón; La nueva autoridad eclesiástica confiaba en lo único que podía tener por seguro: la Beatísima Virgen María Nuestra Señora; Lo que Narciso dejaba en la península era de sentarse a llorar. Garlos IV, qué te había escogido para lá metropolitana dé Venezuela, resultó el infeliz soberano arrodillado ante el emperador francés. Tres años tenía de haber recibido del monarca, hoy cautivo, el encargo, y sólo ahora podía venir a desempeñarlo^ “librado de los continuos peligros a que hemos estado expuestos en defensa de la Religión, del Estado y de la Patria, y salva portentosamente nuestra persona, nuestras Bufes Apostólicas... el pase del Real y Supremo Consejo de Indias, y él Real Ejecutorial...” Los martirios sufridos le llenaban el alma de temblor. Pisó la tierra venezolana, con algo de esperanza y algo de duda y la encontró ¡feliz de haberse librado del yugo del gobierno ¡español! La junta de Caracas decía gobernar a nombre de Fernando VII…Pero las cosas que se habían dicho en el acta del 19 de abril. En jueves santo hablando del pueblo soberano.

Venia eñ arzobispo representado un Estado que para los venezolanos era inexistente. La Regencia o lo que fuese “No puede ejercer ningún mando ni jurisdicción sobre estos países – decía el acta que vino a ser de la independencia – porque ni ha sido construido por el voto de estos fieles habitantes, cuando han sido

declarados, no colonos, si no partes integrantes de la corona de España, y como tales ha sido llamados al ejercito de la soberanía interina, y a la reforma de la constitución nacional. El derecho natural, y todos los demás dictan la necesidad de procurar los medios de conservación y defensa, y de erigir en el seno mismo de estos países un sistema de gobierno que supla las enunciadas faltas, ejerciendo los derechos de la soberanía, que por el mismo hecho a recaído en el pueblo... (Blanco y Azpurúa. T. II 391).

El pueblo —pensaba el arzobispo. Está bien como rebaño que mira a su pastor… Pero ¿Pueblo político nacido del infierno de Francia? Jamás. A azufre debió olerle que al recibirlo en la Guajira la Junta suprema de Caracas le ordenara el juramento, Negándose *in pectore,* juró: “Juro… ahora y según mi estado pastoral no reconocer en este arzobispado de Caracas otra soberanía que la del expresado Sr Fernando VII, representada en la suprema junta erigida en la capital de esta provincia con ei título de conservadora de los derechos de S M mientras dura el cautiverio de su real persona, o por el voto espontaneo y libre de sus dominios se establezca otra forma de gobierno capaz de ejercer la soberanía de todos ellos; en cuya conciencia prometo no observar ni cumplir otras órdenes ni disposiciones supremas de las qye hayan que tocar a esta Metrópoli, a la dignidad arzobispal…si no aquellas que emanan de la expresada Junta Suprema. Juro además, y prometo igualmente, defender la pureza original de María Santísima... (Blanco, Azpurúa , T. II 11-571).

Y echó a trepar, en muía, por el camino viejo hacia Caracas... Respiraba el aire cálido de la encendida selva tropical, y un vaho de azufre de todos los diablos. Como si pusieran el polvo amarillo del infierno entre el incienso. En la declaración de independencia figuraban, en primer término. los eclesiásticos: Cortés de Madarriaga el canónigo, y el presbítero José Félix Sosa.... ¿Qué clase de iglesia le entregaban? Llega a Caracas, y se entera de la misión enviada a Londres en busca de apoyo para la independencia... Habían salido Simón Bolívar, de la oligarquía caraqueña, como diputado principal. López Méndez como segundo diputado. y un maestro de idiomas, Andrés Bello, de Secretario. Este, años atrás, había trepado al cerro de la Silla con el alemán Humboldt, un llamado sabio que confundía la naturaleza con la revolución... Malo todo, ya en Londres, los de la misión llegaron derecho a la casa de Miranda, el masón, que en la capital protestante pensaba otra vez en la guerra que él mismo no pudo llevar de Coro a Caracas...

Todo andaba de mal en peor.... Lo que había visto en España era cuento de rosa al lado de esta Venezuela arrebatada. En las naves de una empresa vasca —la Guipozcoana, que en Vergara tenía laboratorios de física—, llegaban a La Guaira libros y gacetas... ¡hasta La Enciclopedia! En La Cuadra, una huerta dentro del recinto de Caracas, se hablaba en una como escuela filosófica —óigase bien: filosófica-— por maestros pagados por los de la familia Bolívar paira educar al muchacho que salió para Londres... A Bello lo habían ***sorprendido*** en la escuela, cuando estudiante, leyendo libros en francés. De otro maestro que escapó al celo del gobierno —Simón Rodríguez—, se había perdido la pista

desde el día que lo dejaron salir de la capitanía...

Apenas tiene cuatro meses de estar en Caracas Coll y Prat, cuando llegan de Londres, casi al mismo tiempo ¿quiénes? , Bolívar y Miranda! Todo está predispuesto para la revolución..,. Son cosas que vienen de atrás y ninguna anuncia nada bueno. Con los papeles de París —y de ¡Vergara y de Madrid*— llegan folletos de Haití, alzado contra el mismo Napoleón para independizarse ¡como Filadelfia y las colonias inglesas contra Gran Bretaña! Todo esto queda al fondo del juramento que le obligaron a prestar en la Guajira. Un español; peor todavía; un catalán, Picornett, ha hecho llegar a Venezuela, desde Guadalupe, la traducción de los Derechos del Hombre y del ciudadano… Y como si no bastara, circulan en la ciudad copias de la Constitución de los Estados Unidos… Esta pagina esta llena de signos de admiración, y sin embargo no bastan, las cosas son de espanto, y a Caracas se a lleva al diablo…

El correo revolucionario de Quito

Como si todos los caminos llevaran a Caracas, de Quito llegaron por el Correo de la muerte las noticias del 2 de agosto. “Un luto espontáneo cubrió a todos los habitantes de la capital de Venezuela...” Fresca estaba la pastoral del nuevo arzobispo del 15 de agosto, cuando se supo todo.

La cosa venía de atrás. La noche de navidad de 1808 hacienda del Marqués de Selva Alegre, cinco o seis criollos hablaron de cosas que, siendo secretas, se supieron Las autoridades les cayeron encima y los ilusos pasaron unos meses en la cárcel. Desde la prisión escribió el doctor Manuel Rodríguez de Quiroga cual

había sido el plan de Gobierno “para el caso de que, subyugada la España, faltare el legítimo soberano...”

La palabra Independencia que el arzobispo había oído de labios españoles cuando el alzamiento de Madrid contra los franceses, tomaba color de guerra en América, y, cosa inesperada, salía de San Francisco de Quito. Lo que el doctor Quiroga dijo en la hacienda de Chillo era brutal “Que América tiene derecho a la independencia en el caso hipotético de que llegare a faltar Fernando VII y no hubiese sucesor legítimo; que en tal caso, los pueblos de América tienen derecho a darse la forma de gobierno que más les acomode, y que, asa inferno, tienen derecho a designar sus propias autoridades...” (Jorge Salvador Lara: *Notas acerca del pensamiento de los próceres quiteños de 1909, Revista de Historia de América,* No. 99).

Los presos quiteños fueron puestos en libertad en el primer trimestre de ¡809. y en la noche del 9 de agosto se reunieron, ya en número de sesenta revolucionarios, en la casa de doña Manuela Cañizares. A nombre del pueblo, reasumieron la soberanía, se tomaron el cuartel Real, depusieron y apresaron a las autoridades españolas y nombraron las suyas... Despacharon proclamas a Lima y Santa Fe invitando a seguir el ejemplo de Quito americano. Los corregimientos de Ibarra, Latacunga, Ambato**,** Guaranda, Riobamba y Alausi reconocen a la Junta. No así los gobernadores de Cuenca y Guayaquil que se pronunciaron contra el nuevo gobierno. El golpe era para conservar la religión. el rey y la patria. Se trató de ganar al obispo de Cuenca, nombrándolo vocal nato de la junta, pero contra lo esperado se convirtió en general del real ejército, ofreció

las rentas del seminario y el patrimonio de los pobres para pagar las tropas...

¿Quién puede estar seguro en éstos reinos divididos? ¿Quién confía en los curas de la tierra que se alzan contra los obispos de España? En La Nueva Granada, ¿ha estado la Iglesia por los rebeldes dé Quito o por él Rey? Ese cura de Anapoima, ¡Nepomuceno Azuero, reuniendo conspiradores para sostener los atrevimientos de Quito! Como en Caracas el Canónigo Corles de Madariaga... Bien Lo hizo el santo Arzobispo Caballero y Góngora —Arzobispo y Virrey— para arreglárselas y que fusilaran en Santa Fe a los del Socorro cuando acababan con los estancos y las, sabia.? medidas del visitador Gutiérrez de Piñeres... ¿Para qué? Ahora la junta de Quito extingue el estanco de tabaco, rebaja el precio del papel sellado... ¿Están mandando los de abajó?

En Pasto contienen las tropas de Los rebeldes —los rebeldes ¡ya con tropas! — que a nado habían cruzado el Guáitara. Lima envía sus batallones de Pardos para someter a Quito y *lo mismo el* virrey de Santa Fé... Quinientos de Lima entraron a poner orden en Quito. Bendito sea el conde Ruiz de *Castilla,* que hizo desaparecer sin ruido la junta de los alzados, pero lástima que le hubiera faltado mano dura desde el primer momento... La geografía que va aprendiendo en horas un pobre arzobispo catalán desde Caracas... Don Juan José Guerrero entregó la presidencia de su gobierno maldito al conde Ruiz de Castilla “bajo la condición de que subsistiera la junta, permitiendo el jefe español, bajo su palabra de honor, absoluta garantía por lo pasado, y que intercediera con el rey y con el virrey, para que a

ninguno de los que habían tenido parte en la revolución se les siguiera perjuicio en sus vidas, empleos y propiedades...” La promesa se publicó por bando... Pensar que hay que hacer estas comedias para contener a los desgraciados... Y que en Quito se celebró en la calle semejante esperpento...

¿Y Ahora? A liquidar, como se debía, el negocio. A Sangre y fuego. Pero hay que ver cómo llegan a Caracas las noticias...

Las noticias de Quito

Lee el arzobispo las noticias de Quito, se sonroja, e indigna. Pero a los de Caracas» con el mismo papel, se les encrespa el patriotismo.

“Un procesó de más de cuatro mil fojas se formó en poco tiempo; en su seguimiento se oprimió y vejó de mil maneras diferentes á los supuestos reos, suprimiendo aquellos escritos en que hablaban con libertad, y alegaban los principios del derecho político: no entregándoles el proceso para hacer su defensa, y acortando extremadamente los términos. Morales fue el que se portó con más firmeza en todo el curso de la causa; en un calabozo, y bajo la cuchilla de los tiranos, siempre sostuvo que no había cometido un crimen en la creación de la Junta, y que no estando las autoridades de Quito confirmadas por Fernando VII eran jueces intrusos que no tenían autoridad para juzgarle. Morales por el temple de su alma, por su genio *y* por sus luces era digno de haber sobrevivido a aquella revolución lo mismo que Salinas Quiroga y algunos otros.

.”El fiscal Aréchaga pidió Pena capital y confiscación de bienes contra los principales

comprendidos en la revolución y presidio contra otros.

"El proceso fue remitido al virrey de Santa Fé para que pronunciara la sentencia. Entre tanto Fuertes, Aréchaga y sobre todo el comandante Arredondo con sus inmorales tropas tenían á Quito consternada. Los oficiales y soldados robaban frecuentemente, y cometían cuantos excesos acompañan la licencia y desenfreno militar, sin que el débil Ruiz de Castilla los contuviera. Con mucha frecuencia figuraban conspiraciones del pueblo para libertar á los reos, bien impelidos por el miedo, bien con el designio de arrastrar más víctimas a los calabozos. En una de estas figuradas conspiraciones el capitán español Don Fernando Barrantes, dio orden para que á la menor novedad que hubiera en la ciudad o en el cuartel de parte de los presos, los pasaran a cuchillo. Esta conducta llegó a causar en el pueblo de Quito mucha fermentación, la que anunciaba un movimiento terrible, pues también se difundió la voz de qué los mulatos limeños habían pedido licencia para saquear la ciudad por algunas horas, y en efecto comenzaron a robar en los barrios de Quito.

"Tal era el estado de los negocios cuando á las dos de la tarde del dos de Agosto tres hombres armados de cuchillos acometen al presidio urbano en que había seis soldados, un cabo y un oficial de Lima. Muere uno dé la guardia, el oficial herido y los demás huyen. Entonces los tres del pueblo abren los calabozos y ponen en libertad á los soldados que tuvieron parte en la revolución del diez de Agosto, Seis se arman de fusiles y penetran hasta la plaza mayor. Tan corto número no puede resistir y bien pronto la abandonan: libres de temor los soldados del principal comenzaron á matar á

cuantos encontraban del pueblo, aunque [fu]eran mujeres y niños atraídos por la curiosidad. Al mismo tiempo que el presidio, fue atacado el cuartel de prevención de los limeños por seis hombres del pueblo armados también de cuchillos: penetrando hasta el patio, cogieron fusiles, se apoderaron de un cañón que no pudieron disparar por falta de fuego, y pusieron en consternación a todos los soldados, los seis patriotas. fueron encerrados sin que pudieran auxiliarlos los hombres que salieron del presidio. Todos se batieron denondadarnente y uno de ellos mató con la bayoneta calada al capitán Galu que bajo al patio con su sable diciendo que hicieran fuego a los presos. Entre tanto la tropa auxiliar que había ido de Santa Fé y que tenían su cartel contiguo rompió una pared y bien pronto acabó con los cinco que hicieron prodigios de valor: el otro se salvó en uno de los calabozos de los presos en donde se había ocultado.

"Cuando ya los soldados feroces no tuvieron miedo, principiaron la más bárbara carnicería en los presos asesinándolos á hachazos, sablazos, y balazos, y forzando las puertas de los calabozos que aquellos habían cerrado por dentro del mejor modo posible: Morales, Salinas, Quiroga, Ascasubi, *el Presbítero Riofrio* y otros muchos hasta el número de veinte y ocho fueron sacrificados en las aras de la patria por el brutal soldado; ciego instrumento de los gobernantes españoles de Quito. Los asesinos los desnudaron después de muertos é insultaron sus fríos cadáveres.

"Durante la carnicería los oficiales españoles se estuvieron encerrados cobardemente en el palacio; solo el capitán Villaespesa quiso ir al cuartel y en el camino le acometió uno del pueblo con un cuchillo y le quitó la

vida. Terminada la matanza, la tropa que ascendía a setecientos hombres de Lima, Santa Fé y otros puntos, se formó y preparó la artillería. El capitán Barrantes gritaba como un loco en el pretil de palacio que mataran á tes quiteños. El pueblo se acercaba por curiosidad y tes soldados asesinaban á cuantos podían; las patrullas que salieron por las calles hacían lo mismo: Una conducta tan bárbara como criminal exaltó hasta lo sufrió los ánimos de los habitantes de Quito; los del pueblo con armas blancas acometían por las calles á las patrullas que no eran numerosas, y así mataron á varios soldados. Estos quitaban también la vida a viejos, mujeres y niños, y á cuantos encontraban por la calle, o veían en las ventanas y balcones. Los moradores de los barrios de Quito, especialmente del de San Roque, iban ya reuniéndose en masa para atacar ña tropa con armas blancas, palos y piedras; entonces el presidente y sus satélites que temblaban por su suerte, enviaron a suplicar al obispo que saliera a contener el pueblo; lo ejecuto en efecto y recorriendo las calles y los barrios apaciguo a los habitantes, los desarmo e hizo retirar a sus casas. Libres los soldados de Fernando VII, especialmente los limeños. del terror que les inspiraba un movimiento general del pueblo mataron á sangre fría a unos pocos presos que había en el calabozo del presidio, y que no habían querido huir, y comenzaron a saquear las tiendas y casas más ricas de los alrededores de la plaza. No hubo jefe alguno que los contuviera, por el contrario Barrantes y otros muchos participaron del botín que ascendió a más de trescientos mil pesos: dos solos propietarios, Don Luis Cifuentes y Don Manuel Bonilla perdieron cada uno cerca de cincuenta mil pesos, además de todos los muebles que despedazaron los

soldados sin utilidad alguna y solo por destruir.

"Mientras que el obispo con su clero apaciguaba al pueblo, el presidente hizo poner una horca en la plaza. Por sugestiones de Don Pedro Calisto, americano infame, se iban á colgar en ella los fríos cadáveres de Morales, de Salinas, de Quiroga y de ©tros de tes sacrificados en el cuartel. Esta bárbara idea, digna de ser cumplida por tes *jefes españoles que* abrieron la dilatada carrera de crímenes que estos habían de cometer en la guerra de la independencia, fue abandonada por la interposición del obispo doctor Cuero y de su *provisor* Caycedo, también americano. Pero el saqueo se continuó por la noche.

"Ruiz *de Castilla,* Fuertes, Aréchaga, el regente Bustillos, Arredondo y sus oficiales manifestaron la mayor complacencia por el asesinato de los presos, de los que perecieron veinte y *ocho, salvándose solo nueve:* según algunas memorias coetáneas, en las calles murieron del pueblo ochenta *personas,* entre *ellas trece* niños y tres mujeres. De los *soldados cerca de cien inclusos dos* oficiales, pero otras *judiciales bastante auténticas,* aunque formadas por orden del presidente Ruiz de Castilla, solo hacen subir el número total de los patriotas muertos a veinte y siete: el de los realistas a trece, e igual número de heridos. Los patriotas quisieron aumentar los muertos y los Españoles disminuidos.

"Viendo que lo» ¡efe» y su» compañeros se regocijaban con los asesinatos de los infelices presos, todo el mundo creyó que los soldados tenían orden para cometerlos, y se sabe que Barrantes la habla comunicado en los días que precedieron, para el caso de cualquiera movimiento popular. (Blanco y Azpurúa, T. II.

p- 577)

En la iglesia de Altagracia

“En el crucero de la iglesia y bajo un majestuoso baldaquino formado por cortinas negras pendientes de los cuatro arcos, tachonadas de lágrimas de plata y airosamente apabellonadas, se elevaba un catafalco cuya forma arquitecto' nica era la siguiente: sobre un zócalo de ocho varas de frente y tres de alto, estaba colocada una urna cineraria de jaspe cenizoso: de la cúpula salía una repisa de jaspe negro sobre ella se elevaba una pirámide de la misma piedra de la urna, de ocho varas de alto, y terminada por un vaso etrusco en el que ardía la antorcha sepulcral compuesta de aromas igual que a las cuatro que adornaban los ángulos del monumento, elevadas sobre el almohadillado de los ángulos del zócalo principal”. (Blanco y Azpurúa, T. II. p. 667).

Se había escogido la iglesia de Altagracia como la más espaciosa, elegante y capaz de Caracas, y este arreglo arquitectónico era como la oportunidad ofrecida al genio artístico de los venezolanos para que mostrara en este monumento las bellas cualidades morales de los americanos. Delante de la urna sobresalía una lápida que servía de apoyo al Genio de la humanidad doliente, representado en dos figuras abandonas al dolor más acerbo. A los costados de la urna, en letras de oro, se pusieron inscripciones en latín: *Exurge Domine —Et judica causam tuam... Vivent mortui tui; — Interfecti mei resurgent...*

En este templo se concentraba el duelo de

Caracas... Los poetas desataron su inspiración. “Escuchadles ¡oh sombras —que en el excelso olimpo— Gozáis ya venturosas: El galardón a la virtud debido... Recibid el tributo —-De angustias y suspiros—, con que al cielo se quejan —Vuestros hermanos de dolor transidos...** Estas endechas reales de don Ramón García de Sena no agotaron su numen, que se expresó en el madrigal que comienza: Fúnebre arquitectura pavorosa —Do en polvo convertido —El hombre al fin reposa— En el eterno sueño del olvido. —Y para siempre deja los afanes: —Venezuela llorosa— Hoy te confía los ilustres manes —De los héroes de Quito desgraciados...” El Licenciado Vicente Dalias terminaba así su Madrigal: Mirad sus ruinas... Mas regad en tanto, —De tan dignos hermanos —El sarcófago triste y sacra pira, —Del más ardiente y doloroso llanto...” Pedro Vicente Rolichón escribió un soneto y luego unas endechas: Sus castas y virtuosas —Mujeres imploraron —Perdón inútilmente —Sus ojos hacia el cielo levantando...”

Y el arzobispo de Caracas, atortolado... El Catafalco y los sonetos y las endechas son símbolos de una protesta republicana que tiene su expresión dentro de la iglesia misma. La matanza de Quito se hizo para ahogar en sangre el primer grito de independencia, anterior al de Caracas o el de Bogotá, y lo que el primado de Venezuela siente, oye, ve y palpa es una rebelión que pasa de sorda a vociferante, que va de las plazas a los templos. A ver estas cosas le envió Carlos IV, el rey a quien llaman el idiota, el estúpido... Las Juntas americanas todas publican la revolución y de sus entrañas infernales salen los agresivos canónigos y frailes y curas para enfrentarse a los obispos designados

por el Rey, con bulas del Papa... En Santa Fé de Bogotá la Junta nombra diputados para la asamblea que va a dictar la constitución del Estado Independiente, y entre ellos están los presbíteros Torres y Peña, Martínez Meló, Vicente de la Rocha, Tomás de Rojas, Antonio García, y los frailes Manuel Rojas, Juan José Merchán, José de San Andrés Moya, Antonio de Buenaventura... Sí por Bogotá llovía, en Caracas no escampaba… ¿Quién ignora que el dedo del Canónigo Cortes de Madarriaga acabó en Caracas, con el gobernador Emparán? ¿Qué este chileno está en el corazón de la revuelta? ’

La matanza de Quito fue el primer lazo que unió a los republicanos que formarían la Gran Colombia. El Vicepresidente de la Junta de Bogotá escribió al propio Conde Ruiz de Castilla: “Dios mueva el corazón de V.E. para arrepentirse de sus errores, y derrame las consolaciones que esta ciudad desea sobre las viudas y huérfanos que hoy riegan con sus lágrimas el suelo de la desolada ciudad de Quito…” Y en un manifiesto a los granadinos: “Salinas, Morales, Quiroga y sus dignos compañeros no existen. Su memoria será eterna en los anales de la tiranía de los verdugos y en la historia de nuestros padecimientos. Una fama inmortal rodeará sus sepulcros, y lámparas inextinguibles arderán sobre sus cenizas. ¿Pero sus viudas y huérfanos? Los honrados vecinos de Quito sacrificados al bárbaro cuchillo de la canalla más vil de Lima, de sus inmorales soldados, del feroz Galup; ¿dónde hallarán consuelo?

El homenaje de Caracas a la memoria de los sacrificados de Quito fue más allá de una demostración oficial. Los caraqueños se apresuraron a desahogar su sensibilidad y antes que el gobierno decretase el duelo

nacional se abrió una suscripción para disponer las suntuosas exequias... Las inscripciones que adornaban el templo eran como ésta: '.'La virtud solo puede hacer honras fúnebres a la humanidad oprimida. ¡Ciudadano de Venezuela! al entrar a este templo, purga tu corazón de los vicios que lo corrompen, ama la libertad; detesta la tiranía; y así solo podrás regar con flores la tumba de tus hermanos, y unir tus lágrimas al canto lúgubre que entonan tus compatriotas..." [s]

Estos ingleses tolerantes...

No faltaba más, sino que ahora viniéramos a caer en la ¡tentación de la tolerancia religiosa! La ha propuesto desde las páginas de la Gaceta de Caracas un irlandés, Guillermo Burke. Dios silbe cómo ha podido entrar en la mente de un nacido en la isla católica, hablar de tolerancia de cultos, puerta que se obre al diablo. Pensando así, el arzobispo catalán encomienda a los canonistas de mayor autoridad la refutación del documento inglés. Hay que volver por la intolerancia, parte noble de la grandeza española, y decirlo claro: la intolerancia es enteramente conforme al verdadero espíritu de la caridad evangélica. El arzobispo siente la garra de satanás sobre su corazón leyendo al irlandés descarriado.

Las obras malignas... Las finezas que usa satanás para insinuarse en las asambleas de los incautos... El arzobispo Ice y se le sube la sangre a la cabeza: "¿Por qué no se ha de ser permitido dirigir mis débiles palabras al numeroso y augusto clero de la América Meridional? Yo les rogaré por los intereses de la Patria, de quien todos ellos son hijos, que no opongan el escrúpulo al espíritu de una amable tolerancia. Les manifestaré que

es necesario a este país el ingreso de muchos extranjeros, que traerán consigo los elementos de la fortaleza y prosperidad nacional, las artes, las ciencias útiles de que necesita, y que no puede recibir sino de afuera. Yo les suplicaré, a nombre de la Santa Religión que profesan, y de las lecciones de caridad y benevolencia que su divino fundador dio a todos los hombres, que reciban a los extranjeros que vengan a vivir entre ellos; no para hacer una coincidencia de opiniones, sino como amigos, como hermanos, como hijos de un mismo Dios, que abandonan su país natural, sus más caras conexiones y amigos, que emprenden el dilatado viaje a este mundo occidental, para contribuir don sus labores, sus industrias, y sus talentos, de concierto con los hijos de América, a elevar a este alto grado de prosperidad que prometen su extensión y medio naturales, bajo los auspicios de un gobierno sabio, patriótico y liberal...” (Gaceta de Caracas).

El arzobispo pone a trabajar a los frailes de San Francisco de Valencia, al doctor Antonio Gómez, a una comisión de la Real y Pontificia Universidad. El mal ¡inglés! Peor que el mal ¡francés! Las cosas de Burke están inspiradas en el gobierno de Estados Unidos, que el encuentra sabio, patriótico y liberal. Las respuestas pedidas, que van llegando una a una a su Ilustrísima, coinciden con la opinión que se ha formado para su uso personal. Los frailes hacen la apología de la intolerancia con un fuego divinamente inspirado. “Señor Ilustrísimo: por todas partes se acomete a la Iglesia. Los impíos la insultan, los innovadores la despedazan; pero no todos a cara descubierta. Satanás, Padre antiguo de la mentira» que» como observó San Agustín, unas veces entra descaradamente y por fuerza, como León furioso; y otras

como serpiente astuta, arma lazos a la sencillez y la inocencia y ha venido a lograr el tener discípulos en todos los Estados. El proyecto de introducir la tolerancia en nuestra Provincia lleva el veneno de la serpiente astuta... Hay que exclamar con el Profeta: El zelo de vuestra casa me consume; y los oprobios de los que os insultan han recaído sobre mi... (Blanco y Azpurúa, T. III. p. 102).

¿Y Venezuela? “La religión dominante en la Provincia de Venezuela nos hace creer que hay un Dios, que tenemos alma racional, que hay Purgatorio e Infierno: en donde domina esta creencia, es incompatible tolerar Religión que no lo crea... En la provincia donde hay tolerancia pública para todas las religiones, se puede dudar que tengan alguna firme. Esto mismo creen muchos en cuanto a Inglaterra, Norte América y otros Reinos tolerantes. Quien cree en Dios de veras, y le ama, debe aborrecer de corazón al que por sistema se burla de su Sacrosanto nombre, y no cree en su existencia. Tales son los Filósofos del día. ¿Quién podrá tolerarlos?” (Blanco y Azpurúa, T. III. p. 44).

La Santa Intolerancia

Cuando el rector don Vicente Maya llegó con los pliegos, el arzobispo lo vio entrar y dio un suspiro de alivio. No necesitaba leerlo si sabía ya la receta para exorcizar al diablo de la revolución. Pero era buena esta confirmación. El rector llevaba la placidez de la doctrina en la sonrisa. Don Juan Nepomuceno había cumplido con aplicación, esmero y eficacia la (área y en LXV1 capítulos daba al traste, como Dios manda, con la Tolerancia Religiosa de Burke, error capital tanto más perjudicial cuanto que finge apoyarse en el deseo de la

más pura caridad cristiana... Burke había escrito sus maliciosas proposiciones en la Gaceta de Caracas. y la real y pontificia universidad de Caracas tomó a su cargo la refutación. Era el momento de salirle al paso a la filosofía de las luces antes que prendiera en Caracas. El católico irlandés de la Gaceta, haciendo un discurso sobre la Tolerancia, mostraba su poco conocimiento de la historia de España. He aquí, señor Burke, ¡la verdad! La Religión fundada en el testimonio de las Santas Escrituras ha enseñado siempre que la autoridad de los Reyes es derivada del cielo y que las personas de los Reyes, aun siendo tiranos, son inviolables. La voluntad de los Reyes es la del mismo Dios.

El cristianismo no está reñido con los derechos del hombre y de la sociedad, sino en cuanto los filósofos de nuestros días abusan de ellos para turbar y aniquilar la sociedad. La Inquisición es un tribunal autorizado por la iglesia, y por el Príncipe. San Pablo es enemigo declarado de la tolerancia política-religiosa. Toca al celo cristiano impedir la comunicación con los herejes, como toca a la sana política impedirlo. El ejemplo de la conversión de San Agustín nada prueba en favor de la tolerancia. Los Hugonotes y demás protestantes deben justamente ser perseguidos. El gobierno de Estados Unidos de América es en cierto modo un gobierno sin Dios ni ley religiosa... La masa del pueblo Anglo Americano presenta la imagen de una gran Logia Francomasónica. Reunidos hombres de todos los climas y países de todas las lenguas y creencias, por una monstruosidad sin ejemplo en la historia del mundo, más bien, por un secreto que tarde o temprano se revelará, si es que ya no lo descubren los políticos, no trata más que edificar y plantar. Se vive como si no se muriera, se

muere como si no se hubiera delinquido, el Cielo es una farsa, la eternidad un sueño, la muerte no más que el término de las miserias de la vida.

¡Qué bella ocasión para inculcar esa moralidad tan blasonada de los Anglo-Americanos!...

El arzobispo sintió infinito descanso de conciencia cuando leyó las últimas palabras del maravilloso escrito. ‘‘Por lo que concluiremos aquí nuestra *Refutación,* hablando al pueblo de toda la América Española con aquellas palabras del propio Apóstol S. Juan a Electa, y a todos los verdaderos fieles de Jesucristo: Si alguno viniere a vosotros y no os enseñase esta misma doctrina, no le recibiréis en vuestra casa, ni le saludaréis: porque el que le saludare se hace cómplice de sus obras malignas…”

El 6 de junio de 1811 recibió el arzobispo el papel, lo leyó con regocijada y belicosa emoción, y de su puño y letra escribió: “En cuanto a nos toca, puede imprimirse, (Blanco y Azpurúa, T. III para esta y las citas anteriores).

Y se nos vino la revolución...

A pocas cuadras de la casa del Arzobispo estaban los del club endemoniado... Habíase establecido en la capital una sociedad bajo el título de “Patriótica”, cuyas sesiones eran públicas, y sin duda, brillaba en sus miembros bastante ilustración, y en alguna bastante elocuencia en la tribuna: fueron sus promotores y primeros directores el General Miranda y el Coronel Bolívar, aumentándose considerablemente el número de sus miembros. Sólo eran rechazados aquellos que no tuviesen buena conducta y calidades sociales. Las

sesiones muchas veces fueron adornadas con la concurrencia del bello sexo. La sociedad se hizo odiosa para los enemigos de la marcha que emprendía Venezuela, porque en ella se declamaba contra la tiranía del gobierno dé la Metrópoli...

Un club como los de ¡París revolucionario! Por primera vez en Caracas se pían discursos alevosos contra la Majestad del Rey. Se decía que era una contradicción adoptar principios republicanos, establecer una confederación de Estados con un Congreso y un Poder ejecutivo federal y titularse conservadores de un rey cautivo... ¿Pensaban acaso estos venezolanos de Caracas que podían repetir lo de Filadelfia? ¿Cómo era posible seguir permitiendo la circulación de folletos republicanos? La Sociedad se inflamaba con discursos y encontraba tímido al Congreso que iba a hacer la Nueva Constitución. Se acercaba Julio, el mes de las fechas revolucionarias, y en la Patriótica se urgía por la declaración de independencia absoluta pidiendo que fuera el 4 julio. para repetir lo de Filadelfia. El 14 de Francia era cava cosa, eclipsada con el imperio de Napoleón enlodada con el terror de la guillotina. La meta era la libertad absoluta x la tolerancia que abría la puerta al maravilloso de los Estados Unidos del Norte. Se decidió pedir a. Congreso que admitiera a un miembro de la patriótica que hablara el 4 de julio... El arzobispo debió sentirlo una. bofetada...

Bolívar, el orador de la Patriótica, venía de la más rica y noble familia española de Caracas. ¿No habían gozado los bolívares de los privilegios de los buenos en la capitanía? ¿Qué víbora le había inyectado él veneno al que trajo de la Corte la bella hija del Marqués del

Toro? Y ahora.... con discurso! Nunca antes Simón Bolívar había hecho oír su voz en una asamblea, y ahora estrenaba con una violencia que ponía pálido al arzobispo Va Patriótica pretendía formar como un solo con el Congreso e infundirle su fuego infernal. Y pensar que quien arrimaba el tizón era Simón Bolívar.

> “No es que hai dos Congresos. ¿Cómo fomentarán el cisma los que conocen más la necesidad, de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva y para animamos á la gloriosa empresa de nuestra libertad; unirnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía, ayer fue una mengua, hoi es una traición. Se discute en el Congreso nacional lo que debiera estar decidido. ¿Y qué dicen? Que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda á. Bonaparte sus esclavos o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres. Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma ¿no bastan? La pinta patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oir á la junta patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sur-americana vacilar es perdernos.
>
> “Que una comisión del seno de este cuerpo lleve al soberano Congreso estos sentimientos”.

El 4 de julio

Fue el primer terremoto. Nombró La Patriótica al doctor Miguel Peña para que llevara su voz al congreso, tal como lo había pedido el “ciudadano” Simón Bolívar. Esto era ya más que Filadelfia. Era la pura Francia, el París de los clubs que hablan tornado las iglesias... Y el Congreso, una asamblea que se dejaba penetrar de los de la Patriótica: el doctor Peña tomaría asiento como cualquier diputado y hablaría a su antojo. Comenzó la sesión. Para comenzar se leyó el no de la constitución de Filadelfia. Luego, cuando el doctor Peña habló, cada una de sus palabras debió caer como pedrada en el Arzobispo que pensaba de Estados Unidos como una gran Logia masónica azufrada. Ahora se quería lo propio para Venezuela. La Patriótica se había carado para lo: contra la tiranía española, “seguir la con- de los Estados Unidos del Norte”.

Echado de la silla el gobernador español, virtualmente se reflejaba en la majestad del arzobispo la grandeza del imperio y rotare ella vaciaba el doctor Peña estas primeras patata» de su discurso, como quien tira lodo; “Cuando echamos ojeado sobre la historia política de Venezuela, hasta el 19 de abril del año pasado, se nos presenta luego el teatro más horrible que el despotismo con lodos sus atributas ejercí su impera? de ferocidad por más de trescientos seremos la humanidad degradada hasta aquel punto de impotencia moral que entorpece todas las facultades: veremos el monopolio y el egoísmo jugar los primeros papeles en esta escena de crímenes y horrores, veremos los derechos del hombre vulnerados, pisados y reputados por delincuencia de alta traición … (Blanco Y Azpurúa, T. Ill 139). Y comenzaba el

inventario de la historia colonial venezolana. A la vuelta de veinticuatro horas el debate concluiría en]a independencia absoluta.

"Empezó a formarse en Caracas la opinión pública" decía el doctor Peña, y los de la Patriótica recibían desde la galería cada frase con aplausos. Ya en las calles circulaban las noticias y al llegar la noche se convirtieron en fiesta de carnaval. El arzobispo se arrodillaba a implorar la gracia divina. Lo que pedía Venezuela era independencia absoluta. De España o de quien fuera. La otra posibilidad de imperio estaba en Inglaterra, y contra Inglaterra se alzó la voz de la Patriótica. "Ninguna dominación extraña nos puede hacer felices. Su interés (el de Inglaterra) será siempre. no la prosperidad de los pueblos, sino la satisfacción de ¡os suvos particulares..."

La lectura de la Constitución de Filadelfia resultaba al de la Patriótica como el Evangelio del día que le tocaba comentar. Todos se sabían de memoria lo

que había pasado en el Norte. Era de ahí de donde podía sacarse el tesoro de los conocimientos republicanos, y no hay que buscar en otra pane el resorte que hacía mover a venezolanos y granadinos, a mexicanos o argentinos. “Norte América, oprimido y vejado por la Inglaterra, mayormente por los derechos impuestos por un acto del Parlamento en 1767 sobre los cristales, plomo, cartones, colores, papel sellado y té, hizo un sacudimiento casi igual al de Venezuela el 19 de abril; la chispa del patriotismo y el deseo de la libertad prendió en todos los corazones, y aunque a los principios de la revolución se mantuvieron en un estado de ambigüedad, la Metropoli atacó con fuerzas extraordinarias, y a su principio Precio iban a ser los americanos confundidos y arrollados…Pero la constancia, la energía, el Patriotismo, el amor a la libertad y desprendimiento público vencieron todos los obstáculos: el fuego de la independencia destruyó las empresas de los déspotas...” (Blanco *y* Azpurúa,T. III 141). Se sabían los de Caracas lo de esta lucha al dedillo, y de ese conocimiento surgía la fé en las posibilidades de Venezuela para emanciparse. Inglaterra era tan culpable en el norte como España en el sur. ¿Se opondría ahora el gobierno inglés a que España corriera su misma suerte en sus Colonias? ¿Se despertarían en ella nuevos apetitos coloniales? ¿Caería sobre el vacío de poder que quedaría al desaparecer en América el imperio Español?

” Jamás los ingleses han podido lograr un palmo de tierra en ninguna de las posesiones hispanoamericanas. La América del Norte los arrojó de su suelo, con ignominia y derrota completa de sus ejércitos, y Fas armas de la libertad triunfaron de los

déspotas que la subyugaban...” (Blanco y Azpurúa, T. III 143). ¿Qué estaba surgiendo en esta junta de la Patriótica y el Congreso? ¿Otros Estados Unidos hispánicos independientes? Ya la Nueva Granada había expresado su conformidad con la revolución de Caracas. Se podía hablar no de un estado sino de dos, unidos. Venezuela tenía un millón de habitantes, pero las 13 colonias inglesas unidas en estados sólo llegaban a tres. Las trece eran el doble del territorio venezolano, pero uniéndose Venezuela a Nueva Granada no sólo desaparecía la diferencia, sino que sólo estos dos eran más que los trece del norte... En el Congreso se discutían estas cifras, y Caracas se consideraba la segunda Filadelfia. Lo que había ocurrido con el grito del 19 de abril en Caracas se extendió a Santa Fé, Cartagena y Buenos Aires. ¿No pasaría lo mismo con la independencia absoluta? Yo me lisonjeo —dijo el presidente— de que Santa Fé reconocerá inmediatamente nuestra independencia, y dándole Caracas el ejemplo, ella misma la declarará...

Mudaba el arzobispo que estas predicciones funestas se rcali/¿irán, pero ya se veía contra la pared, con los diputados viniendo a pedirle el juramento de fidelidad a una república. que en efecto se declaró al día siguiente. En la noche del 4 ya la celebraban en las calles las turbas vociferantes...

El juramento obligado

Juramento es juramento. Todos los ciudadanos de quince años para arriba debían juramentarse cómo primera prueba de adhesión, reconocimiento y fidelidad a la Soberanía del estado que había declarado su

independencia. Lo primero que hicieron los del Congreso fue entrar a saco, para redactar la fórmula de este acto de fé y obediencia, en el vocabulario cuyo uso exclusivo querría tener el jefe de la iglesia: ¿Juráis a Dios y a los Sanios Evangelios que estáis tocando, reconocer la Soberanía y Absoluta Independencia que el orden de la Divina Providencia ha restituido a las Provincias Unidas de Venezuela, libres y exentas para siempre de toda sumisión y dependencia de la Monarquía Española, y de cualquiera Corporación o Jefe que la represente... oponerse a recibir cualquiera otra denominación... y conservar y defender pura e ilesa la Santa Religión Católica, Apostólica, Romana, única y exclusiva de estos países, y defender el Misterio de la Concepción Inmaculada de la Virgen María nuestra Señora?" (Blanco y Azpurúa, T. III 156).

Ahora, quien tendría que jurar en el altar de la república era el Arzobispo. La autoridad civil presentaría el libro de los Evangelios, sobre él cual, con humildad ciudadana, pondría las manos el príncipe de la Iglesia venezolana en señal de obediencia al Estado y así fue. A los diez días de consumado el hecho de la declaración, el Arzobispo estaba haciendo cola para juramentarse. Primero, pasaron los miembros del Congreso. Luego, los del supremo poder Ejecutivo. El tercer grupo lo formaban los de la Corte de Justicia, el cuarto el Jefe de la guarnición y el estado militar de la Provincia, y cerrando el desfile el Arzobispo y sus acólitos. "En traje de ceremonia, presidido del cruciferario, y seguido de su secretario y familiares... Se le leyó la fórmula, dijo el *sí juro.* Para dejar bien claro su sometimiento, habló.

"Si Venezuela se gloría de haber entrado en el

rango de las naciones, bien puede mi iglesia venezolana gloriarse de tomar el suyo entre las iglesias católicas nacionales. En todas las edades, países y tiempos, siempre que el Imperio ha estado en concordia con el sacerdocio, y siempre que las dos potestades han tirado cada una por su esfera a hacer felices a los pueblos, se han granjeado las bendiciones del Todopoderoso, una celebridad imperturbable y unos aplausos íntimos y sinceros de todo el linaje humano...” El Arzobispo oyó una ovación como antes nunca había recibido. (Blanco y Azpurúa, T. III 167).

Consumatum est... A la noche, recogido en el retiro de la alcoba, el arzobispo fue desvistiéndose, se echó encima la bendición y el camisón y se tiró en la cama como si fuera a dormir en otro país. En Venezuela soberana... ¿Dormiré una noche sin esperanzas? La independencia absoluta se declaró, yo la juré, pero de Caracas hacia fuera todo el mundo es fiel a su rey. El Congreso entregará el mando militar a Miranda, y ¡esperemos! Él es ducho en la guerra, pero peleándose en Europa... Esperemos. El Bolívar que lo trajo de Londres lo acompañaría. Ese no sabe jota de milicias... Van a enfrentarse venezolanos contra venezolanos, malos contra buenos... Esperemos... En Dios. Porque la iglesia está rajada. El canónigo Cortés de Madariaga ¡en Santa Fé celebrando tratados como si ya Venezuela fuera estado soberano y lo mismo la Nueva Granada! Dios lo quiso y el canónigo no fue a parar a Chile como era su destino. Aquí atizó como ninguno para desconocer a Emparán, y ¡ahora va a venir con Tratado de unión entre Cundinamarca y Caracas! Como si Cundinamarca fuera Francia y Caracas Inglaterra...

Se le apagó la vela, y siguió desvelado. Pero Dios no lo abandonaría. Tendría que darle alguna señal. Santo Dios Bendito, no olvides al pastor de tu grey... Y se durmió, ya al amanecer, confiando.

El rey, el rey, el rey

Esta tolerancia en que se hunde Caracas, ¿a dónde lleva? En sus desvelos nocturnos el arzobispo repasa las palabras de Santo Tomás: “Es más útil el reino que la aristocracia que la republica…” El, que todo supo, tendía escalas para llegar al fondo de los abismos. Pensaba siempre en el bien común, pero ¿cómo alcanzarlo? “En los regímenes injustos, es peor pensaba— la tiranía que la oligarquía, y la oligarquía que la democracia”. Y concluía: “Entre los regímenes injustos el mejor es la democracia, y el peor la tiranía..." (Tomás de Aquino, Opúsculo sobre el gobierno de los Príncipes, Cap. III).

Todo lleva al mismo punto de partida. Estos reyes de España son unos desgraciados, pero el rey es el rey, y punto. Lo dijo el Angélico: “Lo más conveniente es vivir bajo un rey que bajo muchos gobernantes”. (Tomás de Aquino, Op. Cit. Cap. III). Estos venezolanos mantienen la apariencia de Femando, pero en el fondo piensan que es posible vivir sin rey, y se ¡equivocan! van contra la naturaleza de las cosas, y provocarán la ira de la misma naturaleza. Lo ha dicho muy claro la Universidad de Caracas refutando a Burke: “La autoridad de los Reyes se deriva del Cielo y no hay verdad más constante en las Santas Escrituras. En las manos de Dios está —nos dice el Eclesiastés— la potestad de la tierra, y suscitará a tiempo el gobernador que le convenga... Por mi reinan los reyes...”

El arzobispo se echa la bendición y trata de dormir... Lo desvelan los fantasmas de las constituciones federales que se están dando las provincias... "¿Juráis a Dios reconocer la Soberanía y absoluta independencia que por orden de la Divina Providencia ha restituido a las Provincias Unidas de Venezuela, libres y exentas para siempre de toda sumisión o dependencia de la Monarquía española?..." Pero ¿quién está administrando a la Divina Providencia? ¿A quién toca escrutar los designios de Dios? ¿En dónde queda el arzobispo? ¿Qué es esto del Patriotismo de Nirgua, aldea infeliz que nadie conoce en el mundo? ¡Juan Germán Roscio! ¿Quién es Juan Germán Roscio? ¿Quién para hablar en términos que hubieran espantado al doctor Angélico? El Autor de ¡la naturaleza! Ahora el doctor Roscio es quien lo nombra y lo interpreta... He aquí la Naturaleza según Roscio (y a cada palabra de esta tirada que su Ilustrísima se ha grabado en la memoria se le enciende de soberbia la cara). "Sin rey vivieron nuestros primeros padres: sin rey vivieron sus descendientes antes del diluvio, sin rey vivieron los de la familia de Noé y toda su posteridad más de doscientos años después del diluvio, y vivieron con menos males que los que sobrevivieron a la aparición de los reyes; sin rey vivieron las repúblicas de la antigua Grecia, y entonces florecieron en ellas las ciencias: sin rey *vivieron* los desde la muerte de los Tarquines, hasta la usurpación de César, Lépido, Marco Antonio *y Octavio, o* hasta la batalla de Accio: más de cinco siglos vivieron republicamente, y entonces fueron tantas las virtudes del pueblo romano, que á ellas atribuía San Agustín la gloria y grandeza de su república* la extensión y los triunfos de sus armas. Sin rey vivieron otras muchas republicas modernas: y sin rey vive la primera que recobró su

independencia y libertad en este Nuevo Mundo: sin rey vivió Abraham y su sobrino Loth: sin rey vivió su numerosa descendencia más de 800 años* hasta que su ingratitud mereció ser castigada con el gobierno de los reyes en tiempo de Samuel Ninguno más que este profeta sabía la viciosa conducta de los reyes: él la refiere en un discurso excelente y acomodado á las cortes de nuestros tiempos, cuyos desórdenes son los mismos que entonces manifestaba el divino Samuel, trasmitidos por desgracia hasta nosotros, y derivados todos de la idolatría. Dios no crio reyes ni emperadores, sino hombres hechos á imagen y semejanza suya". (Blanco y Azpurúa T. III *p.* 336).

Extravagancias. Extravagancias sacadas de Filadelfia tolerante e infernal... Y vuelve Roscio con lo de la naturaleza: “El gobierno republicano fue el primero porque es el más conforme a la naturaleza del hombre. Antes del Diluvio y mucho tiempo después se conservó el gobierno popular, se conservaron las repúblicas* y no se conocían ni monarquías, ni aristocracias. Aún no habían llegado a tanto grado la codicia y ambición..." (Blanco y Azpurúa, Ibidem).

No. No. No. Dios tiene que castigar estas arrogancias. Que se les pudra la lengua... y se durmió. No por mucho tiempo. En sueños le asaltó el cuento de los filósofos que hablan de los derechos del hombre y la sociedad. La peste mala de la revolución francesa. Repasó en los papeles del día el concepto de los sabios de la Universidad de San Francisco. “El cristianismo no está reñido con los derechos del hombre y de la Sociedad, sino en cuanto los Filósofos de nuestros días abusan de ellos para turbar a la sociedad misma...” Más

claro, jamás. Job nos dice: El hombre vano y soberbio, cree haber nacido libre como el pollito del asno silvestre... Y San Ambrosio: Miserable servidumbre es aquella que se arroga un derecho indefinido.: el que no reconoce Señor ninguno, es el que tiene más Señores...

Palabras... Palabras... Palabras... Derechos del hombre, pacto social... “Ea, yo os predico libertad para que matéis (ad gladium), para que sufráis pestes (ad pestem), para que os muráis de hambre (ad famen); y os daré conmoción a todos los reinos de la tierra.;. Tales son los felices resultados de las doctrinas aéreas y turbulentas de los Filósofos de nuestros días, y tal la filosofía de la cual nos habla S. Pablo por éstas palabras: Cuidado no os engañe alguno por la filosofía...” (Blanco y Azpurúa, III. p. 71).

Los años fatídicos

Madrugó el Arzobispo y madrugaron Sacristanes y beatas. Era jueves santo y había que prepararlo todo: el monumento, las telas moradas que pronto envolverían las imágenes, los pasos para la procesión... Cuando vino la misa mayor, Su Ilustrísima revestido con los ornamentos más ricos, ofició en la catedral donde no cabía un alma más. Le oyeron en un silencio que le pareció el más hondo y profundo. No podía ser de otra manera hablando él de una de las páginas más conmovedoras del Evangelio... en una ciudad que se la llevaba el diablo. Comulgó más gente que nunca, este pueblo es mío, pensaba el arzobispo...

Regresó a su casa y a la hora de la siesta, tirado en la mecedora, no pudo dormir. Se veía de nuevo en el pulpito, con toda Caracas escuchándolo... y le asaltaba la historia que mil veces le habían referido del otro jueves santo. De esto sólo hacía dos años, en 1810. Los del ayuntamiento se habían reunido en achaques de asistir a los oficios en la catedral, pero con el ánimo de salir del gobernador o capitán General, Emperán. El gachupín, más listo de lo que se pensaba, había olido la conspiración y quiso adelantarse y llegar primero a la iglesia. Se le atravesó Francisco Salías Jo tomó del brazo y le obligó a volver al Ayuntamiento. El pueblo ya estaba caliente. La revolución, en el aire. Emperán fue llevado a la fuerza a la sala donde le esperan los del cabildo. El cuerpo de guardia, formado en la calle no le rindió los honores del reglamento. Ese silencio santo que acababa de sentir en la catedral Su Ilustrísima, hace dos años eran vociferaciones y amenazas. El canónigo Cortés de Madariaga (que ahora mismo está de regreso de Santa Fé ligando a Cundinamarca y Caracas en el movimiento porta independencia) hace dos años estaba en el confesionario cuando le llegaron noticias del escándalo. En el acto, dejó el mueble y voló al Cabildo. El encuentro fue entre el gobernador y el Canónigo... Vergüenza que sea un canónigo dé la catedral quien señale a Emperán como responsable de todos los males, que lo someta a la burla del pueblo, que pida su cabeza un clérigo chileno dando los ejemplos ¡más escandalosos!

Esperemos ¡el juicio de Dios! Que venga del Todopoderoso el signo de su sabiduría. No puede desamparar a sus hijos que confían en su gracia divina...

Un calor sofocante, una modorra, un vaho tropical llenó el ámbito de la sala. El gato salió disparado al jardín. ¿Por qué enloquecen los gatos? Bochorno. El primer estremecimiento de la tierra fue casi imperceptible. Lo detectó el arzobispo... Lo registró el gato. ¿Era el guiño del ojo divino, que llevaba más de un año esperando? Desde que entregó su memorial, el memorial del clero, protestando contra el artículo 180 de la Constitución... El, el pastor desobedecido, había pasado por la vergüenza de tener que citar las Constituciones de los Estados unidos de Norte América para defender los fueros de la Religión. ¿Eran menos dignos del privilegio los clérigos de Venezuela que los metodistas, judíos, luteranos de las colonias inglesas emancipadas? Como un relámpago se golpearon en su memoria este alegato y las palabras finales: “En mi propio nombre, en el de mi amantísimo padre Pio VII y en el de toda la iglesia católica exhorto a V.M. (Y si es necesario ruego y encargo) a que derogando o aclarando la disciplina eclesiástica sobre el fuero personal…” Apenas iluminó el recuerdo la última palabra* cuando de veras tembló la tierra...

Un sordo ruido, como el mugido de una vaca fabulosa, brotó de las entrañas subterráneas. Crujieron los muros. El Costo que colgaba de la pared se bamboleó. Casi se cae. La casa toda pareció que iba a desplomarse (luego se derrumbó). De la calle llegaban el ruido de muros y tejados que caían, *gritos, llantos,* la tierra desmenuzada entre un aire *caliente. Invocaciones a* la misericordia divina. ¡San Emig*dio! ¡San Emigdio! Se* rajó la tierra, se acabó el mundo. El *Jueves Santo del* año 10 se habían depuesto las autoridades coloniales, y ahí estaba la respuesta. Más claro, jamás. Se levantó de un salto, de la mecedora, el arzobispo, como un

muchacho disparado por el resorte divino. Fue a colocarse bajo *el dintel de la entrada.* Puesto a buen seguro, una *sonrisa de triunfo, un claro* resplandor de victoria le bañó el *rostro, le encendió la* mirada, le espantó el miedo. ¡Yo se los dije!

Desde la casa vencida, rota, entre un campo de escombros, apenas *sí podía* imaginarse el estrago de los conventos *sepultados con sus* monjas y sus frailes... Los cuarteles *donde quedaron* aplastadas las tropas como ratas caídas en *la trampa...* Que se hunda todo, fue el mal pensamiento que le asaltó. Se santiguó de prisa, y murmuró: ¡Castigo de Dios! *Repitió en voz alta: ¡Castigo de* Dios! Y en un movimiento *de santo* arrepentimiento tuvo piedad por Miranda, a quien le parecía estar viendo entre llamas del infierno. Haberlo sacado de la entraña de la revolución atea de Francia $_{t}$| logias de Escocia, de la misa negra de Londres, para darle tribuna en la Sociedad Patriótica, en el maldito 1Congreso republicano! Y lo que no cabía en la mente de un hombre sano que el autor de su venida hubiera sido Simón Bolívar, de ¡los Bolívar y Palacios! Ahí la pagan desde la otra vida no haber sabido educar el muchacho en el santo temor. Y como a Miranda, vio en la imaginación, a Bolívar bajo los adobes de su casa en ruinas.

La naturaleza americana

Extraño destino el de la naturaleza americana, que desconcertaba ¡al señor arzobispo! En un instante Caracas quedaba patas arriba, en medio de una confusión de miedo Los hombres de la revolución venían de una escuela de sabios que reorganizaba los conocimientos del mundo poniendo en orden las plantas,

los minerales, la fauna. Era lo que Humboldt explicaba a Andrés Bello, trepando los dos a la silla del Ávila. Discípulos de Linneo habían llegado a Venezuela —Loefling el primero— seducidos por los misterios del Orinoco, las selvas tropicales, la exótica vegetación que el mismo arzobispo había visto, al entrar a Caracas por la Guaira. La nueva universidad se alejaba del hombre espiritual —encanto y gracia de la vieja filosofía— para entrar en el hombre natural cantando por Rousseau: América, desde el fondo de los Andes, tenía la violencia en las entrañas. Lo probaba el terremoto. Todo el Caribe era una cadena de volcanes. ¿Qué fueron las islas que en cadena van de la Guayana a la Florida? Cumbres que no alcanzaron a hundirse de una cordillera que hacía del Caribe un cerrado mar Mediterráneo. ¿Cómo entender un orden venido del caos? ¿Cuándo en Europa se vio cosa semejante?

La naturaleza de las cosas... La obra acabada del Creador... Maldito pueblo de salvajes que vuelven la espalda a los avisos del cielo y no saben cómo se pone cada cosa en su lugar. Los discursos de la patriótica, el juramento mismo que le habían obligado a prestar, eran eso que tenía a la vista: Terremoto. Si él mismo pudiera levantar tribuna en medio de los escombros, a grito herido predicaría para que los humildes se dieran cuenta que la catástrofe no era sino la prueba física de cómo estaban descuadernando los revolucionarios hasta las entrañas mismas del Génesis.

Su Ilustrísima no sabía lo que era temblar la tierra…Ni el recogedor de hierbas de Linneo, moviéndose por las rocas eternamente inmóviles de Encandinavia protestante y helada, ¡Que me pongan en

orden las orquídeas! ¡Que me planten derechos los semanes! ¡Que me dejen tranquilas las culebras! ¡Que le sacudan a los vigilantes el polvo que cubre sus colores! y en la cara del Arzobispo unas veces era la blancura amarilla del miedo, otras el solferino congestionado de la ira…

Sacaba de sus oraciones el canto a la naturaleza criada por Dios, la que enseñaba a los fieles en sus pastorales, y la encontraba emponzoñada, venenosa traducida en los discursos de la Patriótica. Pero respondió el cielo y Dios los maldijo y maldijo al Congreso. El hombre natural, ¡maldito sea! Se sentía ya excomulgando, boleando baculazos, repartiendo conjuros... ante los templos caídos. Hasta el gato había sentido los a nuncios antes que bramara la tierra. Ahora, de fijo, no pasarían tres días, y ya estarían de nuevo los de las logias y clubs revolucionarios en las tribunas. Todo, ¡patente! Casi se le iba el miedo al cual se anteponía la ira santa. ¡Canallas! ¡Republicanos! ¡Masones de Filadelfia! ¡Guillotinadores de Saint Honoré! ¡Descreídos!

El sacristán que acertó a pasar corrió ya no del temblor, ino de ver cómo tenía la cara el Arzobispo. Salió disparado decir a los frailes: ¡Está morado! ... Pero ya todos lo sabían por presentimiento y cada cual pedía en las esquinas, en la plaza, donde hubiera una persona que quisiera oír, o no quisiera, la razón de la ira celeste. Una revolución que comenzó un jueves santo de 1810, y que al año justo en 1812, para en todas las profanaciones que estaban predicándose, lo menos que podía producir era el terremoto que sacudía hasta los cimientos de Caracas. Muchos pedían al cielo mayores

castigos. Había que temerles más a los discursos de la Patriótica que al derrumbamiento de las casas. Cuando empezó a caer la noche, las luces que prendía la gente aumentaban las sombras de la tragedia. Lo más castigado, hay que reconocerlo, eran los cuarteles donde quedaron sepultados los ejércitos republicanos. Pero ¿y las torres d sus templos? [w]

Bolívar dejó su casa derrumbada y fue juntando gente que ayudara a una empresa de salvación. Había que contrarrestar las voces de los clérigos. Se hacían hogueras con vigas de las casas derrumbadas. Bolívar ¡quemando muertos! El hombre corría, saltaba, sudaba. Un grupo de zapadores republicanos le seguía en medio de una muchedumbre de sobrecogidos por el santo temor que se santiguaban al verlo pasar.

Si la naturaleza...

A pocos pasos de la casa de Bolívar está la plazoleta de la iglesia de San Jacinto. Un fraile ha montado pulpito sobre los escombros. La gente se agolpa gritando ¡Misericordia! misericordia! Histérico, y como poniendo en cada palabra lo que pensaba el Arzobispo, reclama la ira del cielo para castigar las rebeldías de los caraqueños. La gente le sigue la lección, confesando en voz alta sus pecados. Muchos le oyen de rodillas. Bolívar se acerca al tumulto cuando más tremendos son los anuncios del fraile. Quienes le acompañan se aprietan en torno suyo, sumando al miedo por el terremoto el que pueden producir sentencias tan violentas. La voz de la naturaleza, obra de Dios, se ha hecho sentir: volved sobre las enseñanzas del Señor... Casi zafándose de sus propios amigos, a quienes dice Bolívar: Imbécil: ese fraile no

sabe lo que está diciendo! y saltando sobre montones de los destrozos —casi sobre la misma gente— llega hasta donde el púlpito de adobes sueltos y tierra en polvo, lo agarra por el cogote y lo tira como basura entre las ruinas. Dice unas cuantas cosas que no se oyen, pero la simple silueta que se yergue y algún golpe de luz que le hace reconocible, impone un silencio que le sirve para que se oigan claras y distintas estas palabras del mas importante y redordado de todos sus discursos. No fueron sino dos frases oportunas y aleccionadoras que pintan su carácter mejor que cuanto luego pudo decir en los grandes congresos a In largo de MI vida pública:

Si opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca**.

Lo que sigue no es sino un murmullo…

De inmediato, lo que sigue no es sino un murmullo. B fraile se sacude como los perros mojados, se santigua, pero calla. Calla, para evitar una bofetada. Las gentes vuelven en si después del terror. No saben si retirarse a rezar o seguir los pasos de la república. A oídos del Arzobispo llega la información, minuciosamente agigantada. La esquina de San Jacinto es la del diablo. Durante ocho días desfilan por la casa de su Ilustrísima frailes, curas, gentes de pro. beatas. Los empuja el santo temor. El terremoto sacudió toda la costa. Se sintió en ¡Cartagena! Muchos pueblos quedaron como Caracas. Desde la capital hasta la última aldea, curas y frailes repiten lo del castigo de Dios. El terremoto fue el 26 de marzo. El 4 de abril el Arzobispo lee, controlándose para no estallar, la nota de don Antonio Tobar. “Entendiendo el Respetable poder

Ejecutivo que en muchos de los pueblos de la Confederación sé ha interpretado groseramente el suceso natural y común del 26 de marzo último, como un castigo de la Providencia a los libertadores de Venezuela; y estando al mismo tiempo convencidos de que nuestros enemigos (de que no tenemos pequeño número) valiéndose de estos efectos de la naturaleza tratan de alucinar a los pueblos sencillos, sembrando la superstición para el restablecimiento de su figurado monarca, me manda os encargue, M.R. Arzobispo, déis a la luz una pastoral dirigida a todos los pueblos venezolanos comentándoles que dicho suceso no ha sido sino un efecto tan común en el orden de la naturaleza, como el llover, granizar, centellear, etc., o que a lo más habrá servido de instrumento, como pueden ser los extremos de los demás, a la justicia divina, para castigar los vicios morales, sin que tenga conexión alguna con los sistemas y reformas políticas de Venezuela...”

Su Ilustrísima no contesta de inmediato, y la cosa no es para esperar. Al día siguiente repite el señor Tobar la notificación en términos más apremiantes: “Convencido el respetable Poder Ejecutivo de la Unión Venezolana, del pernicioso influjo y progresos que la superstición hace desbocadamente sobre el espíritu de los pueblos poco ilustrados y menos acostumbrados a ver impertérritos los acontecimientos naturales y políticos, ha dispuesto que se os exite, M.R. Arzobispo, para que inmediatamente circuléis órdenes a los curas de vuestra diócesis, previniéndoles de la estrecha e inviolable obligación en que se hallan de no alucinar a los pueblos con las absurdas insinuaciones de que las revoluciones políticas han originado el terremoto del 26

de marzo... sino que, por el contrario, empleen la fuerza de su ministerio en animar e inspirar aliento a todos sus feligreses para que sostengan valerosos la causa de la libertad...”

Ya no hay escapatoria. Su Ilustrísima tiene que abrir la boca, pero no puede decir lo que no siente. Responde: “Muy bien sé que llover, granizar, centellear y temblar la tierra, son efectos de la causas naturales, más tampoco ignoro, y no hay quien dude que el Soberano Autor de la naturaleza, gobernando, dirigiendo y removiendo sus agentes, los emplea para castigar los vicios y hacer volver a los prevaricadores al corazón... Al considerar estas cosas y convencido como estoy, por otra parte, de la profunda corrupción que había minado toda mi grey, yo lloro sobre Caracas como sobre otra Jerusalem: Me acuerdo de Sodoma y Gomorra y levanto mis manos al cielo para enviarle mis suspiros y mis actos de gracia porque Dios, misericordioso, cuya mano veo aún extendida, no ha castigado aún con todo su furor a estos pueblos, que si no lo merecen menos por su soberbia y lujuria, comenzaban ya a extender su irreligión a las mismas infames ciudades...” (Blanco y Azpurúa, T. III, p. 620. Las citas siguientes, en el mismo volumen, de la misma obra).

A su ilustrísima se le fue la mano, y es lo que el gobierno no tolera, al pintar cómo se ha traducido el castigo de Dios sobre Caracas, cómo por culpa de los desarreglos de todo orden se perdió Venezuela, y hace un llamamiento para que se arrepientan los causantes del terremoto, los que han pecado contra la moral y la política. Respondía a las palabras insensatas de Bolívar en esta clara alusión: “No es la naturaleza como el impío

filósofo os la pinta, ni como el fatuo materialismo se la quiere figurar. No hay, no, una materia eterna e improducta: todo lo existente es obra del Supremo artífice, y éste, sin abandonar ninguna de las cosas que crio con sólo el imperio de su voz, influye directamente en su conversación, dirección y aplicación... El filósofo ilustrado nunca desconoce estas acciones de la causa primera; el físico reflexivo y el profundo naturalista lo admite en todos los efectos naturales de una mano superior, y siempre extendida que los arregla... que sin haberse cansado en el acto de la creación primitiva, dirige sin intermisión la máquina celeste y terrestre, y da a conocer que no hay ente alguno independiente que pueda obrar por sí mismo sin el impulso, sin la permisión o contra la voluntad de su creador... El hombre se fatiga y sé confunde inútilmente cuando se interna en los secretos de la naturaleza creada y quiere pasar más allá de los que la divina increada le concede. La luz que derraman las ciencias se convierte entonces en tinieblas, y los más exactos experimentos, son otras tantas pruebas que convencen al observador de la pequeñez de sus conocimientos, y de que sus más ingeniosas teorías apenas son simples conjeturas o invenciones de un ingenio que desea; por lo que no puede entender de esas mismas tendencias, correlaciones, promiscuaciones, mistiones, segregaciones y elaboraciones que divierten al químico, que nunca satisfacen su deseo 'curiosidad...”

De nota en nota que se van cruzando el gobierno civil y el eclesiástico crece el tono polémico, hasta que Felipe Fermín Paul escribe al jerarca: “No siendo la pastoral de Vuestra Señoría Ilustrísima el documento que desea y pide el gobierno, éste ha acordado hacérselo así

presente, mandando archivarlo por anti político, y prohibiendo *absolutamente* su circulación". Con estas palabras, el señor Paul entendió agarrar por el cogote, como Bolívar al fraile al arzobispo, y reducirlo a un escombro. Pero la decisión iba a ser más profunda. El 10 de mayo se expidieron órdenes de prisión al arzobispo... Que "se tomen providencias... con la mayor celeridad, pareciendo la más segura arrojarlo de toda la Confederación, procurando que se remita a Gibraltar o a los Estados Unidos...'' La expulsión se haría por el conducto del ciudadano Secretario de Guerra...

Algunas precisiones completan lo que Su Ilustrísima consideraría de naturaleza diabólica: El Gobierno Federal anuncia al de Caracas: "Luego que recibáis la persona del filmo. Arzobispo don Narciso Coll y Brat por remisión o entrega que os hará el ciudadano José Cortés de Madariaga, lo *pondréis en* el Castillo que más comodidad ofrezca, haciéndolo custodiar por una guardia que montará un oficial de vuestra confianza, en términos que no comunique sino con la persona o personas que le destinéis indispensable para su servicio y sin sospecha, y que solamente pueda *escribir* para mí a vuestra presencia; bien que en lo posible le trataréis y haréis tratar con decoro y decencia... Firmado: *Francisco de* Miranda, Ciudadano Comandante Militar de la Guaira...

¡En lo que vino a parar el Canónigo Cortés de Madariaga! Pensó el Arzobispo, Y con la imaginación se sintió viviendo escenas de los clubs jacobinos en los infiernos de París...

Bogotá, 1988

Cuarta parte

Vámonos: Aquí no nos quieren

Cruzó la plaza y se fue

El capitán Belmonte iba escribiendo la carta que Bolívar dirigía al Mariscal Santa Cruz: "*Hace tres días dejé la presidencia de la República, y mañana parto para Cartagena (tul animo de salir fuera del Pals... Esta América es un caos: no se puede hacer lo que se piensa ni pensar lo que se debe... Marchar, en una palabra, a ciegas...*" La carta estaba fecha- di en mayo de 1830, pero en realidad era el año XX de la república. Se sabía que estábamos más allá de la colonia no solo por el recuerdo de la guerra sino porque en vez de “Santa Fé”, se decía Bogotá...

Era Bogotá una diminuta ciudad de los Andes. Corrían dos caudalosos ríos en el centro —el San Agustín y el San Francisco— y hacia afuera el San Cristóbal, el Fucha. En ellos, se oía correr alborotada el agua como en las quiebras de los valles, y recatada en los caños que iban por el centro de las calles empedradas. Dejar la Presidencia era para Bolívar otra vez montar a caballo. La estrechez del “palacio” iba contra su temperamento. Estaba fuera de su manera de ser vivir varios meses en una casa. En Bogotá mismo tuvo San Carlos, la Quinta, Fucha... El bogotano era, como diría Ortega y Gasset, un hombre y su circunstancia. La circunstancia, y el caballo. Cada casa tenía, como la sala, el cuarto de las monturas. Como el patio, solar con pesebrera. II civil se distinguía del militar en los zamarros. Los militares iban de botas y capa, Para el civil, la ruana. Dormían en la casa el amo, la familia y los caballos. A veces, se tenía una vaca, y el burro para el agua. Seguramente en San Carlos habría una alberca.

no tan grande como la de la quinta, donde se bañarla el Libertador en agua helada (el aseo más personal en aguamanil... como los Luises en Versalles). Por las tardes era la caminada por el altozano de la catedral. Donde contaron sus pasos todos los grandes de la patria —civiles, militares, eclesiásticos...—- Cuando se hundía el sol de los venados, se regresaba a la casa. Pasada la cena se vetan cocuyos en las calles: eran los faroles de quienes —como jugadores— iban a sus tertulias.

El 8 de mayo, almorzó temprano, a las 9 de la mañana. La víspera se habían sublevado las tropas venezolanas. Cuatro días antes se había elegido para la presidencia a don Joaquín Mosquera. Bogotá era como en vísperas de una batalla. El propio Libertador se ofreció a interponerse para evitarla. Le disuadieron previendo desacatos. Se hizo un silencio forzado para que no saliera entre gritos. Se había quedado en la noche en casa del General Herrán, a una cuadra del Palacio y de la de Manuelita. ¿Cuándo se despidió de su amante? ¿El cuatro? ¿El cinco? ¿El seis? Ministros extranjeros y nacionales se apretaron en la sala, los corredores, el zaguán, para despedirlo. Como cuando se va a despedirá, un muerto. La cosa era como en sus salidas oficiales: sin mujer Los civiles de zamarros y ruana, los militares de botas y capa. Cruzó con su comitiva la Plaza Mayor, teatro de vida, a donde llegó para que lo coronaran el pueblo y U* Iba hez después de Boyacá. Donde en la mañana de hielo del 26 de septiembre, volviéndose a los generales que lo felicitaban por haber salido con vida les dijo: Esta es la libertadora del libertador. Y abrazó a Manuelita.

Era una plaza de bruma y piedras. La habían

empedrado las más nobles figuras de la república» reducidas a trabajo forzado por el sangriento "Pacificador[1]"... Tenía en una esquina la cárcel y en otra la chichería. El cuartel de caballería, la catedral. En un costado lo que fue la casa de los virreyes... Caminando, caminando, el Libertador iba repasando sus pasos. Me voy para Inglaterra —pensaba— y esto ya nunca lo verán mis ojos idos...

Cuando montó, hizo lo que es de rigor: acariciar con unas palmadas el cuello de la bestia. En esas palmadas está la esencia del viaje. Por allá en Cuatro Esquinas comenzó a desgranarse la mazorca... El Libertador estrechó una a una las manos de los que regresaban. Cuando —tirando las riendas— indicó al caballo que seguía el viaje, le dio palmadas en el cuello. Se entendieron: Llegando a Guaduas, casi nadie lo acompañaba. Le quedaba el caballo...

Volvieron los amigos a Bogotá. Por la plaza empedrada no se oía —descontemos el murmullo de los de la comitiva— sino el golpe metálico de las herraduras. En la mitad de la plaza, con un dedo de piedra sobre los labios, el mono de la pila imponía silencio.

Guaduas, Manuelita, el Magdalena

—El calorcillo de Guaduas —el pueblo entre nidos de guaduas blanquea como un huevo—, acariciaba. Escribe Bolívar a don Gabriel Camacho: *"Al fin he salido de la presidencia y de Bogotá., en marcha para Cartagena, con la mira de salir de Colombia y vivir donde pueda... No es fácil mantenerse en Europa con poco dinero, cuando habrá muchos de los sujetos más distinguidos de aquel país que querrán obligarme a que*

entre en la sociedad de alta clase, y después de que he sido el primer magistrado de tres repúblicas parecerá indecente que vaya a existir como un miserable. Por mi parte le digo a usted que no necesito de nada, o de muy poco, acostumbrado como estoy a la vida militar Mas, el honor de mi país...". En el párrafo siguiente: *"Yo no quiero nada del gobierno de Venezuela; sin embargo no es justo, por la misma razón, que este gobierno permita que me priven de mis propiedades, sea por confiscación o por injusticia de parte de los tribunales. Me creo con derecho para exigir del jefe de ese Estado que ya que he dejado el mando de mi país solo por no hacerle la guerra, se me proteja a lo menos como el más humilde ciudadano. Mucho he servido a Venezuela, mucho me deben todos sus hijos y mucho más todavía el jefe dé su gobierno: por consiguiente sería la más solemne y escandalosa maldad que se me hubiese de perseguir como a un enemigo público...".*

No siempre tenía a la orden al capitán Belmonte para que le sirviera de secretario. A veces escribía de su puño y letra... Hay cosas que no son para que las sepa el "secretario", es decir: el que guarda el secreto. De su puño y letra escribió otra carta, muy breve. Empezaba: "Mi amor". Para Manuelita... La adorable loca seguía siendo una de sus preocupaciones. Con sus desplantes y agresiones, se perdía ella y perdía al propio Libertador. "*Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio...***. Cuando salió de Guaduas, Dios sabe lo que pasaría por su imaginación. A ese mismo lugar llegaría meses después, enloquecida, Manuela, queriendo seguir a Santa Marta antes de que se consumara la tragedia... La sorprendería la noticia, y

se haría morder de una culebra...

El camino que va de Guaduas a Honda era de herradura. Una escalera de piedras redondas, lisas, hecha para la muía y los arrieros. Por ese camino, sesenta años antes, había bajado con sus guerrilleros José Antonio Galán, el primer libertador, precursor de la independencia. Por ese camino había corrido, fugitivo, vivo de ganas de vivir, muerto de miedo, Sámano, el último virrey. Con su fino oído de espanto, había alcanzado a percibir, once años antes, que en Boyacá sonarían las cornetas del triunfo republicano...

Un día de camino, y llegó a Honda. Desde la canasta de la tarabita, iba a ver, abajo, bramar las aguas del Salto del Magdalena... Se desmontó del caballo. Sudaba, La cincha» blanca de espuma, Conmovía la nobleza del animal, El Libertador le dio unas palmadas. La bestia se frunció de gratitud, de orgullo, de brío. De lo que sienten los animales cuando los acaricia el amo.». Tuvo el Libertador unos momentos de reposo. Abrió una carta que le llegaba de Bogotá. La traía José, y era del vicepresidente Caicedo. Ahí mismo escribió al vicepresidente: "Al *embarcarme ya para Cartagena be debido dirigir a usted estas cuatro letras para manifestarle mi agradecimiento por su noble* y *generosa conducta hacia mí en estas circunstancias...*

Había que seguir. Ahí mismo se embarcó para Mompox... Dieciocho años antes, en Mompox, había iniciado sus guerras de la Nueva Granada. Las que le condujeron a la gloria.., Tenía urgencia de pisar otra vez esa tierra rojiza, frente al ancho río, camino de aguas turbias, que lleva al Caribe. En Champanes, lo había

subido con negros y victorioso. Se acordaba de sus risas, mostrando blancos los dientes y los ojos, y el machete rojo de sangre.

El primer indocumentado...

Al llegar a Mompox escribe Bolívar a don José Domingo Caycedo, vicepresidente de la República: *"No he recibido todavía el pasaporte que rogué a V. me mandase para poder irme del país; por lo mismo reitero mi súplica con el mayor encarecimiento, pues cada día deseo más irme del país, lo más pronto que me sea posible pues veo claro que nunca dejaré de ser implicado de todo lo que pase en Colombia, por más que yo me empeñe en obrar como un buen ciudadano y un súbdito*

Jamás antes, yendo desde Caracas a Lima, se había sentido indocumentado. Indocumentado llegó por primera vez a Cartagena en 1812, e indocumentado regresó de Lima a Quitó, a Bogotá, a Caracas. La primera vez era un derrotado, desconocido en Cartagena, cuya única credencial —y era más que suficiente— estaba en ser republicano. Para un libertador, como para sus soldados, aquello valía más que papel sellado. ¿Fronteras del Orinoco al Potosí argentino? ¡Jamás! El artículo 24 del Tratado de Unión, Liga y; Confederación perpetua del Congreso de Panamá había fijado el más puro ideal en que se reunían las repúblicas que, unidas, habían ganado la Independencia. "Si un ciudadano o ciudadanos de una República aliada, prefiriesen permanecer, en territorio de otra, conservando siempre su carácter de ciudadano del país de su nacimiento o de su adopción, dicho ciudadano

o ciudadanos gozarán, igualmente, en cualquier territorio de las partes contratantes en que residan, de todos los derechos y prerrogativas de naturales del país en cuanto se refiere a la administración de justicia y a la protección correspondiente en sus personas, bienes y propiedades y por consiguiente no les será prohibido bajo pretextó alguno el ejercicio de su profesión u ocupación, ni el disponer entre vivos o por última voluntad de sus bienes muebles o inmuebles... sujetándose en todos los casos a las cargas y leyes a que lo estuvieren los naturales del territorio en que se hallaren".

Y ahora, ¿qué ocurría? Que al más grande de los colombianos se les demoraba el documento, el pasaporte que lo acreditaría en Europa como ¡colombiano! Sin ese diploma salió de Mompox a Turbaco. Y en Turbaco, *"todavía me tiene V.* —escribe el señor Caycedo— *aquí, porque no he recibido el pasaporte que Ud. me ofreció... Desde Mompox recordé a Ud. de nuevo este olvido, pues es imposible que verifique mi marcha sin el permiso del gobierno. No hay un solo documento en el cual conste que puedo salir de Colombia: así es que tendré qué esperar aquí hasta que lo reciba..."*

Llegaban amigos y correos de Bogotá, y el pasaporte, ¡nada! ¡Pasaron veinte días y nada! Al fin, el 24 de junio, estando ya en Cartagena, pudo escribir al presidente don Joaquín Mosquera: *"He recibido por el último correo mi pasaporte para salir de Colombia, y luego al punto, me vine con la mira de embarcarme.,* ¿Cómo salir? El mismo se lo dice al presidente: *"En un paquete inglés que está fondeado aquí, pero ya la cámara estaba ocupada con una porción de se floras.*

Además, el tiempo era demasiado angustioso para arreglar todo y no me pareció decente marchar en medio de una emigración de mujeres: solo huyendo pudiera parecer esto natural.. .”

Mompox: Alfa y Omega

Navegaba de prisa el Libertador camino de Cartagena, y de la muerte. ¡Se diría que le quemaban los nombres de Mompox y Tenerife! Tres años antes, desde Turbaco, había escrito: *"Cartageneros: Si Caracas me dio vida, vosotros me distéis gloria; con vosotros empecé la libertad de Colombia; el valor de Cartagena y Mompox me abrió las puertas de Venezuela el año 12..."* Ahora, apartándose del río, iba a demorar en Turbaco... hasta que le llegara el pasaporte. La falta del documento lo tenía plantado en su deseo de viajar.

Echemos hacia atrás. ¿Cómo fue lo del año 12...? La oportunidad dada por el gobierno de Cartagena al caraqueño fugitivo, estuvo condicionada a la batalla que debería dar Labatut en Santa Marta. Bolívar llegó a Barranca y vio que su destino estaba en no acompañar a Labatut. Pasando por encima de quien aparecía como su superior inmediato, pidió autorización para seguir río arriba. ¡Al fondo estaba Caracas! Así, en Barranca, quedó definido el comienzo de su gloria. El Presidente Torrices convino. Y... lo cuenta Julio Mancini: "Al día siguiente, al anochecer, los 200 hombres a quienes Bolívar ha reunido, equipado y decidido a seguirle, se embarcan en unos diez champanes, largas balsas planas con techo de carrizo, halado por los robustos barqueros del país, los bogas, quienes, en pie y puestos de cada lado de la balsa, la empujan, incansablemente, bajo ellos, por medio dé varales apoyados reciamente contra sus pechos... El 23 de diciembre, los republicanos se hallan a corta distancia de Tenerife, primer puesto enemigo, cuya guarnición se compone de 500 hombres.

Envía Bolívar a uno de sus oficiales al comandante español para intimarle que se rinda. Apenas se recibe la respuesta negativa, cuando aparecen los champanes sobre Tenerife. Saltan a tierra los republicanos, fusilan a los soldados sorprendidos...".

En otras palabras: todavía resonaba en el aire la carcajada del español ante la jactancia del caraqueño cuando los machetes de los negros comenzaban a rebanar cabezas de chapetones... Tenerife o tenía cara de ciudad, o Bolívar la habilitó de tal. Comenzaba una epopeya, y el manifiesto que dirige a los *"Ciudadanos, magistrados y pastores"* del lugar. Comienza (y se desenvuelve hasta el final) como si estuviera hablando delante de una asamblea, de una academia, de un congreso digno de la admiración universal. Es más impresionante el discurso de Tenerife que el pronunciado, para el mundo, en la playa hecha brasas del Orinoco de Angostura. *"Yo he venido a traeros la paz y la libertad que son los presentes que hace el gobierno justo y liberal del Estado de Cartagena a los pueblos que tienen la dicha de someterse al suave imperio de sus leyes; yo soy el instrumento de que se ha valido para colmaros de beneficencia, me congratulo también de ser el intérprete del espíritu de su Constitución, y el órgano de las intenciones de sus jefes...".* Ninguno de los bogas, los macheteros, los negros... ¡Los ciudadanos!... comprendía ninguna de las palabras del discurso, pero todos sabían de qué se trataba. Aplaudían con frenesí.

"La discordia civil ha tenido privada a esta villa de la luz que brilla sobre todo el horizonte de los estados de la Nueva Granada...".

Lo que seguía era más claro: *"Habéis visto*

incendiar vuestras habitaciones, en cadenas a vuestros conciudadanos, pillar vuestras casas, y hasta violar vuestras mujeres; echad los ojos sobre vuestros campos, y los hallaréis incultos, observad vuestras poblaciones desiertas; mirad el manantial de vuestra prosperidad, ese caudaloso Magdalena que solitario y triste huye, por decirlo así de unas riberas que devora la guerra; todo, todo, os está diciendo: donde reina el imperio español reinan con él la desolación y la muerte"

En diez y siete años Bolívar ha concluido el fabuloso ciclo que va de esta cuna increíble de su gloria a este mismo pueblo de Turbaco, antesala de su muerte. Es paradójico esto de recoger los pasos: Mompox, Teniente, Barranca, Turbaco...

La carta de Sucre

—En Turbaco recibe Bolívar una carta del hombre a quien más hubiera querido ver antes de salir de Bogotá. "Mi general: cuando he ido a casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es un bien, pues me he evitado el dolor de la más penosa despedida... Adiós, mi general reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted...". Sin demora respondió Bolívar a Sucre: "A/f *querido general y buen amigo: la apreciable carta de usted, sin fecha, en que usted se despide de mí, me ha llenado de ternura y si a usted le costaba pena escribírmela ¿qué diré yo? ¡Yo que no solamente me separo de mi amigo, sino de mi patria! Dice usted bien, las palabras explican mal los*

sentimientos del corazón en circunstancias como éstas.

Turbaco... el pueblecillo —¿habrá que llamarlo ciudad? — pertenece a la provincia de Cartagena, pero cuando la República crezca será del "Departamento de Bolívar". La casa en donde se aloja él Libertador es de la buenas de la plaza. En la salita donde escribe hay sobre la mesa dos papeles. Ahí están, una al lado de la otra, como juntadas por el azar, las dos cartas románticas; Escritas con lágrimas, por dos guerreros formidables, entrañablemente unidos en una amistad sin sombras. Son dos caballeros que se encaminan a la muerte, y se despiden. Hoy 26 de mayo, le quedan pocos días de vida al Mariscal. Para él la muerte va a ser la gran liberación. Se encaminaba al infiernillo de Quito donde a lo mejor no le esperaban ni la casada infiel ni el general Flores. La marquesa se entretiene perfeccionando la imagen de un Sucre cornudo a quien ella está burlando casi sin reservas. Al general Flores no le hace gracia que venga a cruzar las calles de Quito el más glorioso de los generales de Bolívar. ¿Puede compartirse con él una presidencia en que, si Flores tiene el mando, la gloria anda fuera de palacio?

El Mariscal generoso se encamina hacia la "hórrida espesura". Cuando cae del caballo en Berruecos, atravesado por las balas, y el eco de los disparos llega a conmover a América, América exclama: ¡Cielos, el héroe de Ayacucho expira! El Libertador se encontraba ya en Cartagena.

De las cosas de Flores, y de las de marquesa poco o nada sabría. A Flores escribió: " *Ya tenía escrita para usted la que adjunto. al tiempo que recibo por el correo de Bogotá la carta de usted de 20 de mayo y la*

muerte del general Sucre cerca de Pasto. Esta noticia me ha causado tal sensación, que me ha turbado verdaderamente el espíritu es imposible vivir en un país donde se asesinan cruel y bárbaramente a los más ilustres generales y cuyo mérito ha producido la libertad de América...". A la señora del Gran Mariscal de Ayacucho, Mariana Carcelén de Sucre: *"Muy señora mía: cruelmente afligido por el rumor espantoso que corre sobre la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho y dignísimo esposo de usted, me aventuro. quizás indiscretamente a comunicar a usted los dolores agudos de mi corazón que la esposa, el hijo, la patria y la gloria han de participar".*

Sobre la posible participación de Flores en el crimen, Bolívar se resistía a creerlo. Escribió a don José Fernández Madrid: "E7 *general Sucre ha sido asesinado en Pasto por orden de algún militar de los que allí mandan, aunque quieren decir que fue por orden de Flores, pero esto es falso...*

Recordaría, en silencio, lo que había escrito cuando la victoria de Ayacucho, obra maestra de Sucre. Esas palabras de entonces el tiempo las hacían irrisorias: *"La paz ha sucedido a la guerra, la unión a la discordia; el orden a la anarquía y la dicha al infortunio, pero no olvidéis jamás, os lo ruego que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo..."*

La libranza de los $8.000

Bolívar había llegado a Turbaco en compañía de Fernando, su sobrino. En Bogotá, le habían dado una libranza por la suma de ocho mil pesos. Con eso contaba para salir de Colombia. Habría que estar seguro de que le entregarían los ocho mil pesos. Despachó a

Cartagena al sobrino, con una carta para el prefecto don Juan de Dios Amador. Le decía.

"El Gobierno me entregó en Bogotá una libranza de ocho mil pesos contra la Tesorería de este Departamento, y como estoy pobre y necesitado de este dinero para mi partida, suplico a usted muy encarecidamente la mande pagar; y si no hubiere fondos disponibles, me atrevería a esperar que usted diese providencia para que algunos deudores del Tesoro me la pagasen, aunque fuese con algún descuento...".

Los ocho mil pesos lo muestran todo. El Libertador de un Continente, cuyas repúblicas ya eran reconocidas en Europa. necesita esos pesos... Y duda los tenga en sus arcas la Tesorería de Cartagena. Seguramente en Bogotá no se tuvo en caja esa suma y por eso el giro sobre la Tesorería de Cartagena... El Libertador escribía entre la ilusión y la duda. *"Me lisonjeo que la bondad de usted me servirá en esta ocasión, como siempre lo ha hecho usted con todos los desgraciados...* Don Juan de Dios se portó como un príncipe. Cinco días más tarde le escribía Bolívar: *"Recibí la muy apreciable carta de usted en la cual me comunica que usted ha conseguido el dinero de la libranza. Yo estoy satisfecho de lo que usted me asegura con respecto a la dificultad de conseguir dinero en estas circunstancias; y, por lo mismo, agradezco más la bondad de usted y la eficacia con que me ha servido en esta ocasión...".* En otras palabras: Don Juan de Dios había dado la batalla de los ocho mil pesos, y de milagro, había salido ¡victorioso!

El mismo día, tranquilizado, pudo pensar Bolívar en cosas mejores. Escribió a don José Fernández Madrid, a Londres: "*Incluyo a usted una orden para el director de las minas de A roa para que ponga a*

disposición de usted todo el rédito de dichas minas, después que haya cubierto las libranzas que giré en favor del señor R. Wilson. Esta orden tendrá efecto, siempre que no se haya verificado la venta, y como avisé a usted anteriormente, yo he destinado esos arrendamientos para pagar la letra del señor Lancaster...".

Las minas de Aroa, la herencia de Bolívar, estaban destinadas a cubrir deudas inverosímiles. Ya desde Bogotá, el Libertador había escrito al mismo Fernández Madrid tres meses antes: *"Con respecto a las minas diré a usted que si se venden tenga la bondad de mandar pagar al señor De Pradt nueve mil pesos asegurándole de mi parte que ya no puedo continuar más la pensión , porque todos mis bienes se han acabado y he renunciado ya a la Presidencia de la República...". El Libertador luchando por conseguir para él ocho mil pesos, y regalándose al abate ¡nueve mil!*

Este abate, de que tanto se habla, trabajaba desde París por hacerle buenas relaciones públicas al Libertador, no precisamente de balde... Si por él fuera se comería las minas. Había llegado, dentro de su ambición sin límites, a pensar ser el Patriarca de América, con Iglesia propia.

El pesimismo del Libertador se proyectaba melancólicamente. "Fue necesario instar por mi renuncia (a la Presidencia), pues mi país nativo me había renegado, los locos de Bogotá me fastidiaban con sus torpes calumnias y los facciosos, de todas partes pretendían oprimirme con sus actas amañadas. Me restaban, no obstante, grandes recursos: Toda la Iglesia, todo el Ejército, la inmensa mayoría de la Nación estaba

por mí. A pesar de todas estas ventajas ya se habían probado, repetidas veces, que cuando me alejaba del Sur para marchar al Norte y viceversa, el país que dejaba a la espalda se perdía...".

El coche de la muerte

A los dos días de llegar a Cartagena, Bolívar, como se recuerda, escribe al presidente don Joaquín Mosquera: "He recibido (en Turbaco), por el último correo, mi pasaporte para salir de Colombia, y luego al punto, me vine con la mira de embarcarme en un paquete inglés que está fondeado aquí, pero ya la cámara estaba ocupada por una porción de señoras. Además, el tiempo era demasiado angustiado para arreglar todo, y no me pareció decente marchar en medio de una emigración de mujeres; sólo huyendo pudiera parecer esto natural...".

Diez y ocho años antes, en esta Cartagena, había tocado por primera vez en suelo granadino, viniendo fugitivo de Curazao para surgir en la historia grande de América. Ahora al anuncio de que llegaba el Libertador se llenaron de farolitos las calles, las casas de banderas, los corazones de júbilo. En diez y ocho años, el nombre de Bolívar le había dado la vuelta al mundo. Sabía a gloria su presencia. Que repicaran las campañas y salieran las bandas de música. A la entrada del camino que venía de Turbaco se agolpó la gente. Cuando se le vio de lejos estallaron los primeros gritos: ¡Viva el Libertador! Pero fue acercándose la sombra de un hombre enfermo que apagó los gritos. Era difícil que le saliera la voz de la garganta. Él duro sol del trópico, con crueldad de pintor realista, hacía ver más profundas las arrugas de su frente, las ojeras oscuras, las sienes

hundidas, los racimos de huesos dé las manos. Aquellos ojos de carbón chispeantes ya no brillaban dé ira ni fervor: era la fiebre, y nada más. Cuando se sentaron a manteles en la mesa, preparada como para fiesta, él hablaba y hablaba, pero el diálogo resultaba imposible. Lo único que querrían los anfitriones era callar. La Brisa traía yodos y sales saludables. Respirar en la playa era Cosa buena... Si él paquete inglés no hubiera cargado con tantas mujeres...

Los días fueron corriendo perezosos. Después de todo, era mejor estar aquí, sentado en el taburete de cuerpo pintado, recostado a la pared, en una casa de ancho corredor, que viendo pasar burros y perros por la plaza de Turbaco, donde a mediodía eran más las moscas qué los cristianos... Con la imaginación; Bolívar se desligaba a veces de las Granadas y las Venezuelas podridas de política, y se recreaba con imágenes de aquel Londres que conoció con Miranda, con Bello, con López Méndez, en tiempos de juventud polémica y ardientes idealismos. *“Sino me muero en el viaje, los ingleses no me dejarán morir de hambre...”.* El dinero que había traído de Bogotá se le había adelgazado. “Disminuido en más de la mitad en socorros a los militares pobres que de todas partes afluían a Cartagena... Contaba sus días, decía que podía vivir dos años más, y que en todo caso tenía amigos en Jamaica, en Inglaterra...”.

Empezaron a sacar baúles y baúles, que llevaron a la goleta... Sábanas de lino, manteles, platería... Dice Posada Gutiérrez: “Su equipaje, su antiguo mayordomo José Pala* dos y un criado que creo fue el que lo

acompañó bajo el puente salvador el 25 de septiembre, se embarcaron, y se acordó que Bolívar lo hiciera cuando el buque, fuera de la bahía, se acercase en su remontada sobre el baluarte de Santo Domingo; a cuya playa... se llevaron la falúa y los botes necesarios para Bolívar y las muchas personas que querían acompañarlo hasta dejarlo a bordo. Pero el paquebote encalló en un bajo de la bahía, yendo a toda vela, viento en popa, y sufrió una avería que le hizo necesaria una carena para poder volver a salir al mar sin riesgo...''.

No hubo viaje. El capitán del buque dijo que, averiado, no podría navegar sino con mucha lentitud... Y aquí viene lo del coche de la muerte. Lo narra el mismo Posada Gutiérrez: “En uno de aquellos nuevos y pequeños bohíos del pie de La Popa se hallaba el Libertador de la Gran Colombia, del Perú y de Bolivia, triste, meditabundo, casi solo, huyendo del bullicio, sin querer que se hablara de política, esperando el regreso de la fragata inglesa y los recursos que había pedido a Caracas para irse, cuando a las nueve de la noche del lo. de julio, dos carruajes que llevaban al general Montilla, al señor Francisco Martín y a otros sujetos de respetabilidad, paran a la puerta, se apean los que en ellos iban y entran agitados. Bolívar se sorprende y pregunta: ¿Qué novedad hay?, “General, contestó Montilla, el Gran mariscal de Ayacucho ha sido alevosamente asesinado en la montaña de Berruecos''.

EL *sueño perdido*

—¿Pero, son estas las mismas piedras? La primera vez, desde la goleta de Curazao, al rayo de sol, las vi como montañas de oro surgiendo entre las aguas del Caribe. ¿Montañas? ¿No eran con sus castillos y

garitas y el flanco de las murallas, una flota de fábula pronta a zarpar? El mar de los ciclones y tormentas se tiraba como un perro manso y lamía el casco duro, la sandalia de piedra contra la seda azul celeste las velas desplegadas... Bajé en el puerto y pasé la mano por la muralla. Entré por la ancha puerta. Supe cómo se había roto allí los dientes de soberbia británica. Tú serás, me dije, republicana. ¡Nuevos mártires duplicarán la leyenda de Cartagena! Las piedras de entonces no eran sordas. En la noche rondaba en torno a la iglesia de los jesuítas. Pedro el Catalán salía de entre las piedras del convento con ejércitos de negros. Nada de miserere. Era un rumor de libertad. Caminaba por la plaza, frente a la Inquisición. Aquello era cantera, nido de voces que formaban la alegre gritería de la libertad. Jamás supe de otro recinto amurallado tan repleto de gritos y vivas a la emancipación. Yo cubría de banderas murallas y castillos. Cartagena se mecía sobre el Caribe como la capitana de todas las flotas... Y ahora, las piedras sordas, inmóviles', oscuras.?. Grito en ía noche, y el grito se pierde en el mar de las estrellas. ¿Dónde el caballo que parta a galope, haciendo saltar chispas en los empedrados? En lo más oscuro del fondo de la noche oigo los disparos de Berruecos. Se pierden sin un eco. Sobre estas piedras edifiqué, desde el primer día, la unión de Venezuela y Nueva Granada. De todo cuanto hice, nada fue tan seguro y victorioso. Ahora; sé volvieron arenas los cimientos; Edifiqué en la arena. Aré en el mar... Sería vano correr de La Popa a San Felipe, de la Aduana a la Universidad... ¿A qué gritar como lo hacía ante un ejército de diez mil oídos atentos que todo lo escuchaban? Sorda la noche, sordo el día resplandeciente, sordas las piedras que no responden...

Miro las piedras. No las reconozco. Son más duras que cuando eran del imperio. Ya no las doran ni el sol ni la ilusión. Pensaste que era nave vibradora, y se transformó en nave parada, de piedra, anclada en la bahía de aguas podridas.

Y faltaba mucho más. Tres años antes, pensando en una convención de Ocaña que todo lo arreglaría, ilusionó Bolívar al doctor Cristóbal Mendoza: *“Jamás me cansaré de escribir a usted sobre la gran Convención y elección de diputados, Venezuela tiene hombres que valdrían infinito para este caso. Peñalver, Yáñez, Ud., mi querido amigo...”. Vinieron la Convención y el desastre. Y escribió a Páez: “El hecho es que un loco conduce a muchos locos. Si el doctor Yáñez oyera esta máxima diría que por qué no citaban el nombre del loco, y si apelaran a mi tendría que nombrarlo a él...”. Ahora, Yáñez era presidente del Congreso Revolucionario de Venezuela. Desde Valencia escribió al presidente del Congreso Constituyente de Colombia, notificándole el final de la Gran Colombia, con gusto; Comenzaba así: “Excelentísimo señor: cumplo ¡Con gusto el deber que me ha impuesto el Soberano Congreso. .:. Venezuela, al separarse del resto de la República de Colombia, desconociendo la autoridad del general Simón Bolívar, pensó solo en mejorar su administración, - en asegurar sus libertades y en que no se malograse la obra de tantos años y de tantos sacrificios...”. Se imponía establecer, relaciones entre los dos países que nacían de esta separación^ y el doctor Yáñez ponía como condición el que Colombia echara de su territorio al Libertador: “Benéficas serán sin duda para uno y otro*

estado semejantes relaciones., Pero Venezuela, a quien una serie de males de todo género ha enseñado a ser prudente, qué ve en el general Simón Bolívar el origen de ellos, y que tiembla todavía al considerar el riesgo que ha corrido de ser siempre su patrimonio. Protesta que no tendrán aquéllas (relaciones) lugar mientras este (Bolívar) permanezca: en el territorio de Colombia' declarándolo así el soberano Congreso en sesión del día 28...".

En Bogotá, recibió él mensaje el ministro de Interior doctor Vicente Azuero, y ¡o ¡transcribió, sin quitarle una coma, al Libertador. Cartagena, el teatro de piedra de América! servía de escenario a la escena, Bolívar recibió estos papeles, los leyó, si a tanto le alcanzaron los ojos. Y las piedras se quedaron mudas.

La muerte tomaba apunte de todo, desde una garita de las murallas.

Aquella noche blanca

Aquella noche blanca de las sombras negras, la noche helada de dos años atrás, le vuelve a la memoria, no lo deja dormir. Cuanto más se estrecha la distancia entre la vida y la muerte, más se agolpan y atropellan en la mente recuerdos fatídicos. Lo único tibio del palacio de

San Carlos era esa alcoba en que Manuelita le bañaba los pies en agua caliente. Se oyeron ruidos de alboroto, detonaciones, carreras. La amante, astuta y vigilante, lo adivinó todo. Había detectado en el aire de esos días avisos siniestros. Abrió la ventana, y ordenó la fuga. Redonda y fría, parada, la luna en el cielo. Los de la conspiración habían entrado por la puerta ancha de la carrera. La calle que sube hacia el cerro estaba desierta. Bolívar dio el salto y a todo correr echó hacia arriba, dobló la esquina camino, del convento del Carmen. A pocos pasos las aguas ruidosas se rompen bajo el puente del Carmen. Son estampas que revive nítidas. Se ve envuelto en la capa, escondido debajo del puente.;. Pasaron horas con esa lentitud desesperante de la interminable noche septembrina. Ahora... tiene el Libertador 47 años cumplidos. Los más largos de todos son estos dos que van de la noche de San Carlos a Cartagena... Tras la conspiración fracasada vino el proceso que dirigió, Urdaneta. Se supo entonces lo que pasó en la casa de Vargas Tejada, en Santa Bárbara. Se le enrosca. en la memoria la estrofa del poeta que el 26 huyó de Santa Fé para morir en una cueva después de errar por páramos y selvas:

Sí a *Bolívar,* la letra con que empieza y aquella con que acaba...

Sí: era lo que pedía el de la alborotada juventud: que le bajaran la cabeza, que le cortaran los pies... Qué noche más fría, más blanca, más negra… El no habernos compuesto con Santander... Hasta me arrepiento de la revolución que hemos hecho contra los españoles... Pero no era sólo el poeta: lo combatían granadinos, venezolanos... Entre los venezolanos, Páez,

Yáñez. Entre los granadinos los que vinieron a ser cabezas de los dos partidos colombianos —Santander y Mariano Ospina. Más violento que los dos granadinos, Canijo el venezolano, mató a Ferguson, el edecán, de un pistolazo. Escapó a las ejecuciones de Urda- neta ofreciendo delatar a los completados. Pasó a Venezuela, y ahora estaba en Rio Hacha al frente de una tropa venezolana. Pero todo es asco y desencanto. Le escribía en la mañana a Estanislao Vergara: *"He deseado irme a los infiernos, por salir de Colombia... Los tiranos de mi país me lo han quitado y yo estoy proscripto; así, yo no tengo patria..."* La Inglaterra a donde se va será también un destierro. En Europa su patria sería la España que ha combatido hasta Ayacucho, pero que le tiende la mano en la persona de D. Joaquín de Mier.

Santa Marta... En Bogotá, su casa fue la quinta que le regaló Cundinamarca al regresar del Perú. Al pie de los montes, con agua pura y lindo' jardín. Como saldría de Bogotá para no volver, al despedirse, se la donó a don Joaquín París, su mejor amigo. Ahora vuelve los ojos a esta sencilla escena de amistad, y escribe a Vergara: *Don Joaquín "es un imbécil, que se deja corromper..."* En Santa Marta tendría un amigo mejor en un hidalgo de España... 25 de setiembre de 1828: fugitivo, escapa de los asesinos bajo el Puente de El Carmen, 25 de setiembre de 1830: Fugitivo de Nueva Granada, exilado de Venezuela, camino de Inglaterra.

25 de setiembre en Cartagena

La negra que cocinaba y le traía el café lo encontró huraño, difícil. Se atrevió a ofrecerle un ron, que puso sobre la mesita. El Libertador bajó de la hamaca, caminó dos o tres veces de punta a punta el

corredor; tomó el vaso y lo tiró contra los ladrillos. En la mañana había dictado una carta para don Estanislao Vergara: *"Bogotá no es mi teatro ni los militares granadinos me sostienen; mucho menos los facciosos asesinos y traidores que ocupan puestos militares y rodean las autoridades... Dentro de tres días me voy para Santa Marta, por hacer ejercicio, por salir del fastidio en que estoy por mejorar de temperamento…"* Cuatro días antes, el general Briceño: El *pobre señor Mosquera* (don Joaquín, *presidente* ha tenido que salir como ha podido *(tumbado por Urdaneta de un cuartelazo)...* Mi héroe se ha convertido en una calabaza, lo que no ha dejado de ofender un poco mi pobre juicio. En fin, me han nombrado de Jefe o Presidente, y a Urdaneta encargado del ejecutivo mientras yo llego... *"¡Otra vez presidente, de golpe! ¿Ir a Bogotá? ¡Jamás!* "Yo no puedo vivir entre asesinos y facciosos, yo no puedo ser honrado entre semejante canalla… " *"Quizás iría a Venezuela a combatir a quienes le habían prohibido pisar la tierra en que nació, la que libertó. "Sí* me dan un ejército, lo aceptaré, y si me mandan a Venezuela iré..." ¿Cómo? Pocas líneas adelante, *dice:* "Yo estoy viejo, enfermo, cansado, desengañado, hostigado, calumniado y mal pagado. Yo no pido recompensa más que el reposo..."

Santa Marta era una ilusión. Lo tentaban las invitaciones de don Joaquín de Mier y lo detenía el peligro del ejército venezolano que amenazaba en las cercanías bajo órdenes de Canijo. Poco después, él 2 de octubre, escribiría a Urdaneta: *"Dentro de dos días me iré para Santa Marta con la mira de visitar aquel país, que no he visto nunca..."* Lo que sigue en este final del Libertador está escenográficamente dispuesto entre las dos bahías de la crista colombiana: Cartagena, Santa

Marta. Una, la de las murallas y castillos; la otra, con San Pedro Alejandrino ai fondo, y los tamarindos... y el hidalgo español. Era volver un poco a los orígenes. En la carta que acababa de dictar para don Estanislao Vergara: *"Créame usted que nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones; y últimamente he deplorado hasta la que hemos hecho contra los españoles..."*

En el aire caliente del corredor flotaba todavía el humo asqueroso del tabaco de la negra cocinera, y el olor a ron del vaso que estrelló contra los ladrillos. Pasó al salón y destapó una botella de jerez. Tomó el corcho entre los dedos y se lo acercó a la nariz. Aroma delicioso que le recordaba tiempos de Cádiz. Entonces, era el bailarín que encantaba a las españolas y pudo bailar, a lo venezolano, con alguna jerezana de las que saben golpear en el suelo y saltar por el aire con las danzas que salen de guitarras y castañuelas. Llenó la copa y la miró despacio a la luz radiante del Caribe. Aspiró el vino dorado y rojizo que por la nariz le llegó a los pulmones rotos... Caricia de los recuerdos más dichosos... Días más tarde escribiría a Mariano Montilla: *"Mandé a buscar un poco de Jerez seco y cerveza blanca. Me dicen que no hay nada de esto, pero como necesito de muy pocas botellas, puedo decentemente pedirlas a un amigo..."* El encargo era para que las obtuviera de don Joaquín de Mier.

Vino la noche. Se acostó. 25 de setiembre... Apagó la luz y se le agolparon los recuerdos de la noche nefanda... A unas cuantas cuadras estaban las bóvedas, el pudridero de los adversarios políticos. Construidas con todo el arte de los arquitectos militares, dentro de la muralla, golpeada por el mar. Allí estuvo recluido su gran

compañero de armas, el que sostuvo desde Bogotá los ejércitos que pelearon en Perú: Santander. Urdaneta, ahora presidente de golpe, había puesto todo su empeño en fusilarlo, aprovechando la coyuntura de la conspiración. Firmó el decreto, fundándolo en sospechas sin fundamentó, Bolívar; presidente y dictador, era el único que podía parar la ejecución. Los ministros se lo pidieron, suplicantes[5]. El Libertador conmutó la pena del paredón por prisión en las Bóvedas: Ahora, después de haber padecido meses prisionero, Santander estaba exilado en Europa. Seguramente en París. Todo pasó velozmente por la imaginación del Libertador. Unas cuantas semanas más tarde, desde Barranquilla, escribiría a Urdaneta: *"Yo había escrito a Briceño diciéndole que uno de los motivos que más me retenían en el Magdalena y por lo que no había aceptado todavía el mando, érase porque preveía una división muy tonta entre mis amigos, y que no quería volver a tener otra lucha como la de Páez y Santander. Veremos que produce esta verdad saludable. Voy a escribir de nuevo sobre esto rogándole a usted de paso que tampoco desoiga mis avisos en esta parte, y que mejor es una buena composición que mil pleitos ganados: yo lo he visto palpablemente, como dicen -el no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos…"*

Soledad de soledades

Santa Marta, recostada en las faldas de la Sierra Nevada, tendría un clima como el de Ocafia, y hacia Santa Marta marchó Estaba envenenado con el destierro que le decretó el congreso de Valencia en Venezuela, y deliraba con marchar a la guerra civil, para doblegar a

los insurgentes de su tierra. La guerra civil se extendía por toda la Gran Colombia. Siendo un saco de huesos pensó volver al caballo. Desde Ocaña abriría la guerra contra los de su patria. Le entusiasmó que al derrocar a don Joaquín Mosquera quedara al frente del gobierno Urdaneta, el duro. Le había escrito a Vergara desde Cartagena:*/'Dígale usted al general Urdaneta que no he recibido carta suya en este correó... Deseo que se reconcilie el ministro americano con el general, para que no falte esta ceremonia a su instalación. Sobre esto le escribe Wilson a Moore, rogándole encarecidamente de mi parte, a lo menos para que haga su presentación pública..."*

Para ira Santa Marta saldría por Turbaco, Barranquilla, Soledad. De Turbaco escribe a Urdaneta: "Mi querido General: Ha venido este correó también sin carta dé usted: ya es demasiado silencio en tales circunstancias...^ *La carta es un plan de guerra. Quiere llegar a Santa Marta para ver de cerca las operaciones contra Rio Hacha y Maracaibo. Hay que reducir a Canijo. Quizás su presencia pueda influir en una operación importante y ponerse en comunicación directa con el general Montilla y los otros que conocen bien el país, y mandan. Ocupe usted, Urdaneta, con fuerza, a Neiva y Antioquia, antes que las armen Obando y López. Vamos a mandar el batallón Apure a Cúcuta.* "Estas tropas, con algunas más que tenga Carrillo, pueden cubrir este punto, pues no es regular que lo ataquen, cuando nos esperan en Maracaibo; esta operación es esencial para que la Nueva Granada no sea atacada mientras ustedes se ocupan en restablecer las cosas internas y hacer reconocer el nuevo gobierno... Entiendo que Usted Carece de dinero para los gastos más indispensables

¿por qué no reclama usted del patriotismo de los buenos un préstamo voluntario?"

Y a don Justo Briceño: /*/© *sigo para Santa Marta con la mira de contribuir con mi influencia en la expedición que marcha contra Maracaibo, la que se compondrá de cerca de 2.000 hombres y le mandarán Montilla, Carreño y Blanco. Por consiguiente, ahora no es de temerse que invadan por Cúcuta, pues se verán apurados para sostener a Maracaibo y nuestros amigos harán su parte por Barinas y el Oriente..."*

Quiere que Briceño envíe refuerzos a Urdaneta para que pueda marchar sobre Antioquia, Neiva o el valle del Cauca y que desconfíe de sus propias tropas. Me han asegurado que usted "se *ha llevado los peores demonios que había en Bogotá. Lara era muy desconfiado y lo engañaron unos bribones... No espere usted que yo siga al interior mientras que usted tenga esos enemigos a su lado, pues no quiero ser víctima de una confianza ciega como la de usted, que se ha entregado como manso cordero a la saña y la ingratitud. Usted se engaña en esperar que pueda vencer la generosidad a esas serpientes que muerden el seno de quien las abriga..."*

De Turbaco pasa a Barranquilla, y escribe al general Herrán, para que apoye a los del cuartelazo. "E/ *general Urdaneta es mi segundo, y hasta ahora ha marchado con moderación y aún generosidad. Esto no ha gustado en Cartagena y han escrito al gobierno fuertemente..."* El gobierno derrocado no valía un taco. *"Caicedo se ha conducido mejor con Mosquera, porque tenía menos miedo que el último, que está tan*

desacreditado que hasta los liberales se burlan de él; dicen que no sirve ni para portero de un gobierno. Por cobardía y egoísmo me declaró la guerra, lo que se me hace tan increíble, que todavía lo dudo...”

El panorama no puede ser más halagador después de la toma por Urdaneta, Mosquera y Caicedo no quisieron continuar en el gobierno y soltaron las riendas... dejando entronizada la anarquía. *Para entonces todo el departamento de Boyacá se había pronunciado por mi. empezando el Socorro. Don Justo y don Tomás hicieron su deber. Mares en Tunjo, un comandante Torres, de húsares, en Pamplona y en Honda Posada. En el Magdalena todo el mundo, empezando Mompox. Rio Hacha no quiso reconocer el nuevo Gobierno,*

Ahora mismo lo están atacando Blanco por el Valledupar y Montilla por la Costa. De allí seguirán probablemente a Maracaibo porque la ocasión es bella. El general Carrillo se levantó en los valles de Cúcuta... El Cauca ha seguido el movimiento de Bogotá. Antioquia y Neiva no hacían resistencia y estaban prontas a reconocer el Gobierno. Mis amigos mandan en el Chocó, que ya se habrá pronunciado; sólo López y Obando, que asesinaron a Sucre, pueden hacer resistencia, pero en Patía y Pasto, porque esperamos que Popayán entrará en su deber. Silva se ha levantado en Barinas; Flores está pronto a atacar a Pasto y reconocerme de jefe supremo...”. Así, sin vacilar: López y Obando asesinaron a Sucre...

La carta es el delirio desenfrenado. Y lo que ve en el horizonte, el más extraño renacimiento de la dictadura que acabará con los sueños locos de los revolucionarios:

“en Bogotá únicamente se han disparado las armas. De resto, todo ha salido pacífico, espontáneo y admirable. El entusiasmo reside principalmente en lo que se puede llamar el pueblo, animado por la iglesia que se ha hecho militante contra masones y liberales. Todos se han convencido y algunos se han desengañado...” .

Con este toque a rebato,' urge a Herrán —*{{Ahora pues, mi querido general, debe Usted Volar y venir a servir a su país, pues carecemos de hombres como usted: no hay un general en la Nueva Granada que valga nada; los que no son ineptos son bribones...”* Cierra la carta, monta el caballo y se dirige a Soledad de Soledades. Se le ve llegar como una sombra, con la piel forrándole los huesos, los pulmones destrozados. Soy un *“esqueleto viviente”,* escribe a Urdaneta—. Un esqueleto delirante.

Las elecciones:

Ahora que el círculo de mi vida toca a su fin debo confesar que cuantas veces me pronuncié contra las elecciones y las leyes, cometí un error. Lo veo patente en la dictadura que ha montado Urdaneta. Si él quiere mandar en Nueva Granda, no le queda otro recurso sino aceptar el régimen civil que está fundado en leyes. Después de todo, tenía razón Santander en decirlo, y eso ha penetrado en la conciencia de los granadinos. Ese es el camino para que Urdaneta pueda gobernar. Se lo he dicho con palabras que tienen reminiscencias santanderistas, pero lo he escrito al dictador como una ratificación ineludible a lo que fue el pensamiento del Hombre de las Leyes. Este dictado no lo dije peyorativamente sino teniendo ya clara conciencia de lo

que vale para la república tener leyes y hombres que las respeten y hagan cumplir. Lo que no ha entendido Urdaneta. Claro que mi cuerpo no da ya para un viaje de regreso a Bogotá. Salí para no volver. Lo sentí la mañana en que me despedí de esa plaza de mis glorias. Pero si trepar a un champán está fuera de mis posibilidades, infinitamente más difícil sería extender la mano para saludar a Urdaneta como presidente legítimo. Le doy gracias a Dios por mantener lúcida mi mente al escribir al general: "Me *embaraza no poco la consideración que hago sobre la naturaleza de la autoridad que voy a aceptar y delegar. Su origen es vicioso... La acefalia de un cuerpo de nación reclama imperiosamente una pronta medida de salud pública para establecer una autoridad y un orden legal. El primer acto se legitima por el restablecimiento de la tranquilidad pública y del imperio de las leyes, si no se hace así, el primer movimiento no es más que una usurpación, y el ejercicio de su autoridad una tiranía bien calificada. Luego, ya que salimos del primer paso con la mayor fortuna, debemos dar principio al segundo. En las circunstancias presentes todo indica y aún exige que las elecciones que debieron tener lugar en el mes de septiembre, como se ha hecho en este departamento, se manden llevar a efecto en todos. Con esta providencia sale usted con honor de su puesto, o vuelve a entrar en él constitucionalmente... Supongamos que yo no acepte aunque me nombren, el hecho es que si a usted lo eligen vicepresidente, ejercerá por algún tiempo la primera autoridad, porque se necesita mucho tiempo para sucederse las operaciones electorales. Pero volvamos al reverso de la medalla: todo el tiempo que usted mande será usurpación, tiranía despotismo, arbitrariedad,*

porque ni la junta de Bogotá podría legitimar ningún acto, ni yo tampoco, y no sería muy extraño que lo matasen a usted como a tirano, cuando menos $_{s}$*c pensase y volvería a quedarse la república en completa anarquía: todo por no haber cumplido con la ley de elecciones. Todavía podemos suponer todo lo que se quiera y conceder cuantos casos felices pueden ocurrir: pero a los ojos de todas ¡as naciones y de todos los hombres sensatos, no seríamos más que unos felices usurpadores: pues ninguna ley justifica nuestro poder...”*

La noche negra de Ayacucho

Soledad es soledad. El pueblo se resuelve en unas pocas calles muertas y una plaza vacía. Moscas, zancudos, burros, gallinazos, perros. La iglesia. El cura. Cuatro árboles. Cielo azul... Y la imagen que no puede evitar de las batallas, los triunfos, los congresos que se hunden en un mediodía de fuego y modorra... ¿Me iré a Londres, a París, a las cortes de fábula y oro? Lo único cierto es la realidad de estos pueblos parados del Caribe, amasados en soledad y calor. Estar aquí, sentado en este taburete de cuero, recostado en la pared blanca de cal, recibiendo recados tediosos de Bogotá, groseras cartas de mi propia tierra, hundiéndome en un fondo de chismes y bochinches. Como si todo viniera a parar en estas miserias. Yo formé un ejército inverosímil de héroes fabulosos... ¿para qué? ¡Que se mida el camino que va de Ayacucho a Berruecos... Ayacucho, Ayacucho! Allá, yo estaba presente en todas partes, y peleaba como el Cid fantasma. Lejos, infinitamente lejos, y sin embargo me veían como si corriera a galope por el campo. En Lima supe nueve días después, de esa, la

batalla más grande de todos los tiempos, culminación de mi gloria... Bailé loco de entusiasmo. Las tropas colombianas —5.780 hombres— apenas eran poco más de la mitad de las españolas: 9310. ¡Cinco mil contra nueve mil, y vencieron! Napoleón no conoció nada parecido. Su imperio quedó arrasado en Waterloo, bajo el peso de ejércitos ingleses y prusianos, que hubieron de juntarse para reducir su imperio de once años. Su presencia física en la batalla no logró nada. Ni con Cambrones. Y pasó a ser la sombra de Santa Elena. Yo, a nueve días de distancia del Rincón de los Muertos, fui en el desierto helado, la palabra mágica puesta en el corazón y en los labios del ejército colombiano y liquidé el imperio español. Imperio de tres siglos... Los dos soldados caudillos de la victoria, Sucre y Córdoba, ¿en que pararon? ¡Asesinados! Córdoba en el Santuario el 17 de octubre del año pasado, Sucre en Berruecos ocho meses después... En esas dos muertes vino a convertirse la página de oro de la historia colombiana... Ahora me tocará él turno. Carujo, el septembrino, en Rio Hacha, amenazante... y estas piernas que no caminan...

Qué historia más sucia... Mientras yo no vea buenos sucesos por Rio Hacha, no voy a Santa Marta: ¡tiemblo, como una hoja, de un revés! Él asesino de Ferguson, el miserable de la noche de los conspiradores, otra vez amenazándome, sacando el cuchillo, desenfundando la pistola. ¿Qué va a hacer Urdaneta? Eso querría: ¡que yo vaya a Bogotá! ¡Yo, a sostener su ambición! Se adueña del poder, destituye al pobre de don Joaquín Mosquera, una calabaza hueca, y ahora pretende que salte de este asiento de vaqueta, ¡y no puedo moverme! ¿Puedo yo cambiar la naturaleza de su autoridad, de origen vicioso, que no se sabe hasta dónde

llega. Hasta cuándo puede durar?..

¡Ah, Urdaneta! Montó todos los triques para el asesinato de Córdoba, entregándolo a manos de un par de infelices de la Legión Británica, O'Leary y Hand... Ahora, —Urdaneta que sabe que no es el primer general de Colombia— piensa que yo puedo salvarlo... ¿Pensará que borrados del mapa, asesinados, los dos héroes de Ayacucho —Sucre y Córdoba— sólo él podrá surgir a mi lado?... Se lo voy a decir —ya se lo he dicho—. Todo el tiempo que usted mande será usurpación, tiranía, despotismo, arbitrariedad: ni la junta de Bogotá podría legitimar ningún acto suyo ni yo tampoco. Volvería a quedarse la república en completa anarquía. Todo, por no haber cumplido con la ley de elecciones... Todavía podemos suponer lo que se quiera... pero a los ojos de todas las naciones y de todos los hombres sensatos no quedaríamos más que como infelices usurpadores. Ninguna ley justificaría nuestro poder...

En la cita todas las sombras. Vuelve el septiembre bogotano con Carujo al fondo. Oiga, mi querido Urdaneta: no sería extraño que lo matasen a Usted como un tirano... Urdaneta. ¡Sucre! Sí. si. hay que ver su cara de rabia y despecho contenidos en el senado, cuando dije: Sucre es el más grande de los generales de Colombia... Le brillaron de ira los ojos, se le contrajo hasta el último músculo de la cari... ¿Quién no lo vio? Para calmarlo, hubo que suprimir en el acta mis palabras... Pero ahora ha agarrado las riendas. y me llama para que le sirva de padrino. Cuando Setiembre, él, ministro de guerra, decidía de la suerte de todos y manejaba el rejo de la horca. Dejó escapar a Carujo, premiado por delator... Resolvía todo con cadalsos. Esa

es su manera de arreglar las cosas. Condenó a Santander, y si no intervienen todos los ministros ante mí, lo fusila. Se lo voy a decir: *El no habernos compuesto con Santander nos ha perjudicado a todos...* Córdoba se alzó. Era el más gallardo de los granadinos. Sucre lo dijo: Por Córdoba se ganó la batalla. Yo mismo, en Cuzco, tomé la corona de oro y diamantes que me regalaron y la pasé a Córdoba: ¡Esta corona debe ceñir la frente del vencedor de Ayacucho... Ingrato! ¡Su propia juventud, loca, le hizo volver las armas contra mí... Pobre cabeza delirante! Después de la noche de Septiembre, levantar a Antioquia contra el Padre de la patria! Desafiar mi autoridad... Pero ¿poner O'Leary en manos de un infeliz asesino, de Ruperto Hand, la cabeza en cuyas cienes había ceñido yo la corona de Ayacucho? ¿Cómo pudo cerrarse así el más bello capítulo de la historia americana? O'Leary, el irlandés, que me obligó a escribir a Páez: *Mi indignación con O'Leary ha llegado al colmo: no he querido ni verlo, ni oírlo, ¿porque él no llevó mi pensamiento donde usted sino el ajeno, y en lugar de llevar mi amor a Venezuela y mi amistad a Usted llevó pasiones indignas de un emisario mío y de un mediador?...*

¡Oh Ayacucho funesto! Del crimen de Córdoba pasar al de Sucre inmaculado...

Sobre el potro de la mentira

Este pueblo es el Llano al infinito. Por eso se llama como se llama: Soledad. El esqueleto viviente, imaginariamente trepa en un potro cerrero y se lanza, a

todo galope, saltando vallados, atravesando ríos. El potro tiene su nombre: Mentira. Aquí lo único cierto es: La mentira. Ahora y siempre. ¿No era mentira hecha motor el discurso de Caracas cuando el terremoto? ¿No lo fue el grito *A Triunfaren* Pativilca? ¿No lo es, no lo fue, no lo será ese el elíxir que alimenta las grandes aventuras en todas las vidas temerarias? ¿Cuándo ha de mentir más a fondo el hombre desarmado, sino delante de la muerte que lo llama y lo cerca y le está tendiendo las sábanas, porque "esta lista la cama y puede acostarse? ¿Engañar a la muerte? No. Engañarse a sí mismo. Oh. deliciosa mentira ¡Oh alivio en las grandes desventuras! Oh infinito descanso en las horas negras, cuando todo perece, cuando todo es tenebroso. Te veo —Parca importuna. y te sonrío y te cortejo en este pueblo de paja y sol de Soledad, sin un burro que pase por las calles de arena, sin un perro en la plaza, sin un gallinazo cerca al matadero... Me verás empeñado en guerras imposibles, engañando a las generaciones futuras con un realismo mágico en que el potro de la mentira corre y salta brioso como si de su carrera desbocada naciera la verdad. Así hablaba y obraba Don Quijote... En el fondo del delirio iba dejando la huella que no se borra, la verdad ilusoria. La de los héroes,

¿Puede haber farsa más descarada que la de los dos mil jinetes que va a lanzar al combate con un discurso en Ocaña? ¡Ni cuando salió de Mompox y Tenerife el año 13 los tuvo, y entonces él era la juventud airada, el capitán que daba órdenes a grito herido! Mentiras. Lo digo ahora yo, simple cronista, porque lo veo muerto» al menos por el momento. En su presencia, viéndolo a dos pasos de distancia, jamás me hubiera atrevido. No por respeto, por miedo, Era fulminante.

Temblábamos oyéndolo. Hoy sí, fantasma en Soledad de las Soledades, lo dijo de prisa aprovechando unos instantes que también son de mentira: Tal vez mañana no me atreva. ¿Tal vez? ¡Seguro! Y la mentira era inútil. ¡Decía que iría a someter a Venezuela con dos mil jinetes! Carajadas... En Valencia hoy lo destierran y prohíben y lo empujan al abismo... cuando no faltan sino unos días para que de veras monte en el caballo de la muerte, y se vaya para siempre jamás. Pasarán unos años, y vendrán precipitadas marchas hacia atrás. Le darán su nombre a cerros, provincias, ciudades, calles, plazas... Le consagrarán volúmenes y cantos... y rapsodias y monedas y bronces y mármoles. Volverán por sus cenizas olvidadas... Dijo el Libertador: Aré en el mar, edifiqué en el viento... Le respondo (estoy haciendo la cuenta en el almanaque) pasados 152 años: ¡mentira! Aquí estamos para defender la independencia lograda en Ayacucho, se fueron los españoles que nos mandaban: repetimos diez veces al día su nombre por lo que hizo y nos dejó. Aunque él piense que es mentira, es verdad. Nuestro destino es repetir que es mentira lo del solitario de Soledad: Aré en el mar, edifiqué en el viento.

Mañana, en Barranquilla, escribirá el Libertador a ese general Flórez que veía venir de Quito a combatir contra Popayán: "*Usted sabe que yo he mandado veinte años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: lo. La América es ingobernable para nosotros; 2o. El que sirve una revolución ara en el mar; 3o. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar; 4o. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas; 5o. Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la*

ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; 6o. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de América… ”

Déspotas, tiranos, dictadores... Es cierto: ¡aquí o en Europa) cuántos no registran estos 157 años! Así son las cosas de este mundo. Al menos, no hemos tenido Hitleres y Stalins que despachen a millonadas al matadero... La única cosa que han podido hacer en Europa los europeos perseguidos es emigrar para América... Así es: del catálogo de Barranquilla queda en pie el deber colombiano de contradecirlo. La mentira de sus palabras nos señaló el destino republicano de contradecirlas;

Estos ingleses miserables...

Si salgo de este infierno, si al pisar tierra inglesa me vuelve el alma al cuerpo, la vida a las piernas, haré lo que he soñado: la liga de Colombia e Inglaterra. Cuantas veces se lo dije a Santander, a Sucre, a Revenga, a Heres: *Nada importa tanto a nuestra existencia como ligarnos en cuerpo y alma a los ingleses. Nuestra federación americana no puede subsistir si no la tomo bajo su protección la Inglaterra...* Nadie me oyó. No me oyó Santander cuando le escribí: *Toda la América junta no vale una armada británica...* Sucre, el bueno, lo mismo. De Oruro le escribí esto que pudo ser una bofetada a su gloria: *La alianza con la Gran Bretaña es una victoria en política más grande que la de Ayacucho, y si la realizamos, diga usted que nuestra dicha es eterna...* Lo hermoso en Sucre era su carácter. No creía como yo en Inglaterra, pero me lo decía con franqueza. Ño puedo olvidar ahora sus cartas: *Usted cuenta más*

que demasiado en los ingleses: estos serán, como, los demás, amigos de tomar su parte, y lo único que harán será tomar la mejor... Así amaba a Colombia, yendo camino de Berruecos... Colombia o nada, era su lema, y Colombia era para él su tierra y su Libertador. ¡Como puso fuera de América a los españoles, vibraba rechazando toda otra protección! Ingenuo, pero con la misma decisión que puso en los combates, me escribía lo que ahora debo repetir con lágrimas recordándolo: *Se dijo que la Francia quiere apropiarse a Colombia en esta división de la América, y vale más la muerte que ser colonos franceses, y ser gobernados por los Barbones. Nuestra situación va a ser un gran conflicto, del cual veo muy poco al i vio con los comisionados venidos de Inglaterra a Bogotá, inglés es más generoso que los otros; pero no será tanto que se comprometa en una guerra por sostenernos. Yo observo su conducta respecto de la España, a quien se hablaba tanto de protección para mantener sus libertades, y quiero no alucinarme con esperanzas vanas. Nosotros seremos entregados a nuestra suerte, y nosotros debemos poner todos los medios y todas las medidas para no perder tan tos trabajos, privaciones* v *sacrificios por nuestra Independencia.*

Horrible confrontar estas cosas, ahora que la muerte me está diciendo que no debo ir a Inglaterra... ¡La Legión Británica! Ejército fantasma que formé desde Angosturas, para apoyar la independencia colombiana... Y quise más: hacer a la Gran Bretaña la dueña de los mares, con la liga que dejaría en pañales a la Santa Alianza... ¿En qué ha parado todo? En O'Leary, incapaz de llevar un recado al derecho a Páez. En Hand asesinando a Córdoba mandado por O'Leary... En el

pobre embajador inglés que llegó a Panamá para proponernos comprar la Independencia con irnos millones de pesos que deberíamos ofrecer a España para cubrir sus gastos en la guerra-./.

Pedro Briceño me lo decía: Dawkins pone tanto tesón en lo de comprar la independencia con unos millones, que no he dudado ser este el objeto principal de su misión. O'Leary cuenta que insistía hasta la impertinencia repitiéndolo como si fueran instrucciones de Canning... A Ío mejor, tuviera razón. Ahí está lo que escribió Pedro a Bogotá: *El nos aseguró que la Gran Bretaña se encargaría de la mediación, y que podría esperarse con confianza él suceso de ella, siempre que se diese como base de la negociación, la indemnización pecuniaria, porque, decía que sin esto la Francia no cooperaría jamás, y sin su ayuda no podría la Inglaterra adelantar nada, que convendría sobremanera ganar tiempo para entablar la negociación... era el momento más oportuno...*

Todo un mundo liberado por mí, pagando sus victorias como si estuviera debiéndolas a los españoles... Sucre lo había dicho...

Soledad está envuelta en sombras. Brillan amarillas las estrellas... ¿Dónde están los soldados de la guardia? ¿No hay un amigo que corte este monólogo desolado, sin fronteras? ¿Un inglés altivo que me escuche? ¿Se venderán las minas? Yo estoy *viejo, enfermo, cansado, desengañado, hostigado, calumniado y mal pagado... No tengo ganas de meterme en más bochinches...*

Recuerda la última carta de Sucre y las lágrimas le caen sobre las mejillas calientes por la fiebre... "Cuando

he ido a la casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso esto es un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida... Adiós, mi general. Reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz en todas partes..." ¡Feliz! ¡Feliz! Feliz el infeliz que en Cartagena recibió la noticia de Berruecos y tuvo que escribir a la casada infiel: *"Cruelmente afligido con el rumor espantoso que corre sobre la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho y dignísimo esposo de usted..."* Mariana, la Maríscala de Ayacucho.

Sucre, cuando llegó a la Plaza en Bogotá, y vio que el Libertador había partido, lloró. Ahora, en esta Soledad de Soledades, escribe a Urdaneta desde la cama: *Estoy reducido a sufrir mis males que se empeoran... No tengo un médico que me asista... No faltará alguno en Santa Marta. No he querido irme para allá, porque todavía no sabemos si se ha tomado o no a Rio Hacha... Tampoco en este correo he recibido carta de usted... He sabido por casualidad que Castelli ha visto una carta en la cual dicen que no tienen confianza en la amistad de Usted conmigo... Me ha sorprendido semejante cuento... Usted, me conoce... última prueba que puedo dar a Usted de lealtad fue el aviso que le mandé con Diego Ibarra desde la víspera de la revolución de los granadinos. Añadiré otra: que, a pesar de que noté el día que salí de Bogotá que Usted no había venido a acompañarme... etc..,*

Inglaterra ¿una ilusión? ¿Me alcanzarán las fuerzas para llegar? ¿Se habrán vendido en Londres las minas de A roa? Con esa plata ¿Le habrá pagado Fernández Madrid la letra a Lancaster*? Mayo, junio,

julio, agosto, septiembre, octubre... uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... (repasa en los dedos de una mano flaca que apenas sirve para hacer la cuenta).

Inglaterra ¡una ilusión! y tener un pie en Soledad y otro en Londres! Londres, mi destino y mi problema. Seis meses hace que escribí a Fernández Madrid, desde Turbaco, sobre las minas de Aroa: *Si se han vendido, páguele a Lancaster la letra que lleva mi firma. Espero que usted habrá comprendido bien todo lo que debemos ejecutar en este negocio que para mi es obligatorio y muy urgente, como que mi honor está comprometido...* Y se lo decía a un muerto.

Asesinaron a Sucre. Llegaron las cartas del abogado en el negocio de las minas. Con esas cartas, la noticia de la enfermedad de Fernández Madrid. Alcancé a escribirle: *Salga usted para Niza si quiere vivir.* Y a Bogotá, para que le autorizaran la salida al Continente.

Y pasan dos meses. Las gacetas de Europa atacan la dictadura con que quise sacar a Colombia del pantano. *Son pocos los amigos que me defienden. Benevolencia. El del abate Pradt es más que un elogio: ¡es un delirio amistoso... y pagado! Asesinan a Sucre. Se lo dije a Leandro Palacios: Colombia se acaba. Ya sabrá usted, mi apreciado amigo Leandro Palacios, que nuestra pobre Venezuela está en revueltas, pues lo mismo sucede en el resto de la república. El Sur se ha separado, los jefes de Pasto han hecho asesinar al general Sucre y todo, todo marcha a la disolución más completa...”* Se lo dije a Fernández Madrid en mi última carta: *“El sur se ha separado de la Nueva Granada... Hay sus dificultades en el Departamento de Boyacá para reconocer la Constitución: y la confianza general se ha*

perdido. El general Sucre ha sido asesinado en Pasto por orden de algún jefe militar de los que allí mandan; aunque quieren decir que fue por orden de Flores, pero eso es falso..."

¿Si hubiera podido salir de Cartagena, si no hubiera estado el camarote lleno mujeres... Inglaterra? ¿Una ilusión? Y estos ingleses que tengo acá... ¿Y lo que decía Sucre? "Creo que usted cuenta más que demasiado en los ingleses..."

La goleta fantasma

El viaje famoso a Inglaterra, una ilusión. Ya no será Londres lo que se dibuje en la imaginación del Libertador, donde se pondría en comunicación con los grandes del mundo, sino Santa Marta; la casa abierta de la hacienda del español generoso. Ayer le atormentaba pensar que no tendría dinero para figurar con decencia en los salones de Europa. Hoy ni se preocupaba de haber dejado en Cartagena el equipaje: 4 baúles de ropa, la vieja vajilla de platina en dos cajones, la cubertería de plata, los manteles grandes y chicos... las 72 onzas de oro y el baúl con 35 medallas de oro, 264 grandes de plata, 77 pequeñas de plata y oro, y los 23 de oro, y 24 cuchillos de mango de oro, y 24 cucharas y cucharitas... todo dé oro. Y 2 cajones de libros, y la espada de puño de brillantes... De gran señor de la Libertad de América, pasaba a ser el enfermó que iba a tomar una pequeña nave para provocar la salida de la bilis... 405 onzas de oro, el retrato dé Washington, la caja de oro del Rey de Inglaterra... la medalla de Bolivia de brillantes...

Escribe a Urdaneta: *“Acabo de leer una carta del general Montilla... en que me anuncia haberse concluido el negocio de Ciénaga... También me ha mandado a avisar que dos buques ingleses mercantes han llegado a Santa Marta y que hoy vendrá uno a Sabanilla para que yo me embarque; y estoy preparándome para hacerlo inmediatamente... estoy resuelto a irme a cualquier parte para no morirme aquí. Creo que los aires de mar me harán provecho... En Jamaica hay excelentes temperamentos y allá es dónde pienso irme... Ruego a usted me mande un pasaporte, aunque puede suceder que llegue tarde...”* Y a Montilla: *“Desde ayer supe que usted me mandaba un buque para embarcarme. Me he estado preparando para hacerlo inmediatamente...”* Y se embarcó...

Llegó a Santa Marta. Escribe el doctor Reverand: “S.E. llegó a esta ciudad de Santa Marta a las siete de la noche, procedente de Sabanilla, en el bergantín nacional *Manuel*, y habiendo venido a tierra en una silla de brazos, por no poder caminar, le encontré en el estado siguiente: cuerpo muy flaco y extenuado; el semblante adolorido, y una inquietud de ánimo constante. La voz ronca, una tos profunda con esputos viscosos.,. La enfermedad de S.E, me pareció de las más graves. Mi primera opinión fue que tenía los pulmones dañados. Al día siguiente: “Además de tener S.E. el pescuezo delgado, tiene también el pecho contraído, y agregando a estas señales la amarillez de su rostro, opiné que la enfermedad era un catarro pulmonar crónico... Fue la misma opinión del doctor M. Night, cirujano de la goleta *Grampus,* de los Estados Unidos, que casualmente estaba en esta plaza..."

En Barranquilla lo había visitado un panameño, José Vallarme. Al menos allá podía moverse de la sala al balcón. Siempre, con extranjeros al lado. En este caso, el coronel Wilson. S.E. estaba en traje de casa, cubierta la cabeza con un gorro de seda de color cáscara de almendra... Comieron juntos esa noche. Le fastidiaban los mosquitos y las lentejas preparadas con aceite. “Ya oscurecía y el mosquito empezó a ser molesto; S.E. salió conmigo al balcón habiéndose abrigado antes con una caperuza de paño azul bordada y forrada en terciopelo carmesí que le cubría la cabeza. Después pidió sus botas porque el mosquito lo molestaba por los pies... Sus ojos... no brillaban como antes... Su cuello... hundido entre los hombros. La espalda un poco cargada. El pecho... fatigado... Tardío en discurrir. Sus pasos vacilantes...”

El coronel Wilson... Bolívar había tenido más confianza en este inglés —le regaló el *Contrato Social* que fue de Napoleón...— que en los propios nativos. Lo había autorizado para que escribiera a Jamaica a Mr. Hyslop, amigo de quince años atrás, a quien había escrito en Kingston. Repasa en la memoria. Las cartas famosas para hacer de Inglaterra el punto de apoyo para la Independencia. Ahora, con América liberada, volvía otra vez los ojos a Jamaica, a Hyslop, a Inglaterra,

Lo de 1815 era la locura de un náufrago, Pensaba que Hyslop podía empujar al imperio británico y le decía:

“Los montes de la Nueva Granada son de oro y de plata: un corto número de mineralogistas explotarían más minas que las del Perú y Nueva España; ¡qué inmensas esperanzas presenta esta pequeña parte del Nuevo Mundo a la industria británica! No hablaré de las

otras regiones qué sólo esperan la la libertad para recibir en su seno a los europeos continentales, y formar de la América en pocos años otra Europa con lo que la Inglaterra, aumentando su peso en la balanza, política, disminuye rápidamente el de sus enemigos, que indirecta e inevitablemente vendrán aquí a hacer refluir sobre la Inglaterra una preponderancia mercantil y un aumento de fuerzas militares capaces de manter el coloso que abraza todas las partes del mundo.

"Ventajas tan excesivas pueden ser obtenidas por los más débiles medios: veinte o treinta mil fusiles; un millón de libras esterlinas; quince o Veinte buques de guerra; municiones, algunos agentes y los Voluntarios militar es que quieran seguir las banderas americanas; he aquí cuanto se necesita para dar la libertad a la mitad del mundo y poner al universo en equilibrio".

"La Costa-Firme se -salvaría con seis u ocho mil fusiles, municiones correspondientes y quinientos mil duros para pagar los primeros meses de la campaña.- Con estos socorros pone a cubierto el resto de la América del .Sur y al mismo tiempo se puede entregar al gobierno británico las provincias de Panamá y Nicaragua, para que forme de éstos países el centro del comercio del universo por medio de la apertura de canales, que, rompiendo ios diques de uno y Otro mar, acerquen las distancias más remotas y hagan permanente el imperio de la Inglaterra sobre el comercio".

Pasaron quince años. Algo hizo Inglaterra por la Independencia colombiana, pero la guerra se ganó en realidad por los propios suramericanos. El Libertador, sin

embargo, mantenía viva la ilusión inglesa. El coronel Wilson escribió al capitán de la *Blanca,* que le había anunciado cómo estaba listo a prestar sus auxilios al Libertador:

"Señor: tengo el honor de acusaros recibo de vuestra carta, de esta misma fecha, por la cual tenéis la bondad de anunciarme que, en virtud de la que había yo escrito á Mr, Hyslop sobre el estado peligroso en que se hallaba la salud del General Bolívar, os había insinuado que S.E. deseaba lograr la asistencia de un buen facultativo, y que os habíais decidido á venir á este puerto con el navío de guerra de S.M. B. la *Blanca* para ofrecer á S.E. el Libertador los auxilios de vuestro primer cirujano —Permitidme, señor, que os dé las más expresivas gracias por la generosa demostración con que Lord Belmore y vos', habéis empeñado el reconocimiento de todos los amigos del Libertador y de Colombia—. Pero, señor, por mi desgracia, tengo que llenar el triste deber de anunciaros, que una muerte prematura ha puesto fin a la congoja que Lord Belmore y vos pretendíais aliviar. El Libertador dé Colombia espiró él 17 de éste mes a la una de la tarde";

El hedor de la cachimba

Escribe el doctor Reverend sobré la visita que hizo el general Sardá al Libertador en San Pedro Alejandrino: "Sardá, después de haber saludado), tomó asiento cerca de la hamaca dónde estaba acostado el Libertador, quien le dijo pausadamente: —General: aparte un poco su asiento. Sardá se reculó algo; —Un poco más. Así lo hizo. —Más todavía— repitió Bolívar. Algo alterado; dijo entonces Sardá: —Permítame Vuestra Excelencia que

no creo haberme ensuciado. —No tal; es qué Usted hiede a diablos: —¿Cómo, a diablos? —Quiero decir.: a cachimba. Sarda, que no se cortaba fácilmente, con voz socarrona dijo: —Ah, mi general, tiempo hubo que Vuestra Excelencia no tenía tal repugnancia: cuando doña Manuela S.... —Sí: otros tiempos eran, amigo mío —contestó Bolívar— ahora me hallo en una situación tan penosa, Sin saber; lo que es peor, cuándo saldré de ella..."

Era imposible ver en una alcoba donde los generales oscurecían el aire fumando, ni pensar con el olor de los tabacos. Pero no paraba en esto el asunto. ¿Quién podía entender los sacudones de venezolanos contra granadinos, bolivarianos contra santandereanos, quiteños contra bogotanos? De Maracaibo a Ciénaga se paseaba la sombra de Carujo. Urdaneta desalojaba del mando a Mosquera. Asesinaron a Sucre. Se alzaban los que podían contra el gobierno. Urdaneta, como ministro de guerra, asumía la Presidencia del Consejo de estado y escribía al Ministro del Interior: "Tuve la honra de someter a la deliberación del Consejo de Estado la consulta que hace S.E. el Presidente de la República, (Mosquera) por medio de la nota de Usted de esta fecha. Después de una detenida discusión, y después de haber reconocido el hecho de que el Gobierno está desobedecido por la fuerza armada existente en esta ciudad, resolvió que se dijese a S.E. en contestación a su consulta: Que no siendo justo que a nadie se le obligue o violente a cometer actos indebidos, y que comprometan sus juramentos y sus conciencias, el Consejo opina que S.S.E.E. el Presidente y Vicepresidente, tienen la libertad necesaria para retirarse de la Capital donde reside la fuerza armada que los

desobedece, y que se ha *erijido* en deliberante... y... den antes un manifiesto a la Nación, para que esta conozca el curso que han llevado los acontecimientos...”

En seguida vino el acta del Consejo de Bogotá: “...A consecuencia de haber recibido una comunicación de los señores Jefes militares de la División vencedora, contraída a manifestar qué de hecho no existe gobierno..., ha venido la corporación en acordar lo. que sigue:..,, que se llame a S.E. el Libertador para que presida los destinos de la nación, y que entretanto llega a esta capital, se encargue del gobierno a S.E, el General en Jefe Rafael Urdaneta...”

Y Urdaneta al Libertador (a quien le faltan un mes y diez días para morir): “Yo he sido, Sr., encargado en vuestra ausencia del Poder Ejecutivo, con la honrosa comisión de dirigiros las actas... *y* de rogaros que oigáis los clamores de vuestros conciudadanos, y aceptéis en favor de Colombia el gobierno de ella,,.”

De ahí en adelante la correspondencia de Bolívar a Urdaneta es la del presidente nominal que vela porque se legalice y consolide el cuartelazo contra Mosquera... No bien sabe lo ocurrido, el Libertador escribe a Justo Briceño: *"Yo pienso irme muy pronto pura O caña y de allí para Bucaramanga o a Cúcuta... Ofreceré mis servicios a la república para que me emplee como soldado,,, El general Urdaneta está muy bien a la cabeza de la administración en Bogotá: a él debemos obedecer todos y yo mismo daré el ejemplo..."* A Santiago Izquierdo: “*Supongo que esa buena gente estará contentísima de su triunfo y que los párrocos se habrán portado como hombres que defienden la causa del cielo..." A Urdaneta:” reunido a los ministros que*

componen hoy la administración, están destinados por la provincia a aliviar cuanto sea dable los dolores públicos y las heridas de la guerra civil... Me pondré en marcha para esa capital a reiterar mis protestas solemnes de obedecer las leyes y autoridades actualmente constituidas... Serviré como ciudadano y como soldado...” Hasta ahí la primera reacción.

Un mes más tarde, a ¡Urdaneta: *“Materialmente me es imposible ir a Bogotá... En el estado en que estoy, este viaje... realmente no es practicable. También me embaraza no poco la consideración que hago sobre la naturaleza de la autoridad que voy a aceptar y delegar. Su origen es vicioso, su extensión no se conoce y menos aún el término que ha de durar...”* Y mirando hacia Venezuela, lo de Garujo le llena de dudas: *“Mientras yo no vea buenos sucesos por Rio Hacha, yo no voy para Santa Marta, por que tiemblo, como una hoja, del revés...”*

Pensando en todo esto, decía Bolívar a Reverand: *Feliz usted que ha venido a Colombia buscando la libertad, y la ha encontrado. Yo no la he encontrado-. Vuélvase a Francia, pues en este país no se puede vivir: está llenó dé canallas...*

Y agrega Reverand: “En medio dé ensueño y delirios de fiebre... una noche se le escaparon estás entrecortadas palabras: “Vámonos, vámonos! ... ¡Esta gente no nos quiere en esta tierra... ¡Vamos, muchachos! ... Lleven mi equipaje a bordo de la fragata...”

El cura de Mamatoco

De Manuelita, algo hay en San Pedro Alejandrino:

la cocinera, Fernanda Barriga. Nacida en Quito, como la Sáenz. La encontró, ya muy vieja, todavía en la Quinta, Eduardo Gutiérrez de Piñeres en 1891. Fernanda seguía siempre al Libertador porque “Su Excelencia estaba muy amañado con mi sazón”, cuenta Gutiérrez de Piñeres:

“El recuerdo que con huellas más marcadas se había fijado en su memoria era del día en que Bolívar recibió los auxilios de la Iglesia. Decía que un sábado, ya casi entrada la noche, después de haberse confesado, se notó que el enfermó seguía muy grave, y se resolvió mandar por el Cura de Mamatoco para que le trajera el Viático. La confusión en la quinta era muy grande; unos lloraban, otros rezaban, “otros corrían de un lado a otro, dando órdenes. La gente del servicio se fue a la capilla a pedir por la salud del Libertador y un muchacho de nombre Joaquín se fue volando a traer el Cura. ’ Ya entrada la noche llegó él Viático, y cuando se sintió la campana todos salieron a encontrarlo, llevando luces y regando flores a la entrada de la casa.

“Cuando entró el Santísimo al aposento con el acompañamiento de luces, dijo él Libertador:

“¡Saquen ésas luminarias, qué esto parece una procesión de ánimas!”

“La gente se salió llorando”.

Reverand explicó al general Montilla la gravedad del enfermo, y Montilla: Ya que el Libertador está en peligro, será menester que usted le avisase de su mal estado, para que arreglase sus cosas espirituales y temporales,,. En el propio caballo del Libertador voló un propio a llamar al obispo Estéves, que a solas conferenció con el Libertador. Salió el Obispo. Bolívar a

Reverand: —¿Qué es esto? ¿Estaré tan malo para que se me hable de testamento y confesarme? Y Reverand: No hay tal cosa, señor: tranquilícese: varias veces he visto enfermos de gravedad practicar estas diligencias y después ponerse buenos,..

El obispo hace mutis por foro. Solo asiste a la lectura de la última proclama. No será testigo en el testamento. En la relación histórica del secretario de la Comandancia del Magdalena, se dice sobre el funeral: fueron rendidos todos los honores al Padre de la patria. "Comenzó la procesión a las cinco de la tarde precedida por los caballos del difundo General con caparazones negros, llevando sobre ellos las iniciales del, nombre de su Excelencia, sin los cuatro cañones de campaña ni destacamento de la artillería que previene la ordenanza por no haberlos en la Plaza: en el mejor orden de marcha seguía el Sargento Mayor a Caballo, y detrás un coronel y un Primer Comandante, también montado, todos tres con espada en mano: después marchaba una compañía del batallón Pichincha, luego las parroquias de la ciudad, y el Cabildo eclesiástico sin asistencia del Rimo, Sr. Obispo por hallarse enfermo..."

German Arciniegas

En la Quinta, los últimos días fueron horriblemente humanos. Cuando se acercaba Reverand a la cama pedía un frasco de agua de Colonia. Usted huele a hospital: sus vestidos me parecen impregnados de miasmas que exhalan los enfermos... Cuando el boticario de Santa Marta quiso visitarlo, dijo a Reverand: *Agradezco mil veces al señor Tomasin todas las cosas buenas que compuso para mí: pero viene cargado con tantos olores de su botica que no me halló capaz de aguantar todas estas pestilencias...*

Los militares, que eran quienes andaban por los corredores, fumaban en el patio, armaban broncas, se metían en la alcoba. Se producían escenas groseras, cuenta Reverand:

"Debo explicar lo que dio lugar á que el Libertador

me echara en cara mi poca moderación; Uno ó dos días antes tuve una fuerte incomodidad por haber notado faltas en el servicio y apatía de parte de los que me ayudaban en la asistencia para con el Libertador y máxime cuando estaba oyendo decir: Para qué molestar más al enfermo con medicinas, ya que no tiene remedio y que no pueden salvarle y otras expresiones que lastimaban mi amor propio. Pronto se armó una bulla de voces en la antesala, y acudiendo el General L. Silva sin saber de qué se trataba, probó amedrentarme, como si yo fuera alguno de la servidumbre, ó estuviera debajo de su mando. Pronto fue su desengaño cuando le dije: Sepa U„ General, que estoy aquí solamente para asistir como médico al Libertador, no en clase de mercenario, sino por mi propia voluntad'. Seguía el altercado cuando afortunadamente se apareció el Coronel D. Juan Glen que nos puso en paz".

Cuando se retiró el Obispo, el día de la entrevista con el Libertador este exclamó: ¿Cómo saldré yo de este laberinto?

Laurencio Silva fue el de la camisa: "El 18 de diciembre el cuerpo de Bolívar fue enviado a Santa Marta para ser embalsamado. Su camisa estaba desgarrada y raída, y el general Silva le puso una de él para que el Libertador de Sudamérica no fuese enterrado en harapos. El funeral se llevó a cabo en la catedral de Santa Marta...;" (Gerhard Masur).

Todos estos recuerdos tristes los hace el médico francés, que al llegar a lo del cura de Mamatoco, escribe:

"Por más tiempo que viva nunca se me olvidará lo solemne y patético de lo que presencié. El Cura de la aldea de Mamatoco cerca de San Pedro, acompañado

de sus acólitos y unos pobres indígenas, vino de noche á píe, llevando el viático á Simón Bolívar. ¡Qué contraste? ¡Un humilde sacerdote y de casta ínfima á quien realzaba solo su carácter de ministro de Dios, sin séquito y aparatos pomposos propios á las ceremonias de la Iglesia, llegarse con los consuelos de la religión al primer hombre de Sur-América, al ilustre Libertador y fundador de Colombia! ¡Qué lección para *confundir* las vanidades de este mundo! Estábamos todos los circunstantes impresionados por la gravedad de tan imponente acto. Acaba la ceremonia r luego se puso el Escribano Notario Catalino 1 en medio del círculo formado por los Generales Mariano Montilla, José María Carreño, Laurencio silva, militares de alto rango; los Sres. Joaquín de Mier, Manuel Ujueta y varias personas de respetabilidad, para leer la alocución dirigida por Bolívar a los colombianos.”.

Las amarguras

¿Dormía? ¿Fingía dormir? En punta de pies fueron saliendo los testigos de su agonía. A fumar en los corredores. Que se larguen, pensó. Que me dejen morir en paz... Quiso abarcar en revista final las desventuras que le estaban llevando al sepulcro. Lo amargaba, sobre todo, el recuerdo de Cartagena cuando le entregaron la carta de Bogotá con las noticias de Valencia. ¿Por qué don Joaquín Mosquera no mé ahorró tamaño desencanto? Y comenzó el recuento pavoroso...

La salida de Bogotá. Los gritos que llegaron hasta la plaza, salidos del cuartel. Qué oído tan sensible. Como de tísico. Lo despedían como hubieran querido los del setiembre nefasto. Miró en torno a los amigos de

cumplido, que lo acompañarían hasta Font ibón, montados, de zamarros en caballos sabaneros. Faltaba aquel a quién hubiera querido abrazar: Sucre... Y pensando en Berruecos, se le saltaron las lágrimas. El sueño de mis sueños fue la creación de Colombia. Ahora, desgarrada, Aré en el mar...

¡Esto no puede ser! Que se las arreglen, si es necesario, con Urdaneta. Es usurpador y canalla, pero en Venezuela lo quieren. Unir la Nueva Granada y Venezuela fue la clave de mi gloria. Cuando mañana llegue la hora de decirle adiós a todos, los llamaré con el nombre único que inventé para unirlos y triunfar sobre los españoles: ¡colombianos! ¿Qué ha dicho a esto el Congreso de Valencia, el de Páez? ¿Qué dice la carta de Yáñez? Todos a una responden: ¿Colombianos? Jamás. Lo sé. Sé las palabras de Oslo que se levantó para "exigir de la Nueva Granada el exilio del general Simón Bolívar". No tendrá lugar ninguna negociación, mientras permanezca en el territorio de la Antigua Gran Colombia el General Simón Bolívar... Lo mismo gritaron Ramón Ayala, Ángel Quintero, Jesús Evangelista González, el canario José Luis Cabrera... Y Yáñez ha tenido la alevosía de comunicarlo al congreso de Bogotá, y Mosquera la de hacerme llegar el texto con ¡nota de un ministro septembrista! El pobre Mosquera es un pelele... Y, sin embargo, fue el único que tuvo la valentía de decirme que no llevara al Congreso la Constitución para Bolivia. Los colombianos, me reveló, la rechazan. Tenía razón*, y así lo hice. El mismo 26 de setiembre llegó a verme cuando, toda vía estaba en ayunas y sólo; Manuelita debería andar levantando a la tropa. Eran las nueve. Me acompañó, al cuarto. Mientras me desnudaba ordenó calentar un perol de agua para darme un bañó de

pies y preparar una tizana de amapolas con goma. Yo había pasado la mitad de. la noche bajo el puente del Carmen y todavía estaba helado. Jamás en Una campaña por los páramos el frío me había llegado tan adentro. Algo más que la escarcha del amanecer, que las piedras mojadas. El alboroto, de las aguas del San Agustín era más grato que el de la soldadesca de Carujo... Le dije a Mosquera: Todo el tiempo, qué permanecí bajó el puente del Carmen pensaba en lo que usted me dijo impugnando el proyecto de la Constitución para Bolivia.?. Usted es el único hombre que me ha hablado, la verdad...

¿Y ahora? Otra vez la maldita verdad. Yo he pasado horas negras, pensando que aquel Carujo, el asesino del 25, está en Rio Hacha y puede llegar aquí y hacer lo' que no pudo el 25... ¿Qué hizo el Congreso de Valencia con él? Los mismos que pidieron mí destierro propusieron; y se aprobó: “que se pusiera en absoluta libertad a todas las personas que se hallasen detenidas con motivo del suceso que tuvo lugar en Bogotá la noche del 25 de setiembre del año 28, restituyéndoselas al goce de todos los derechos que gozaban antes y que volviesen al país de que habían sido expulsados por causa de la libertad...” Por causa de la libertad... Y ahí está Canijo con las tropas de Venezuela en Rio Hacha, apuntándome... Y ahí está Páez, al frente del gobierno de Venezuela. Páez se dirige a los pueblos y les dice: “Un día de esclavitud es un siglo de dolor. ¿Qué defienden vuestros opresores? ¿La autoridad del general Bolívar? Ninguna tiene ya...”

Ninguna tiene ya... Y lo dice el hombre a quien besé en la mejilla en un ósculo de paz... Los

venezolanos se han alzado, han desgarrado la Colombia que yo hice, no soportan la presidencia granadina de Santander... Está bien. Bien, y peor. Por mi culpa, se creían, además, con derecho a mandar sobre la Nueva Granada. Por eso Urdaneta tumbó a Mosquera... No le auguro buen fin... Don Joaquín me decía: Cuantos más hombres valgan en este país, tanto menos amarán a los jefes venezolanos... Conmigo era distinto. Los había liberado, y en todas partes —que lo diga Lima— era el único que podía ser árbitro en los momentos más difíciles. Y también me equivoqué: En Venezuela no me toleraban. Les parecía que llevando a Santander al poder le había impuesto a un granadino; y acabaron gritando: primero acabar con Colombia que aceptar a un granadino... Hasta Sucre les parecía un extraño y no le permitieron entrar a Venezuela. Lo mío ha llegado al mayor desacato imaginado. Hubiera querido morir en Caracas, pero me cerraron la puerta… La iglesia, el pueblo está conmigo, pero ellos temen que recupere la ciudadanía, resurja y los borre... Yo he dicho que voy a hacer la guerra, que refrendaré en una batalla mis derechos.; Es un decir... ¿Una guerra contra Venezuela? ¿Con este cuerpo de huesos sin carne? El solo pensarlo me hace estremecer... Mejor, morir... Edifiqué en el viento...

Está bien: los granadinos quieren presidente granadino; los venezolanos, venezolano. Hasta ahí hó está mal el pensamiento federal... Pero, por mí culpa, formé un criadero de oficiales salidos de mi tropa que quiso agarrar todas las presidencias y de ahí la guerra cón el Perú, la caída de Sucre en Bolivia, el alzamiento de Flórez en Quito, el triunfo de Páez para deshacerse de Santander... Colombia hecha pedazos. Yo mismo,

como venezolano asumí la presidencia en Lima y Bogotá, establecí a Sucre, venezolano, en la de Bolivia; Urdaneta, venezolano, se tomó a Santa Fé. Flórez, venezolano, a Quito...

Sin sentirlo yo mismo fifí cayendo en la corriente contra mi propia filosofía, Ya para salir de este teatro de absurdos e idioteces vuelvo a oír mis discursos más celebrados y me doy cuenta, al hacer el balance, de cómo caí en tentación... por querer salvar todas mis patrias... El primer día lo dije en Cúcuta: *"Yo no soy el. magistrado que la república necesita para su dicha; soldada por necesidad y por inclinación, mi destino está señalado, en un campo o en los cuarteles...* Y al tomar el juramento, repetí: *Esta espada no puede servir de nada el día de la paz.* Fui entonces más sinceró que nunca. Amaba con pasión la constitución que me ponían por delante. En Pasto lo dije con irreversible convicción: *La constitución de Colombia es él modelo de un gobierno representativo, republicano y fuerte. No esperéis encontrar en las instituciones políticas del mundo otro mejor...* ¿Por qué no me he oído a mí mismo? Dé dónde este deshacerse de las victorias alcanzadas: ¿que ha servido de plataforma a Páez para alzarse con el mando en Venezuela, a Flórez para hacerlo en Ecuador, a Urdaneta en Bogotá? Yo se lo escribí desde Barranquilla a Urdaneta en un cercanísimo ayer: El no habernos arreglado con Santander nos ha perdido a todos... Así ha sido.

Todavía estaba sin terminal; el delirio, cuándo sintió una mano de mujer que amorosamente le acarició la frente...

El último y más grande amor

Milagro. Ya no me quedan sino pocos pasos por andar en el mundo y esta mujer apenas me roza la frente y me sereno. Miro hacia atrás y lo que fue tormenta y pasiones pierde toda importancia ¿Es la muerte que aplana y coloca en lejanía las ásperas batallas en un derrumbamiento de efímeros valores?

Se fue como vaciando la casa, Se perdieron los groseros oficiales que rondaban curiosos por los corredores como gallinazos. Eran sombras que se confundían con las de los esclavos y sirvientes. El Libertador miraba estas fugas meciéndose en una silla, a la cual acercó la suya la amante inesperada. Una paz que parecía vista en el espejo del otro mundo, dejó tranquilo al hombre sin reposo. Nunca antes tuvo un un amor parecido. Aquellos encuentros de lúbricas llamaradas que Dios sabe cuántas veces le encendieron ansias viriles, esta vez fueron un goce tranquilo, una delicia del alma que apenas si estremeció su cuerpo descarriado. La compañera inatendida le besó la frente y se quedó mirando las arrugas que fueron borrándose en el milagro del reposo. Jamás amó tanto a otra mujer Simón Bolívar como a la muerte que se le acercaba así a acompañarlo.

Casi se siente feliz de no, tener al lado a Manuelita. Si estuviera allí o querría adueñarse de sus últimas palabras, o andaría besuqueándose con los oficiales de la guardia. Era una loca... La nueva amante lo fue llevando de memoria en memoria por la galería de los espejos que retrataban todos sus momentos de gloria inmarcesible; El mismo fue encontrando sus entradas triunfales increíbles. Arrancar con trescientos bogas

momposinos, de las orillas del Magdalena, río de tigres y caimanes, y trepar con ellos la selva tropical para caer sobre Caracas y liberarla... Pasar del fugitivo que no tenía con qué pagar el lavado de la ropa en Jamaica, a encontrar un amigo en el negro Petion y salir de los Cayos de Haití a fundar en Angostura el periódico en español e inglés que hizo de su nombre un cartel de fama en las ciudades de Europa... Trepar los despeñaderos de los Andes con tropas de llaneros hambrientos y casi desnudos, para caer sobre los ejércitos de la Nueva Granada virreinal, y liquidarlos poniendo en fuga al virrey de Fernando VII... Otra vez marchar sobre Venezuela, de nuevo sojuzgada, y con ejércitos de granadinos reconquistar su patria con las banderas de la libertad, Salirse del mapa de la Gran Colombia para cumplir en el remoto Potosí la promesa de liberación hecha cuando no muy lejos de Angostura se hundía en un pantano infecto, entre un cerco de españoles asesinos... Volar sobre los abismos del Guáitara para ir a pactar en Guayaquil el plan de las guerras sudamericanas con el argentino San Martín... Salir de las faldas del Pichincha para el campo de Junín dar la batalla de la jinetearía, donde no se oyó un tiro sino el galope de las bestias y el choque de las lanzas... Y así, de locura en locura, ir moviendo las montoneras de soldados para llegar al Rincón de los Muertos, donde con gentes llegadas de todas partes quedó vencido el ejército español en una llanura de escarcha y pavor donde lo último que vieron los vencidos fue la nube de polvo que levantaban los caballos locos, volando al grito de Paso de Vencedores^ Lo daba un muchacho homérico salido de los montes granadinos.

La compañera que despertaba estas imágenes

pasaba así la revista de las glorias sin decir Una palabra... Pero llegaba a oídos del Libertador encantado un vocerío popular que lo aclamaba. Era el ruido de la fama universal, el toque alborozado de los bronces que Sé levantarían en el mundo para recordarlo. La mujer de la muerte le tendió la mano y él, que no podía moverse en la cama, se levantó de la silla, y echaron a caminar por los corredores de la casona, despejados. Había olor de jazmines en el patio. Sé fue el recuerdo del farmaceuta hediondo a menjurjes y pomadas, se borró el de la cachimba sucia del oficial apestando a tabaco. Caminaron hacía la puerta de entrada. Salieron al pie del tamarindo que sólo había visto a través de la ventana. Se detuvieron, apoyándose en el troncó del árbol.

Creció el silencio hasta donde se oía el vuelo de un pájaro nocturno, el croar de una rana. No hay nada más delicioso que la noche serena y cálida de Santa Marta. La novia abrió con su mano de huesos la cortina del tiempo por venir, y le enseñó al Libertador América liberada, republicana y joven avanzando entre las ruinas de todos los imperios. Se inclinó y dijo cosas que nadie, ni yo mismo, pude oír, El Libertador sí, muy claro: Es esta como mi primera noche de Amor, señora muerte, Y ella; Ya volverá el olor de los jazmines.

La proclama

Cadáveres de cosas... El olor ¡de la cachimba, los mosquitos, el vaso roto, los ladrillos mojados en ron, Urdanetas, Mosqueras, Rio Hacha, Maracaibo, ¿Qué fue de Manuela?, Soledad, Turbaco, Berruecos, el farmaceuta, el obispo, la silla de manos, Carujo, los generales-, ¿te acuerdas de Ayacucho?, el caballo, los

negros, el pasaporte, las minas de Aroa, Carujo, Ocaña, Setiembre, Yáñez, Azuero, Valencia, el olor de la botica, Wilson, Jamica, Miranda,' Santander, Simón Rodríguez-, el Magdalena, caimanes, alacranes, arañas, tortugas, Carujo, Petión, los Cayos, Caracas y San Jacinto, San Mateo cubierta por los llaneros de Boyes, la Magdalena, Napoleón, Washington, Páez, Lafayette... Cadáveres de cosas...

Reverand anuncia que es cosa de horas.;. Todos el mundo quiere verlo morir. Se hace difícil respirar en.la alcoba... En el galpón de los esclavos los negros se apretujan. La coci- ñera de Quito Se limpia los ojos con el delantal. El enfermo se incorpora. Le clava los ojos el obispo. El general Montilla, el general Carreño, el general Silva, el ¡coronel Paredes, el edecán Wilson, don Joaquín de Mier, Reverand, don Manuel Ujeta... No caben en la alcoba... José Catalino Noguera, el escribano, prepara la hoja de papel y la pluma...

¡colombianos! Habéis presenciado mis esfuerzos por. plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He, trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado: mi reputación y mi amor a la libertad; He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las. puertas, del sepulcro. Yo los perdono... ”

Creció el silencio, y apenas si se oía un leve rumor de sollozos... más afuera, en los corredores, que en la alcoba misma. El obispo bajó los ojos. Don Joaquín y Reverand miraban correr unas gotas de sudor por la

frente húmeda del hombre que se consumía. Wilson parecía el testigo solemne de un drama inglés. El general Laurencio Silva sentía vergüenza de verlo así de miserable ¡al más grande de ¡os venezolanos! A Montilla se le empinaba su propia importancia...

Al *desaparecer de un medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos: no aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno, para librarse dé la anarquía los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo, y los militares empleando la espada en defender las garantías* ***sociales...”***

En la catedral

Era el testamento político. Sin atreverse, todos se miraban unos a otros, sin mover los ojos. Miedo. Llanto. Cuando luego se leyó la proclama, se anudaba en la garganta la voz del lector, y se veía a través de las palabras el derrumbamiento de aquella Colombia que llevó las banderas hasta el Rincón de los Muertos; hasta Ayacucho de la gran victoria. Había dicho lo qué no podía decirse, y lo dijo en voz más baja, rorica y sorda “obedeciendo al actual gobierno...” Se recobró ante él escribano para terminar. El final era lo que todos sabemos dé memoria. Del recinto cerrado de San Pedro Alejandrino se difundió por el espacio y por el tiempo y ha quedado vibrando en el airé de Colombia. ¿Aré en el mar? ¿Edifiqué en la arena? Dictando las primeras sentencias, el Libertador pareció descender por la cuesta de la fatiga. Hizo una breve pausa, se enderezó rápido

como en la tardé de Pativilca, y ya con voz segura —por última vez— dictó,,,

"¡colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos v se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro,.."

Hasta la última sílaba de este final eterno se mantuvo viril, su voz imperial, El silencio creció ya en la frontera del llanto, Lo» ojos que primero se vieron húmedos de emoción fueron los de don Simón Bolívar...

En la catedral de Santa Marta

Simón Bolívar ha muerto

En la catedral de Santa Marta, al recordarse los 150 años de la muerte del Libertador.

Estando en esta Catedral, hoy ventana abierta a las tinieblas de la muerte, no es la muerte lo que nos reúne y aprieta el corazón. Es la gozosa representación del camino abierto hacia la gloria. El desenlace del 17 de diciembre hay que relacionarlo con una de las más breves epopeyas de la historia que en unos pocos años trae el más profundo y universal cambio de los tiempos modernos. El cambio que no todos advirtieron en su día. Hacia la misma hora que Bolívar dictaba su última proclama, Jorge Guillermo Federico Hegel adelantaba sus lecciones en una famosa universidad de Alemania. Su tema era la Filosofía de la Historia y tras señalar a nuestra América como impotente moral y física, la excluía de la historia. La coincidencia es extraña. Para entonces, una América ya independiente que iba desde Filadelfia hasta Patagonia presentaba al mundo la nueva alternativa republicana. La Europa imperial de Hegel encontraba en el Nuevo Mundo la antítesis en su más elocuente contradicción dialéctica. A las monarquías de veinte siglos, sucedían los ideales de democracia representativa destinados a producir el cambio más radical en los Estados. 1 Washington habla alcanzado en el norte imponer el espíritu I de Filadelfia. Luego, con audacia aún mayor, moviéndose 1 dentro de un escenario increíble, Bolívar completaba el arco 1 que vino a deslindar los tiempos de la historia universal. Lo que algunos europeos liberales habían formulado como i hipótesis de trabajo y que en Europa fue imposible

aventura, aquí se realizó con ejércitos de descamisados. Quizás lo increíble de la hazaña hizo que el profesor filósofo no lo aceptara y siguiera diciéndole a sus estudiantes que las ' civilizaciones de México y Perú se habían desvanecido al soplo del imperio español, qué nada en América podría surgir sino bajo la inspiración del europeo.

Washington y Bolívar no sólo libertan a sus pueblos: con armas forjadas en el Nuevo Mundo destruyen los imperios de Europa que echan sus raíces en la propia historia de Cario Magno. Occidente va a tener que cambiar de filosofía. Hoy mismo, no hay nada qué vista mejor a un Estado de los que tenían historia, sino el decirse democracia o república, quedando a nuestra imagen y semejanza. Lo de Bolívar hubiera dejado perplejo a Hegel, de haber leído mejor el libro de esa Sur América que tan magistralmente despreciaba. Metida el alma de Don Quijote dentro del cuerpo flaco de nuestros ejércitos descalzos; sin coraza y sin pólvora, quedaban en el campo; tendidos, con el uniforme ensangrentado, los nietos de Carlos V, de la familia de los Habsburgo, de tanta hegeliana historia... Por segunda vez, América cambiaba el rumbo y destino de Occidente. El primer cambio lo había determinado el viaje de un misterioso navegante, hijo de un cardador de lanas...

En 1492, la tierra plana, sobre cuatro patas, fija, que por los siglos de los siglos había sido asiento del Rey de la Creación, se transfiguró de repente en una esfera móvil. Pasó a dar vueltas alrededor del sol. América entró, aunque no lo creyera el filósofo, en el escenario de la historia. Lo que habían sido verdades

irrefutables y absolutas, quedó en manos de la duda que ensancha los horizontes de la mente y todo lo que voltea y transfigura. Es la materia mágica de la nueva edad, la edad nuestra, que en último análisis abre el camino a los derechos de un hombre redimido y a una fresca libertad, raíz de nuestro Libertador.

Independencia vale tanto como Descubrimiento. Bolívar es él Colón dé la segunda revolución. La palabra Independencia hace en él Nuevo Mundo como aspiración y triunfo de las naciones emancipadas. En Europa, revienta como la bomba que destruye imperios seculares. Independencia no nace dé repente, en un momento de efervescencia y bochinche; El primero que se independiza es el Europeo que escapa hacia la América utópica, paradisíaca, tentadora. Hubo algo extraño en el primer principio 'que sigue siendo el primer misterio de nuestra América. En 1493 el rey Femando escribe una carta al obispo encargado por Colón para vender indios esclavos, y le dice: no venda los indios que le han dejado hasta no ver si legalmente puede hacerse. ¿Cuándo una duda parecida detuvo a quién en el Viejo Mundo? ¥ a los ochos días: Está averiguado: ¡no se pueden vender! El capítulo final de la historia está en la emancipación de los negros. Esta guerra de Independencia, con su caballero Bolívar por adelantado, llegaba "temblar haciendo en rededor la tierra''. Lo dijo el poeta, y así fue. Temblaron los negreros de Liverpool, temblaron los caudillos africanos que cazaban y vendí an a sus hermanos... Cosas de nuestra América, a donde llegaron los más audaces para hacerse libres, y acabaron emancipándose y dándole la libertad a los negros y los indios;

En esta vieja hacienda de don Joaquín de Mier, en esta catedral vestida de paños negros el 20 de diciembre, en 1830, se vieron negros que escondían sus pisadas secretáis y generales que lloraban en silencio. Llegaba a los campos vecinos el doblar de unas campanas de bronce pobre; Esos pasos, esas lágrimas, esos dobles llevarían hasta Londres o San Petersburgo o París o Madrid o Roma la tristeza íntima de quienes empapaban en lágrimas las banderas y las cubrían de flores para despedir al caudillo que apasionadamente amaron. No señor, no Caballero don Simón Bolívar: ni arasteis en el mar, ni edificasteis en el viento, Es cierto, y Hegel lo veía modelar repúblicas sacadas del barro Hegel lo veía modelar republicas sacadas del barro físico no es tan fácil. Las formas rudimentarias son el comienzo, como los derrumbamiento pasajeros. El problema del otro lado del mar es igual. No se amansan en un d a te negreros empedernidos ni mueren ahí mismo los Conquistadores. Demasiado grande era el propósito de liberar a todo un continente para que de la noche a la mañana cada cosa quedara en su lugar, cada flor de la ley en su límpido vaso de cristal, cada imperio arrepentido. Esta muerte del 17 no es muerte: es proclama; no es rendimiento: es esperanza. Entre los cuatro pequeños muros de la tumba que preside el Panteón de Caracas, solo hay huesos y ceniza: sólo hay nada. Yo no pondría en la alcoba de San Pedro Alejandrino piedra alguna: encendería una llama. La paz eterna no es distinta para un hombre que nunca se rindió, ni ante jomadas absurdas; ni ante terremotos,' ni frente a las derrotas inexorables', El ser independiente no se saca de una batalla, ni siquiera de una gran. victoria. Ni del brillo radiante de las armas, trigales de

acero mecidos por el viento americano. La independencia es el destino de las gentes insomnes que siguen velando las armas como si el combate fuera mañana. Entre quienes están hoy en esta catedral no solo veo el cura de Mamatoco que le llevó el viático, a la negra Matea que hubiera podido venir desde Caracas, a Manuela —-la cogió la noche en Guaduas—, a Sucre detenido por una bala en Berruecos. Están la muchedumbre de Incas que vieron en Junín alzar la diestra vengadora, los bogas que llevaron a la vanguardia en sus champanes el año 13, los llaneros con el agua en el Pecho. Cada cual, con una en la mano, una lágrima en los ojos, una plegaria en los labios… señor Presidente Turbay, señor don Adolfo Suárez jefe de gobierno español, señores presidentes, señor Gobernador, señor Acalde, señores embajadores, académicos, presidente de la sociedad Bolivariana, señoras y señores que estáis en la catedral: ¡Hoy, 17 de diciembre de 1830. Simón Bolívar ha muerto!

¡Viva el Libertador!

Santa Marta, 1980

AUTORES COLOMBIANOS

NOVELA

NOCHE DE PAJAROS

Arturo Alope

JAULAS

María Elvira Bonilla

EL PEZ EN EL ESPEJO

Alberto Duque López

Y EL MI NDO SIGUE ANDANDO

Manuel Mejía Vallejo

UNA *Y MUCHAS GUERRAS*

Alonso Aristizábal

EL PATÍO DE LOS VIENTOS PERDIDOS

Roberto Burgos Cantor

TUYO ES MI CORAZON

Juan José Hoyos

SALA CAPITULAR

Francisco Sánchez

LOS DOMINGOS DE CHARTTO

Julio Olaciregui

MI SANGRE AUNQUE PLEBEYA

David Sánchez Julian

EL FUEGO SECRETO

Femando Vallejo

LA CENIZA DEL LIBERTADOR

Fernando Cruz Kronfly

LA SOMBRA DE TU PASO

Manuel Mejía Vallejo

EL RIO DEL TIEMPO

Fernando Vallejo

LOS FELINOS DEL CANCILLER

R. H Moreno-Duran

DE GOZOS Y DESVELOS

Roberto Burgos

EL SIGNO DEL PEZ

Germán Espinosa

ALEJANDRA

Alberto Duque López

LOS CAMINOS A ROMA
Fernando Vallejo

BUENOS DIAS. AMERICA

David Sánchez Julia»

LA CASA DE LAS DOS PALMAS
Manuel Mejía Vallejo

EL INCENDIADO

F vello Rasero Plago

"Soy fresco y cínico. Digo las cosas ya sin mayores preocupaciones, y esto me permite publicar lo que pienso, como si nada. Una vez le decía, a quien tuve por mi confidente más cercano y admiraba y admiro entre todos los colombianos: Eduardo Santos: —Aquí en Colombia, hay libertad de palabra, hablada y escrita, tanto que puede decirse todo menos la verdad—. El doctor Santos se aguantó mi desplante, sonrió y creo que se dio cuenta de que yo estaba en lo cierto. Las cosas que hay que decir no pueden decirse. Pero ya, a esta altura de la vida, expresarse con toda frescura, cinismo y libertad es una de las posibilidades que me quedan.

Se dice que he escrito 43 libros, y no es cierto: he escrito uno, que no termina. Para que ustedes tiemblen de pavor, tengo en estantes, un baúl y varias gavetas volúmenes sin publicar. Son del mismo libro. Mi imaginación es infeliz, limitadísima".

Germán Arciniegas "Arciniegas no ha dejado, ni como Ministro, ni como Embajador, ni como Presidente de la Academia de la Historia, de soltar sus bromas irreverentes, ante el fastidio de varios.

Gracias a ellas, y por citar un ejemplo cercano, Bolívar continúa siendo una figura apasionante. Por culpa de Arciniegas todos se jalan de los pelos tratando de establecer su exacto significado. Esto se debe no sólo a las ideas que Arciniegas promueve en torno suyo, sino al milagro de su prosa, transmitiéndolas en forma dúctil r *rápida, nunca rígida, en ningún momento".*

En este libro, Bolívar, de San Jacinto a Santa

Marta, Arciniegas nos acerca y nos lleva al lado de un Bolívar desprovisto de misterios, lleno de aventuras que marcaron su vida, desde el nacimiento hasta sus últimos y dolorosos días en Santa Marta.

La visión de este proceso apasiona como una novela.

Arciniegas, nos da en esta obra una visión cinematográfica de un capítulo histórico, poco conocido, sobre la vida del Libertador.